

AMÉRICA SOCIALISTA

REVISTA POLÍTICA DE LA CORRIENTE MARXISTA INTERNACIONAL Nº23 MARZO 2021



En defensa de la teoría marxista



P12
Cuba y el
ordenamiento
monetario



P27
¿Es el trabajo
doméstico un
trabajo "no
remunerado"?



P46
¿Qué queda de
Gramsci en el
"gramscismo"?

Presentación

Al igual que en el número anterior, este ejemplar de América Socialista se va a distribuir de manera digital, debido a las limitaciones impuestas por la pandemia del Covid-19. Abrimos la revista con un artículo de Alan Woods, **Feliz año nuevo - para algunos**, que da un repaso a la situación internacional de la crisis capitalista y las perspectivas para este año 2021. La pandemia ha desencadenado una crisis económica que ha dejado al descubierto la auténtica naturaleza del sistema capitalista, en el que los beneficios empresariales son más importantes que la preservación de la vida humana. Los estrategas del capital están muy preocupados por las consecuencias políticas potencialmente revolucionarias de la crisis del capitalismo. Los marxistas somos optimistas, optimistas en el futuro de la lucha de clases revolucionaria.

Seguimos con dos artículos de Jorge Martín sobre las medidas económicas adoptadas bajo la rúbrica de la **“tarea ordenamiento monetario” en Cuba** ante el agravamiento de la crisis económica como consecuencia del impacto de la pandemia en la isla y del endurecimiento del bloqueo imperialista. Jorge Martín explica el contenido de estas medidas que no se limitan a la unificación monetaria y cambiaría sino que introducen toda una serie de mecanismos que debilitan la planificación y fortalecen el mercado en la economía cubana.

El 18 de marzo se cumplen **150 años de la Comuna de París**, la primera vez en la historia que el proletariado tomó el poder, aunque de manera breve. Marcamos el aniversario con un artículo de León Trotsky, escrito en 1921 para el 50 aniversario, en el que explica la importancia de la gesta de los comuneros, los errores que cometieron, y compara el episodio heroico con la toma del poder por parte de la clase obrera en Rusia en octubre de 1917. La Comuna de París es rica en lecciones, sobre todo en relación a la cuestión de la dictadura del proletariado, es decir, cómo se organizará la clase obrera después de tomar el poder. Los comuneros pagaron con sangre su atrevimiento. La venganza de la burguesía trató de ahogar en sangre su ejemplo. El mejor homenaje que les podemos rendir es aprender las lecciones de su gesta.

El grueso de este número de la revista lo dedicamos, como señalamos en la portada, a la **defensa de la teoría marxista** como parte de la campaña de la Corriente Marxista Internacional contra el posmodernismo en todas sus

variantes (política de identidad, poscolonialismo, teoría queer, etc) que dominan en el campo académico y han penetrado en un sector de activistas, sobre todo entre la juventud.

Empezamos con un artículo de David Rey acerca del concepto de **las tareas domésticas como “trabajo no remunerado”**. El artículo hace un análisis marxista de la cuestión de la reproducción de la fuerza de trabajo para demostrar cómo esta idea no solamente es errónea sino que lleva a conclusiones prácticas reaccionarias como la defensa de un salario para las amas de casa. En realidad, como parte de la lucha por la emancipación de la mujer, hay que luchar por su incorporación al mundo del trabajo asalariado y por la socialización de las tareas del hogar.

Publicamos también un artículo de Alan Woods **en defensa del materialismo**, que se ha publicado como introducción a la nueva edición inglesa de Materialismo y empiriocriticismo de Lenin. ¿Cómo adquirimos conocimiento? ¿Existe un mundo real más allá de nuestros sentidos? Y si es así, ¿cuál es nuestra relación con él? En esta importante contribución teórica, Alan Woods monta una defensa del materialismo contra el idealismo y el subjetivismo posmodernista oscurantista popular en los campus universitarios hoy en día.

Finalmente cerramos con un extenso texto de Francesco Giuliani sobre **Gramsci y el gramscismo**. El revolucionario comunista italiano y fundador del Partido Comunista ha sido utilizado por reformistas y académicos para justificar posturas políticas que nada tienen que ver con sus auténticas ideas. Los reformistas utilizan la idea de la hegemonía y de la guerra de posiciones en contraposición a la toma del poder, estableciendo una diferencia artificial y falsa entre Gramsci “el occidental” y Lenin y los bolcheviques, “los orientales”. De esta manera Gramsci es utilizado, contra natura, para justificar una política de adaptación al capitalismo y de pactos con la burguesía. Algo parecido sucede en la academia donde sesudas discusiones acerca de los Cuadernos de la cárcel sirven para atacar la esencia revolucionaria del marxismo. Giliana desentraña de esta maraña el auténtico pensamiento de Gramsci y también señala claramente las limitaciones y errores del mismo, en relación a la lucha política en el partido italiano y en la Internacional Comunista, colocándolo así en su justo lugar. ★

4 Feliz año nuevo - para algunos

Alan Woods

12 ¿Qué implica el Ordenamiento monetario en Cuba?

Jorge Martín

18 ¿El problema de la economía cubana es el "papá Estado"?

Jorge Martín

21 Las lecciones de la Comuna

León Trotsky

27 ¿Es el trabajo doméstico un trabajo "no remunerado"?

David Rey

35 En Defensa del materialismo filosófico

Alan Woods

46 ¿Qué queda de Gramsci en el "gramscismo"?

Francesco Giliani (Sinistra Classe Rivoluzione, Italy)

Puedes contactar con la CMI en las Américas y en el Estado Español en estas direcciones:



INTERNACIONAL

www.marxist.com/es

Correo: contacto@marxist.com

CANADÁ

Fightback

366 Danforth Ave., Suite 201

Toronto, ON M4K 1N8

Correo: fightback@marxist.ca

www.marxist.ca

Tel.: (416) 461-0304

La Riposte

Boîte Postale CP 2, SUCC. H

Montréal, Québec, H3G 2K5

Correo: lariposte@marxiste.qc.ca

www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Socialist Revolution

www.socialistrevolution.org

PO Box 1575 New York, NY 10013

MÉXICO

La Izquierda Socialista

www.marxismo.mx

Correo: contacto@marxismo.mx

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil

www.bloquepopularjuvenil.org

Correo: redaccionmilitantebpj@gmail.com

Tel: +503 7300-5356

HONDURAS

facebook.com/IzquierdaMarxista

izquierdamarxista.wordpress.com

correo: izquierdamarxista.hn@gmail.com

GUATEMALA

cmiguatemala2020@gmail.com

COLOMBIA

Correo: colombiamarxista@gmail.com

VENEZUELA

Lucha de Clases

Tel.: 0416-3094517 / 0416-6084457

www.luchadeclases.org.ve

Correo: cmi.venezuela@gmail.com

BOLIVIA

Lucha de Clases

www.luchadeclases.org.bo

correo: info@luchadeclases.org.bo

cel: (+591) 69620439

BRASIL

Esquerda Marxista

www.marxismo.org.br

Correo: contato@marxismo.org.br

Fone Brasil: (+55 11) 99965-5542

ARGENTINA

Corriente Socialista Militante

www.argentinamilitante.org

Correo: elmilitante.argentina@gmail.com

Tel.: +54 9 3416 565104

CHILE

Corriente Marxista Internacional

correo: chile@americasocialista.org

ESTADO ESPAÑOL

www.luchadeclases.org

Correo: contacto@luchadeclases.org

Tel.: 646 630 889

Feliz año nuevo - para algunos

Alan Woods

Alan Woods, editor de marxist.com, analiza el tumultuoso estado del mundo a principios de 2021. El capitalismo está en una profunda crisis. Mientras que un puñado de multimillonarios se enriquece, la gran mayoría está atrapada entre la pandemia del coronavirus y la pobreza. Pero los marxistas se mantienen optimistas. La clase trabajadora y la juventud están empezando a demostrar su fuerza, presagiando las batallas que se avecinan.

“El que ríe aún no ha escuchado las malas noticias”.
(Bertolt Brecht)

“La esperanza brota eterna en el pecho humano”. Las célebres palabras del gran poeta inglés del siglo XVIII Alexander Pope contienen una profunda verdad sobre la psique humana. En última instancia, es la esperanza lo que nos hace seguir adelante. Es lo que nos sostiene a través de las pruebas y tribulaciones de la vida.

Incluso en los momentos más oscuros, cuando nos sentimos abrumados por las dificultades, es esta obstinada creencia de que las cosas finalmente mejorarán lo que nos proporciona la fuerza moral necesaria para seguir viviendo y luchando, incluso cuando todas las probabilidades parecen estar en contra nuestra.

Pero, ¿qué pasaría si se extinguiera toda esperanza? Un mundo sin esperanza sería ciertamente un lugar oscuro. Sería imposible vivir en un mundo así. Y si le quitas a la gente la esperanza de un futuro mejor, le quitas todo lo que queda de su humanidad y dignidad.

La eliminación de la esperanza deja solo una respuesta posible, y esa respuesta es la desesperación. Las personas pueden responder a la desesperación de diferentes formas. En realidad, solo pueden escoger dos caminos. Uno es el de la pasividad, la apatía y, en última instancia, la conclusión de que esta vida no vale la pena. Pero hay otro camino. Los seres humanos son criaturas muy tercas y no llegarán voluntariamente a la conclusión de que no hay salida posible. El segundo camino es el que conduce a la revolución.

¿Feliz año nuevo? Con las campanadas de medianoche, cuando el 31 de diciembre se convierte en el 1 de enero, es costumbre desear a los amigos y familiares un feliz año nuevo. Este año no habrá sido diferente. El viejo poeta Pope tenía razón: la esperanza brota eterna en el pecho humano.

Así que, como de costumbre, levantamos nuestras copas y deseamos a todos un año feliz, saludable y próspero, con la esperanza de que 2021 sea mejor que 2020. Al fin y al cabo, ¡a duras penas podría ser peor!

Y aún así, aún así... en el fondo de nuestro corazón, ¿cuántos de nosotros realmente creímos en esta predicción optimista? A decir verdad, hay muy poca evidencia empírica que la justifique.

La pandemia sigue fuera de control y somete a millones de personas a un sufrimiento innecesario, cobrándose incontables vidas. El número total de casos de coronavirus a escala mundial al cierre de 2020 era de 82.421.447. Y el número total de muertes registradas era de 1.799.076.

Sin embargo, no hay duda de que estas cifras oficiales subestiman la situación real por un margen considerable. ¿Quién en su sano juicio puede creer las estadísticas oficiales de personas que han muerto a causa de esta terrible enfermedad, en la India por ejemplo?

Es suficiente señalar la flagrante falsificación de los datos para minimizar el número de muertes por COVID-19, en Gran Bretaña y otros países que se reclaman “avanzados”, para confirmar esta sospecha.

Y dado que los virus no respetan las fronteras nacionales, ni siquiera los países más ricos pueden escapar de ellos. Algunas de las peores estadísticas de todo el mundo se encuentran en los Estados Unidos, donde Florida es actualmente el epicentro de la pandemia.

Un hospital de Los Ángeles estaba tan abrumado con casos de COVID-19 que se vio obligado a atender a las víctimas de la enfermedad en una tienda de regalos cercana. Tal es la situación real en el país más rico del mundo.

Una cuestión de clase Trotsky dijo en una ocasión, parafraseando al gran filósofo Spinoza, que nuestra tarea es: “ni llorar ni reír, sino comprender”.

Constantemente se nos dice que debemos unirnos para enfrentarnos a un enemigo común: un enemigo despiada-

DYNAMITE IN THE FOUNDATIONS

ALAN WOODS ON
THE CRISIS OF
WORLD CAPITALISM

IMTV
www.marxist.com



Dinamita en los cimientos: Alan Woods sobre la crisis del capitalismo mundial (en inglés con traducción al español)

do, inexorable e invisible llamado COVID-19. “Estamos todos en el mismo barco”, esa es la falsa e hipócrita consigna con la que los ricos y poderosos tratan de desviar nuestra atención del hecho evidente de que la actual pandemia es también una cuestión de clase.

Es rotundamente falso que “estemos todos en el mismo barco”. En realidad, es justo lo contrario. La pandemia ha servido para exponer las profundas divisiones entre ricos y pobres: la verdadera línea que divide a la sociedad es la que separa a los que están condenados a enfermarse y sufrir una muerte horrible, y los que no lo están.

Y pisándole los talones a la pandemia llegó la recesión económica más profunda en tiempos modernos. La crisis económica mundial ha golpeado duramente a Estados Unidos. 40 millones de estadounidenses solicitaron los trámites para el seguro de desempleo durante la pandemia. Como siempre, son los pobres los que más sufren.

En 2019, la Reserva Federal informó que cuatro de cada diez estadounidenses no tenían suficiente dinero en sus cuentas bancarias para cubrir un gasto inesperado de 400 dólares. Y en los primeros meses de 2020, la situación empeoró de manera dramática.

Alarmada por el peligro que representaba esta situación, la clase dominante se vio obligada a tomar medidas de emergencia. El Estado, que de acuerdo con la teoría del libre mercado no debería jugar un papel significativo en la vida económica, ahora se convirtió en el principal sostén del sistema capitalista.

En marzo, los legisladores estadounidenses aprobaron más de \$2,4 billones (1,9 billones de euros) en ayudas económicas para empresas y hogares, en un intento de mitigar las dificultades económicas que padecen millones de familias. En realidad, la mayor parte de este dinero se gastó en generosas donaciones a los ricos. Pero el dinero entregado a los desempleados sirvió sin duda para paliar los efectos de la crisis entre los sectores más pobres y vulnerables de la sociedad.

Pero las ayudas han ido disminuyendo desde el verano y varios programas clave, incluidas las prestaciones sociales para los trabajadores precarios y las personas que llevan más de seis meses en paro, debían vencer a finales de diciembre. A medida que el gobierno ha ido retirando los apoyos, un número creciente de personas se está quedando sin comida o se atrasan en el pago del alquiler y otras facturas.

Hambre en Estados Unidos Muchas personas se encuentran ahora en una situación desesperada. Habiendo perdido repentinamente sus trabajos, se enfrentan a la pérdida de sus hogares. No tienen ingresos ni dinero suficiente para poner comida en la mesa. En el país más rico del mundo, millones de familias pasan hambre.

La inseguridad alimentaria se ha duplicado desde el año pasado, alcanzando el nivel más alto desde 1998, cuando se recopilaban por primera vez datos sobre la capacidad de los hogares estadounidenses para obtener alimentos suficientes.

En el mes de noviembre, uno de cada ocho estadounidenses informó que ocasionalmente o de manera frecuente no podía permitirse comprar suficiente comida, según una encuesta reciente.

El Banco de Alimentos de San Francisco-Marín, que opera en algunos de los condados más ricos de EE.UU. - San Francisco y Marín - ha estado proveyendo de alimentos a unos 60.000 hogares, el doble del nivel anterior al Covid. El 14 de diciembre, la BBC News informó:

“Aunque el hambre no es nueva en Estados Unidos, la pandemia ha tenido un impacto importante. La inseguridad alimentaria se ha convertido en un problema nacional generalizado que no perdona ni siquiera a algunas de las regiones más ricas.

“Desde principios de noviembre, no lejos del Trump National Golf Club en Virginia, en un área que solía tener algunas de las tasas de hambre más bajas del país, Loudoun Hunger Relief repartió alimentos a entre 750 y

AS

5

1.100 hogares por semana, un aumento del 225% desde su promedio semanal anterior a la pandemia.

“Vimos gente que nunca antes había necesitado acceder a este tipo de recurso”, dice la directora ejecutiva Jennifer Montgomery.

“Era obvio que estaban a sólo uno o dos meses de caer en la miseria”.

“He perdido mi orgullo”

Tomemos el caso de Omar Lightner, un camionero de 42 años de Florida. Perdió su trabajo en febrero a causa de la pandemia. Desde entonces, vive de sus ahorros en un motel en Jacksonville con su esposa e hijos. Su dinero se está agotando rápidamente.

“Mis ahorros eran de \$22.000 (18.100) cuando vinimos a este motel”, dijo Lightner. “Esto nos costó unos 17.300 dólares. El resto lo gasté en cupones de alimentos. Eso ayudó mucho. Pero tenemos dos niños con autismo severo; hay medicamentos y terapias que pagar”.

Mientras Lightner continúa buscando trabajo, su preocupación más grande e inmediata es cómo asegurar un hogar para su familia. Se han retrasado cuatro semanas en el pago del alquiler y ahora se enfrentan al desahucio.

Como parte de la política de desalojo del motel, se pueden retirar de su habitación los artículos que se consideren no esenciales. Esta semana, ha sido la televisión, algo que la pareja necesita desesperadamente para calmar a Jamal, que debido a su autismo tiene problemas para hablar.

“Somos una familia de cinco, no hay albergues disponibles a los que podamos ir en este momento”, dijo Lightner.

“He perdido el orgullo. Ahora somos prácticamente personas sin hogar. Y yo era un hombre que siempre tenía mucho orgullo. Trabajé toda mi vida. Siempre tuvimos una linda casa y buenos coches.

“Sé cómo crecí, tuve que trabajar para conseguir esas cosas. Y me lo han quitado por causas ajenas a mí.”

Ese es el rostro real y brutal del capitalismo en el siglo XXI. No existe otro. El primero de enero de 2021, para

al menos 12 millones de ciudadanos estadounidenses, la llegada del nuevo año tenía un sabor amargo.

Feliz año nuevo para los ricos Pero, ¡eh...! No nos pongamos demasiado tristes. No todo fueron malas noticias. En medio de este torrente interminable de miseria humana, sufrimiento, hambre y muerte, a algunos les fue muy bien.

Al mismo tiempo que más de 40 millones de estadounidenses solicitaban ayudas al desempleo, los multimillonarios vieron aumentar su riqueza en más de medio billón de dólares. Para esas personas, 2020 fue un año muy feliz. Y no hay absolutamente ninguna razón para dudar de que 2021 será aún más feliz.

Miremos el caso del propietario de Amazon, Jeff Bezos, que se convirtió en la primera persona con una riqueza total declarada de más de \$200 mil millones. Desde principios de marzo, cuando Estados Unidos tuvo sus primeras muertes por coronavirus, la riqueza de Bezos aumentó en 74.000 millones de dólares. ¿Tiene motivos para celebrar!

Bezos ahora gana más dinero por segundo de lo que gana el trabajador estadounidense típico en una semana. Un ciudadano estadounidense con una licenciatura ganará alrededor de \$2,2 millones en su vida de promedio; Bezos gana alrededor de \$2,2 millones en 15 minutos.

Con sus \$200 mil millones, es tan rico que para él gastar \$2 millones es el equivalente de gastar \$1 para un ciudadano normal. Su fortuna es más del doble que la de toda la monarquía británica y es tan grande como el PIB de países enteros.

Y otros le acompañan en esta buena racha. El magnate de la industria de las apuestas, Sheldon Adelson, vio crecer su riqueza en \$5 mil millones, mientras que la de Elon Musk aumentó en \$17,2 mil millones. Al sumar las cifras, los multimillonarios en los Estados Unidos han aumentado su patrimonio neto total en \$637 mil millones durante la pandemia de COVID-19 hasta ahora.



Repartos de bolsas de comida en los EEUU (FOTO: San Francisco-Marin Food Bank)

Como hemos señalado, una gran parte de su nueva riqueza provino directamente de las generosas dádivas del erario público. De la enorme cantidad de dinero entregada por el gobierno para contrarrestar la crisis, la mayor parte fue directamente a los bolsillos del uno por ciento más rico de la sociedad.

Los sistemas fiscales favorables a los ricos y las lagunas legales mantienen a estos multimillonarios en la cima. Y esas son solo las vías legales que usan los ricos para evitar pagar impuestos. En 2017, los investigadores estimaron que alrededor del 10% del PIB mundial estaba escondido en paraísos fiscales en el extranjero. Un estudio realizado en 2012 reveló que las personas más ricas del mundo mantenían hasta 32 billones de dólares en paraísos fiscales.

La brecha que separa a los ricos de los pobres se ha ensanchado hasta convertirse en un abismo infranqueable, profundizando la polarización social y política y creando un estado de ánimo explosivo en la sociedad. Este hecho fue subrayado de manera espectacular por los acontecimientos en Washington en los últimos días.

La última batalla de Donald J. Trump Entender cómo funciona el cerebro de Donald Trump es una tarea digna de un intelecto mucho mayor que el que posee el autor de estas líneas. Sin embargo, no es del todo imposible hacer algunas conjeturas fundamentadas sobre las motivaciones de sus últimos actos.

Las negociaciones en el Congreso para aprobar un nuevo paquete de estímulo para paliar el coronavirus llevaban en punto muerto desde el verano. Se suponía que esta nueva batería de ayudas supondría un alivio para unos 12 millones de trabajadores cuyas ayudas iban a vencer el 31 de diciembre.

Los Republicanos y Demócratas finalmente llegaron a un compromiso, acordando un nuevo proyecto de ley que extendería las ayudas extraordinarias por desempleo hasta finales de marzo, entre otras medidas de alivio. Pero para sorpresa de todos, el presidente se negó a firmar. Trump de representante se puso a protestar porque la cantidad de dinero que se le iba a dar a los beneficiarios era demasiado tacaña, lo cual era cierto, evidentemente, y que él estaba del lado de los estadounidenses pobres contra un Congreso cicate-ro, lo cual era falso, evidentemente.

El hecho es que la miserable cantidad decidida fue el resultado de las tácticas de bloqueo de los Republicanos, es decir, del propio partido de Donald Trump. Si se oponía a estas políticas de su partido, podría haber explicitado su postura de vista mucho antes, ahorrándonos así un buen lío. Pero no lo hizo.

De hecho, respaldó la propuesta original y guardó silencio hasta el último momento cuando el proyecto de ley aterrizó en su escritorio, solo unas semanas antes de que le entregaran una orden de desalojo para que abandonara el Despacho Oval. Las dos cosas claramente estaban relacionadas.

Aquí hay dos cosas muy claras. La primera es que Donald J. Trump está muy apegado a su posición como presidente de la mayor potencia del mundo y no tiene ninguna prisa por hacer las maletas. Al contrario, pretende aferrar-

se al poder hasta el último momento, con el afán con el que una persona desesperada se agarra a un clavo ardiendo.

Por desgracia, el suministro de clavos ardientes del presidente ha disminuido drásticamente en las semanas posteriores a las elecciones. En una acción desesperada de retaguardia, que recuerda a la batalla final del General Custer, Donald Trump se puso a tocar los tambores para poner en pie de guerra a sus huestes.

Para su inmenso disgusto, solo un puñado de senadores republicanos respondió a la llamada. Incluso sus partidarios más leales en la jerarquía del Partido Republicano, sopesando la correlación de fuerzas, llegaron a la conclusión lógica de que la discreción es la mejor parte del valor.

Para colmo de males, algún delator astuto (sus números se multiplican cada día) publicó una grabación del presidente donde intentaba intimidar al Secretario de Estado de Georgia, Brad Raffensperger, para que “encontrara” 11.780 votos que anularan la victoria de Joe Biden allí. Ese fue probablemente un factor en la toma de decisiones de los senadores Republicanos. Lo abandonaron como las ratas huyen de un barco que se hunde.

Tales actos de deslealtad cobarde son profundamente ofensivos para un hombre que hace tiempo que se volvió intolerante hacia la insubordinación. Imaginar que una traición de esta magnitud quedaría impune era absolutamente impensable. Y así, mientras otros estaban ocupados envolviendo sus regalos de Navidad, nuestro Donald estaba preparando una última sorpresa navideña para sus antiguos amigos y aliados, una que difícilmente olvidarían.

Incluso si eso significaba que millones de estadounidenses pobres pasaran hambre, él sería recordado como el presidente que hizo lo posible por dar más dinero a los pobres. Eso era mentira, por supuesto, pero el presidente ha elevado el arte de mentir a niveles completamente nuevos.

Sin embargo, lo principal aquí no es lo que es verdad, sino lo que la gente cree que es la verdad. Y lo que la gente cree resultará muy útil en las próximas elecciones presidenciales, cuando Donald J. Trump, a diferencia del general Custer, vuelva a cabalgar.

Uno puede imaginarse su sensación de júbilo malicioso cuando el presidente de repente retiraba la mano del documento ofensivo, lanzando así una granada de mano contra las conmocionadas filas de los Republicanos del Congreso.

“¡Aquí tenéis, mis buenos amigos! ¡Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo!”

Donald J. Trump tuvo la satisfacción de saber que, aunque se viera obligado a salir de la Casa Blanca, lo habría hecho montando una buena pataleta. La jugada causó consternación en el Congreso. Pero eso no era nada comparado con lo que estaba por venir.

La hora de la verdad La democracia burguesa es una planta muy delicada, que solo puede florecer en ciertos suelos bien abonados. Históricamente, es un privilegio que solo tienen las naciones capitalistas más avanzadas y prósperas, donde la clase dominante posee suficiente riqueza excedente para hacer concesiones a la clase trabajadora, mellando así las aristas de la lucha de clases y previniendo un conflicto abierto entre ricos y pobres.

Durante mucho tiempo, más de 100 años en el caso de países como Estados Unidos y Gran Bretaña, la clase dominante logró establecer un cierto grado de equilibrio político y social, gobernando no mediante la fuerza bruta, sino por una especie de pacto de caballeros, un compromiso entre las clases antagónicas.

En el caso de Gran Bretaña, esto se logró mediante un sistema de dos partidos, los partidos Conservador y Laborista, que se alternaban en el gobierno a intervalos regulares, sin desafiar nunca el dominio del capital. En Estados Unidos existía un arreglo similar con el reparto del poder entre republicanos y demócratas.

En realidad, este compromiso era una máscara que sirvió para ocultar las divisiones fundamentales de la sociedad y evitar un verdadero desafío al statu quo. En palabras del gran escritor estadounidense Gore Vidal: “Nuestra república tiene un partido, el partido de la propiedad, con dos alas de derechas”. Pero la crisis del capitalismo lo ha cambiado todo. La marcada y creciente división entre ricos y pobres ha provocado la ruptura del antiguo consenso.

En todas partes, bajo la aparente calma superficial, hay un descontento profundo, que se revela en estallidos periódicos de ira popular contra el viejo orden, sus instituciones, sus partidos políticos, sus líderes, su moral y sus valores. Este descontento, es cierto, carece de una expresión política clara. Es confuso, incoherente y, en ocasiones, puede incluso adquirir un aspecto reaccionario.

Esta falta de claridad no es de extrañar. Es el resultado de la debilidad del factor subjetivo: el hecho de que las fuerzas del marxismo genuino han retrocedido durante todo un período histórico, dejando el campo abierto a todo tipo de reformistas confusos y de izquierda que, como no tienen ideas propias claras, son orgánicamente incapaces de proporcionar soluciones a los problemas candentes que enfrentan las masas.

En su afán por encontrar una salida a la crisis, las masas buscan una expresión y una válvula de escape para la ira acumulada ante las injusticias del actual y desacreditado orden social y político. Este descontento puede ser aprovechado por demagogos de derecha sin escrúpulos del tipo de Donald Trump.

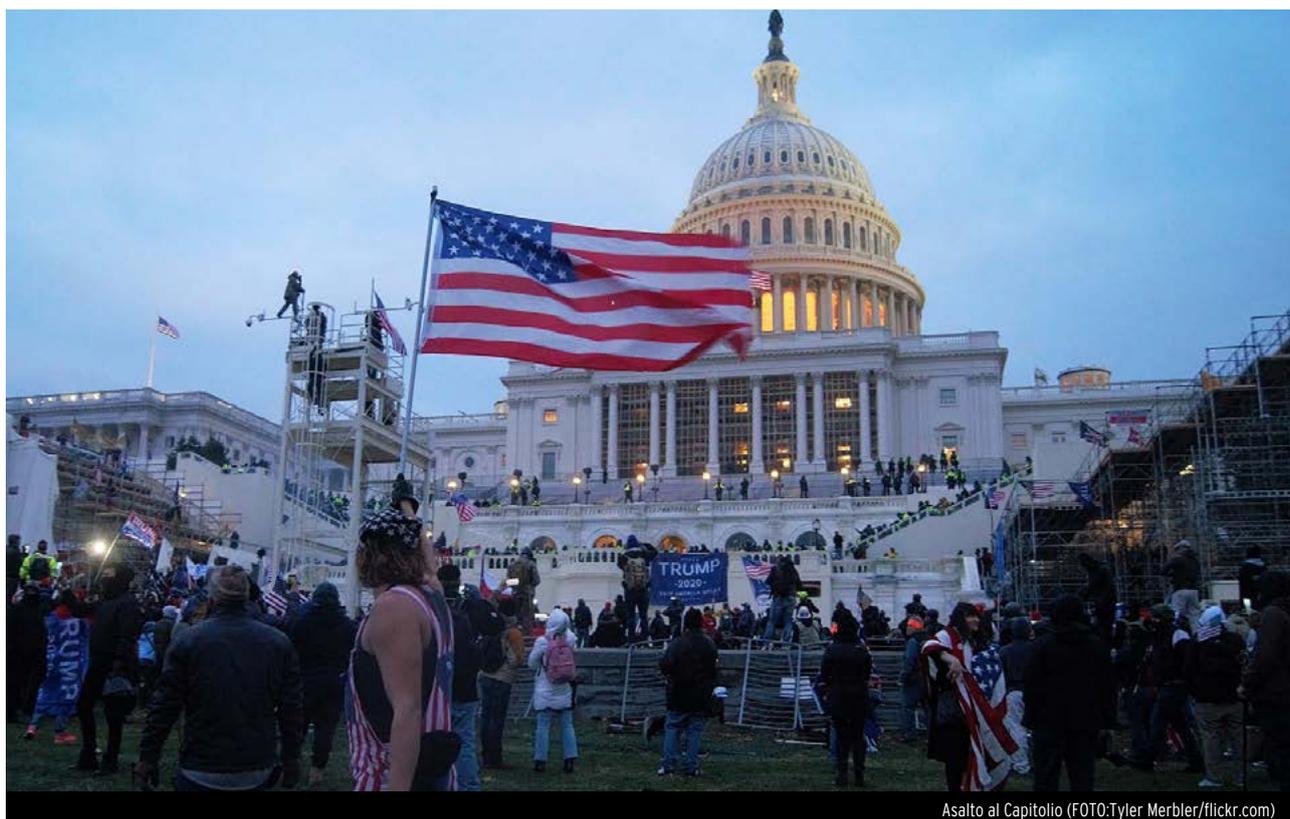
Pero en movimientos tan confusos y heterogéneos, es fundamental que aprendamos a distinguir lo reaccionario de lo que es reflejo de una protesta incoherente contra el statu quo, y no dejarnos llevar por factores secundarios y el impresionismo emocional.

Impresionistas superficiales como Paul Mason en Gran Bretaña y muchos otros de la llamada izquierda a nivel internacional solo ven los elementos reaccionarios en el trumpismo, que tontamente identifican con el fascismo, sin mostrar la más mínima comprensión de lo que realmente es el fascismo. Tal confusión no puede ayudarnos a comprender el significado real de los fenómenos importantes.

Estos disparates les llevan directamente al pantano de las políticas de colaboración de clases. Al promover la falsa idea del “mal menor”, invitan a la clase obrera y sus organizaciones a unirse con el enemigo de clase, los liberales burgueses que supuestamente defienden la “democracia”.

Peor aún, al insistir constantemente sobre el supuesto peligro del fascismo, puede desarmar a la clase trabajadora cuando se enfrente a movimientos genuinamente fascistas en el futuro. Como veremos, los estrategas serios del capital entienden lo que está sucediendo mucho mejor que los falsos izquierdistas ignorantes y ex-marxistas como Paul Mason.

Pero volvamos a los acontecimientos de Washington. En el fondo, lo que indican es el hecho de que la polarización en la sociedad ha llegado al punto crítico donde las instituciones de la democracia burguesa están siendo tenedadas hasta la destrucción. Es por eso que la clase domi-



Asalto al Capitolio (FOTO: Tyler Merbler/flickr.com)

nante y sus representantes políticos en todas partes están horrorizados por la conducta de Donald J. Trump.

Como estratega político, a Trump no se le puede tomar en serio. Es un empirista ignorante, cuyo único objetivo en la vida es el autobombo y aferrarse al poder y al prestigio. Esta es realmente una receta muy sencilla para un hombre que no tiene principios identificables de ningún tipo. Y aunque no es particularmente inteligente, su Creador le ha dotado de una dosis inalienable de astucia animal cretina.

Trump nunca se reconcilió con la idea de perder el cargo en algo tan vulgar como una elección. Ya había decidido de antemano que los resultados estaban amañados (¿qué otra posible explicación podría haber del fracaso?) Sus acciones consiguientes eran, por tanto, completamente predecibles.

Sintiéndose traicionado por sus compañeros de la dirección republicana (muchos de los cuales lo odian, pero todos le temen), recurrió a su único punto confiable de apoyo: su base de masas, que, a pesar de todo, permanece inquebrantablemente leal al hombre que ven como su portavoz y su única esperanza en un Washington irremediabilmente corrupto y cínico.

Por lo tanto, no sorprende que intentara movilizar esta base de masas en lo que probablemente sea la última jugada de un aventurero desesperado. Sin duda, esto fue una jugada arriesgada, pero nuestro Donald, como todos los apostadores, parece crecerse con movimientos arriesgados, especialmente cuando hay mucho en juego.

Sin embargo, esto tiene consecuencias. El hombre que, con sus acciones, ha profundizado todas las grietas en la sociedad estadounidense y creado algo muy parecido a un estado de guerra civil entre demócratas y republicanos, ahora ha declarado la guerra a su propio partido, amenazando con romper al partido republicano de arriba a abajo.

Sus discursos maníacos tenían claramente la intención de incitar a la multitud ya furiosa fuera de la Casa Blanca a atacar al Congreso y así (esperaba) evitar la confirmación de la victoria electoral de Joe Biden. Pero se notaba que su principal objetivo no eran los demócratas sino precisamente los republicanos en el Congreso, y en particular el vicepresidente Mike Pence, a quien instó a impedir que se llevara a cabo la sesión.

Para entonces, sin embargo, Pence y los demás líderes principales de los republicanos habían decidido que ya era suficiente. En efecto, rompieron con Trump, y Trump ha roto con ellos. Estas acciones han infligido profundas heridas al Partido Republicano, que no se curarán fácilmente. No es en absoluto descartable una escisión abierta de los republicanos.

Es difícil prever si Trump tiene otros ases debajo la manga antes de la investidura del nuevo presidente. Por su reacción inicial, parecería que ha perdido el equilibrio por el aluvión de ataques de todos los lados y está tratando retirarse rápidamente. Eso confundirá a su base, sin satisfacer a sus enemigos en el Congreso que exigen su destitución inmediata.

Una cosa está clara. A la clase dominante no le hizo gracia su última artimaña, para la que la policía (por razones que no están claras) parecía no estar preparada. Podemos estar bastante seguros de que el día de la investidura, las

fuerzas del orden se movilizarán para garantizar que no se repita el caos del otro día, que cualquiera que intente aguar la fiesta será recompensado con una fractura de cráneo.

Donald Trump, al darse cuenta por fin de que el juego ha terminado, promete que se irá en silencio. Lo hace con plena conciencia de que la alternativa es ser escoltado fuera del edificio por los chicos de azul hasta el vehículo policial más cercano. Siempre asumiendo que no haya sido cesado previamente por un nuevo juicio político, esta vez por la acusación más grave de “insurrección” contra la República.

Desde luego, esto no es el final del asunto. Al contrario, el verdadero drama apenas ha comenzado. Habiendo ganado dos escaños de Georgia en el Senado, Joe Biden ahora tendrá un control bastante seguro del Congreso. No tendrá excusa para no llevar a cabo las políticas que esperan sus seguidores.

Pero la profundización de la crisis económica, agravada por una deuda colosal, significa que la administración de Biden decepcionará muy rápidamente las esperanzas de aquellos millones que votaron por ella como “el mal menor”. Ahora se abrirá un nuevo y tormentoso período de lucha de clases, que transformará la sociedad estadounidense de arriba a abajo, abriendo el camino para desarrollos revolucionarios.

Los estrategas del capital sacan conclusiones Las consecuencias de esto son cada vez más evidentes para los representantes más sagaces de la clase dominante, que tienen una comprensión mucho más clara de las perspectivas que los estúpidos e impresionistas “izquierdistas” que no pueden ver más allá de sus narices.

El Financial Times publicó el 29 de diciembre un artículo con el título: “Una mejor forma de capitalismo es posible”. Iba firmado por el comité de redacción y, por tanto, lleva el sello de aprobación editorial de una de las publicaciones más autorizadas de la burguesía. Por eso, vale la pena citar el artículo en profundidad.

En este editorial leemos lo siguiente:

“La tranquilidad de la época navideña es un momento para recordar cómo la historia de la Natividad describe a la familia de Jesús: enviada a la carretera por absurdas reglas administrativas, sin alojamiento y dando a luz en condiciones precarias.

“Podríamos recalcar lo bien que su precariedad también podría describir una clase marginal en las sociedades más ricas que la humanidad haya conocido. La pandemia ha arrojado una luz dura sobre las partes vulnerables de los mercados laborales de los países ricos.

“La mayoría de nosotros dependemos, a veces literalmente para nuestras vidas, de personas que abastecen estantes, entregan alimentos, limpian hospitales, cuidan a los ancianos y enfermos. Sin embargo, muchos de estos héroes anónimos están mal pagados, con cargas de trabajo excesivas y sufren oportunidades laborales impredecibles e inseguridad en el empleo.

“Un neologismo acuñado para describirlos - el ‘precarizado’ - es apropiado. Durante las últimas cuatro décadas, el trabajo no ha logrado asegurar ingresos estables y adecuados para un número creciente de personas. Esto se ma-

nifiesta en salarios estancados, ingresos erráticos, amortiguadores financieros inexistentes para emergencias, baja seguridad laboral y condiciones de trabajo brutalizadas, hasta el punto de episodios tan grotescos como la mujer que da a luz en un cubículo de baño por temor a perder un turno.

“Muchos sufren un riesgo creciente de quedarse sin hogar y epidemias de enfermedades relacionadas con las drogas y el alcohol. Los sistemas de ayudas sociales pueden ayudar, pero también pueden atrapar a personas que ya son vulnerables en laberintos administrativos de círculo vicioso.

“Este es un problema de larga duración, pero se intensificó drásticamente en 2020. La mayoría de los empleos en el precariado requieren presencia física para trabajo de servicio manual, lo que deja a los trabajadores más expuestos tanto al contagio del coronavirus como a la pérdida de ingresos debido a los confinamientos”.

El problema central se plantea aquí con admirable claridad. Pero ¿cuál es la solución? El autor nos informa que:

“Es un imperativo moral ayudar a los más necesitados. Pero sacar a las personas de la precariedad económica también redundará en gran medida en el interés propio de los más pudientes”.

¡Sentimientos dignos de alabanza! Estas líneas recuerdan la famosa historia de Charles Dickens Cuento de Navidad: donde el capitalista misántropo y acaparador de dinero Scrooge es gradualmente convencido de enmendar su forma de vivir, compartir parte de su riqueza con los pobres y vulnerables y convertirse en general en un anciano caballero agradable y amable.

Este final sentimental es, sin duda, la parte más débil de la historia y transmite sólo los deseos piadosos y las ensoñaciones del autor. La parte realmente valiosa es su comienzo, que describe con precisión la verdadera moralidad del capitalismo.

Los autores del artículo del Financial Times parecen incómodamente conscientes de la inutilidad de cualquier intento de apelar a la mejor naturaleza de la minoría obscuramente rica que domina la sociedad sobre la base de un supuesto “imperativo moral de ayudar a los más necesitados”.

Esto ya era evidente para Charles Dickens, quien describe los vanos intentos de personas bien intencionadas de obtener un donativo de Scrooge para una limosna navideña:

«¿Ya no hay cárceles?», preguntó Scrooge.

«Está lleno de cárceles», dijo el caballero volviendo a posar la pluma.

«¿Y los asilos de trabajo?», inquirió Scrooge. «¿Siguen en activo?»

«Sí, todavía siguen», afirmó el caballero, «y desearía poder decir que no».

«Muchos no pueden ir; y muchos preferirían la muerte antes de ir».

«Si preferirían morir, que lo hagan; es lo mejor. Así descendería el exceso de población».

Aquí tenemos la voz auténtica del capitalismo: la voz fría y calculadora de la economía de mercado, del reaccionario Malthus: la verdadera voz mezquina, codiciosa, egoísta y cruel de los hombres y mujeres del dinero, que ha

permanecido inalterada desde la época de Dickens hasta la actualidad.

Al darse cuenta de la inutilidad de apelar a los instintos más nobles de los capitalistas, el editorial apela a sus propios intereses (su codicia y egoísmo). ¡Aquí estamos en un terreno más firme!

“No se trata solo de que los más acomodados tienen más que perder si la continua polarización económica conduce al rechazo del capitalismo. También tienen mucho que ganar abordándola”.

Pero ninguna cantidad de prédica moral tendrá ningún efecto en estas criaturas, al igual que no tuvo ningún efecto en Scrooge. Lo que lo hizo cambiar de opinión no fueron los imperativos morales, sino el miedo, el miedo y la ansiedad producidos por los fantasmas que Dickens envió para perseguirlo.

Por eso, el autor del artículo del FT toma la sabia decisión de asustar a los burgueses enfrentándolos a las inevitables consecuencias de la situación actual. Es una perspectiva mucho más aterradora que el Fantasma de la Navidad del Futuro:

“Los grupos que quedaron atrás por el cambio económico están concluyendo cada vez más que a los que están a cargo no les importa su situación o, peor aún, han manipulado la economía en su propio beneficio contra los marginados.

“Lento pero seguro, eso está poniendo en tensión el capitalismo y la democracia. Desde la crisis financiera mundial, este sentido de traición ha alimentado una reacción política contra la globalización y las instituciones de la democracia liberal.

“El populismo de derecha puede medrar durante un tiempo, mientras deja los mercados capitalistas en su sitio. Pero como no puede cumplir las promesas que hace a los que están frustrados y empobrecidos, es solo cuestión de tiempo antes de que se levanten las horcas contra el propio capitalismo y la riqueza de quienes se benefician de él”. (Mi énfasis, AW)

Oh, sí, los estrategas burgueses serios comprenden las implicaciones revolucionarias mucho mejor que los reformistas miopes. Pueden ver que los violentos giros de la opinión pública hacia la derecha pueden fácilmente ser la preparación de giros aún más violentos hacia la izquierda, que las masas descontentas (armadas con horcas, para sugerir analogías con la Revolución Francesa o la Revuelta Campesina de 1381) pueden girar en una dirección anticapitalista.

El artículo continúa:

“La epidemia de empleos inseguros y mal pagados refleja una falla en la difusión de los métodos de producción más avanzados desde la frontera de la economía hacia su interior. La mera existencia de un precariado demuestra que se están desperdiciando recursos - humanos, físicos y organizativos -”.

“Una economía polarizada no solo es injusta, sino ineficiente”.

Sí, todo esto es perfectamente cierto. El sistema capitalista es, de hecho, derrochador e ineficiente. Esto lo sabemos desde hace mucho tiempo. Por lo tanto, debe ser reemplazado por un sistema diferente, uno que se base en



Huelga de estudiantes en Minneapolis (FOTO: Fibonacci Blue)

una economía armoniosa y racionalmente planificada en la que la fuerza motriz sea la satisfacción de las necesidades de la mayoría, no la carrera loca por obtener riquezas obsesivas para unos pocos.

Esa conclusión es absolutamente ineludible. Pero está completamente fuera del alcance de nuestro autor bien intencionado, que concluye (sin aducir ninguna razón) que: “las alternativas son peores para todos”.

Nunca se explica por qué debería ser así. El autor no puede ver nada más allá del sistema capitalista existente y, por lo tanto, sueña con reformarlo para convertirlo en algo mejor. Pero el capitalismo no se puede reformar, como imaginan los estúpidos reformistas. Se consideran realistas. En realidad, son el peor tipo de utópicos.

Para salvar al capitalismo, dice, sus seguidores deben “limar sus aristas más ásperas”.

“Los vientos están cambiando”, anuncia triunfalmente:

“Los políticos desde Joe Biden hasta Boris Johnson tienen el mandato de ‘reconstruir mejor’; los guardianes de la ortodoxia económica han abandonado la idea de que la desigualdad es el precio a pagar por el crecimiento. Se puede hacer que el capitalismo garantice la dignidad a todos”.

¡Qué foto más bonita!

Por tanto, todo se reduce a soñar con un tipo diferente de capitalismo: un capitalismo más agradable, más bondadoso y más humano, tal como Dickens soñó con un Scrooge más agradable, más bondadoso y más humano. No hace falta decir que un sueño es tan inútil y utópico como el otro.

Por qué somos optimistas “En conjunto, la crisis ha ido cavando por debajo de la superficie como el buen viejo topo que es”. Marx a Engels, 22 de febrero de 1858

El sistema capitalista está enfermo, enfermo de muerte. Los síntomas de esto son muy claros. Por debajo de la superficie, en todas partes hay una rabia incandescente, ira, amargura y odio hacia el sistema existente y su moralidad hipócrita, injusticia, desigualdad intolerable e indiferencia hacia el sufrimiento humano.

Las viejas instituciones, que alguna vez fueron consideradas con respeto, ahora son vistas con total desprecio por las masas, que se sienten traicionadas y olvidadas. Los

políticos, los jueces, la policía, los medios de comunicación, las iglesias, todos son considerados ajenos y corruptos.

Las instituciones de la democracia burguesa formal se basaban en el supuesto de que se podía contener dentro de límites manejables el abismo entre ricos y pobres. Pero el continuo crecimiento de la desigualdad de clases ha creado un nivel de polarización social sin precedentes en décadas que está poniendo a prueba los mecanismos tradicionales de la democracia burguesa hasta sus propios límites, y más allá de esos límites. Esto se vio muy claramente en los eventos en los Estados Unidos durante el último año.

Los levantamientos espontáneos que asolaron el país tras el asesinato de George Floyd y los sucesos sin precedentes que precedieron y siguieron a las elecciones presidenciales marcaron un punto de inflexión en toda la situación. Aquí, en embrión, tenemos el esquema de desarrollos revolucionarios en el futuro.

El año 2021 será un año como ningún otro. ¿Será un feliz año nuevo, como predicen los optimistas? Por supuesto, será un feliz año nuevo para esta pequeña minoría que tiene motivos para ser feliz: menos del 1% de la población que disfruta de un control ilimitado sobre la riqueza producida por la gran mayoría.

Pero para esa mayoría no se puede hablar de un feliz año nuevo. Para ellos, el futuro bajo el capitalismo solo puede ser sombrío. Sin embargo, seguimos siendo obstinadamente y desafiantemente optimistas en el futuro, no el futuro del sistema capitalista, sino el futuro de la lucha de clases revolucionaria que está destinada a derrocar el sistema de una vez por todas.

El camino hacia un futuro feliz depende de una ruptura fundamental con el pasado. El camino que tenemos ante nosotros será difícil. La clase trabajadora entrará en una escuela muy dura. Pero de esa escuela sacará las lecciones necesarias.

Después de un largo período de relativa inactividad, la clase obrera está estirando sus extremidades, como un atleta que se prepara para entrar en una contienda decisiva. Eso, y solo eso, nos da esperanza y optimismo en el futuro de la humanidad.

13 de enero, 2021 ★

¿Qué implica el Ordenamiento monetario en Cuba?

Jorge Martín

El 12 de octubre, el vice primer ministro cubano y ministro de Economía y Planificación, Alejandro Gil Fernández compareció en el programa de televisión Mesa Redonda para informar de la estrategia económica "para el impulso de la economía y el enfrentamiento a la crisis mundial provocada por la COVID-19". Parte central de la misma es el "ordenamiento monetario" que tantos rumores e incertidumbre ha creado en Cuba en los últimos meses.

Por un azar de la historia, la comparecencia en la Mesa Redonda coincidía, casi exactamente, con el 60 aniversario de la ley 890 de "nacionalización mediante la expropiación forzosa de todas las empresas industriales y comerciales" y ley 891 de nacionalización de la banca, ambas aprobadas el 13 de octubre de 1960, y de la ley de reforma urbana del 14 de octubre del mismo año 1960 que expropiaba las casas de los grandes propietarios y las entregaba en propiedad a sus inquilinos. Con estas leyes, prácticamente, se abolía el capitalismo en Cuba y sobre esa base, la de la propiedad estatal de los medios de producción, se asientan todas las conquistas de la revolución cubana en el terreno de la salud, la educación, la vivienda, la liberación nacional, etc., que sobreviven hasta el día de hoy, aunque debilitadas.

¿Cuáles son las medidas que ahora se proponen, por qué se proponen ahora, y qué impacto tienen sobre esa base material en la que se asienta la revolución cubana?

Las medidas de lo que se ha venido en llamar el "ordenamiento monetario" en Cuba van mucho más allá de una unificación monetaria. En la medida en que en Cuba no solamente existen diferentes monedas circulantes (el peso cubano CUP, el peso convertible CUC y las monedas de libre convertibilidad MLC) sino que además existen varios tipos de cambio, las implicaciones son más profundas. Se trata en primer lugar de eliminar el CUC y restablecer el peso cubano como moneda central en la economía. Si existiera un solo tipo de cambio, esto sería una operación relativamente sencilla de retirar de circulación una moneda y reemplazarla por otro. El problema es la disparidad de

tipos de cambio. Para el sector estatal 1 CUC equivale a 1 CUP y a su vez a 1 dólar. Para el sector no estatal el tipo de cambio es de 24 o 25 CUP por cada CUC. Este tipo de cambio diferenciado provoca entre otras cosas que para el sector estatal la moneda nacional está sobrevalorada y por lo tanto encarece las exportaciones, al tiempo que abarata las importaciones. Unificar la moneda al mismo tiempo que se unifica el tipo de cambio implicará una devaluación fuerte del peso cubano en relación a las divisas. Lo que se pretende con esto es desincentivar las importaciones e incentivar las exportaciones, para tratar de esta manera de captar divisas para la economía nacional. Inevitablemente esto a su vez provocará un aumento de los precios finales para los consumidores. Para paliar este aumento, se prevé un aumento general de los salarios que según fuentes oficiales será de 4,9 veces.

Como parte de las medidas para potenciar las exportaciones se han firmado ya más de 100 contratos de exportación e importación con empresas privadas cubanas. Aunque estos contratos se canalizan a través de empresas públicas, lo cierto es que estas medidas debilitan el monopolio estatal del comercio exterior, que es una de las líneas de defensa de la planificación estatal de la economía.

Además, algo muy peligroso, las medidas que se proponen, plantean la eliminación de lo que se denomina “subsídios excesivos y gratuidades indebidas”. En realidad esto significa avanzar hacia la abolición del principio de la universalidad de los subsidios sociales y que los mismos estén dirigidos solamente a los que “realmente los necesitan”. Es un reconocimiento implícito del aumento de la diferenciación social en la isla en los últimos años, particularmente desde las medidas tomadas en 2011 en el marco de los Lineamientos del VI Congreso del PCC, de eliminación de empleos en el sector público y de promoción del cuentapropismo.

Las medidas del “ordenamiento” además fomentan los incentivos salariales, que irán vinculados a la capacidad de las diferentes empresas estatales de obtener divisas. Esta estrategia, que se argumenta como necesaria para incentivar el trabajo sobre la base de revalorizar el salario, en realidad tendrá el efecto de agudizar la diferenciación social. Habrá empresas que por su actividad estarán mejor posicionadas para exportar sus productos, cuyos trabajadores se beneficiarán, mientras que habrá otras que no pueden exportar, cuyos trabajadores recibirán el salario base, pero no los incentivos. Es más, las empresas que no logren beneficios, después de un período de adaptación, serán cerradas.

Esto va en la misma dirección general del intento de aumentar la productividad mediante el látigo del mercado capitalista: si una empresa no es rentable, cierra; si una empresa es rentable, se reparten utilidades. Se aumenta la autonomía empresarial, se liberaliza todavía más el trabajo por cuenta propia, se fomenta la creación de pequeñas y medianas empresas, tanto el sector estatal como en el privado, etc. Otro aspecto de lo mismo es la resolución 115 del ministerio de planificación (de aplicación a partir de 2021), que plantea que los actores económicos tendrán una mayor autonomía en cuanto a la gestión de las divisas que generen por exportaciones, venta en divisas, venta de

mercancías a empresas de la Zona Especial de Mariel, etc. Aunque el gobierno retendrá un porcentaje de estas divisas generadas, la mayor parte (entre un 80 y un 100% según los casos) se los quedará la empresa, ya sea estatal o del sector “no-estatal” (es decir, privado). El estado abandona su papel central en la asignación de divisas. Esto es grave porque significa una dolarización parcial de la economía, aumenta la diferenciación interna entre diferentes empresas según su sector de actividad y sobretodo porque disminuye el porcentaje de divisas a disposición del estado para ejercer la planificación central de las mismas en función de los intereses de la mayoría.

En general todas estas medidas económicas tienen una dirección clara: menos planificación, más mercado. El lenguaje que se utiliza oficialmente a veces trata de encubrir este hecho. Por ejemplo, en julio de este año, cuando el ministro de planificación presentó la Estrategia Económico-Social de Cuba dijo que una de sus líneas generales era “mantener la planificación” que “es una fortaleza de nuestro sistema”, pero a continuación añadió: “lo cual no significa asignación centralizada de recursos. Estamos dando pasos en función de descentralizar la asignación administrativa de recursos.” (ver: **Estrategia Económico-Social de Cuba en la etapa de recuperación pos-Covid-19**). Es decir una cosa y su contrario. En realidad, para verlo más claro hay que leer también otra línea general, un poco más abajo; “la regulación del mercado, principalmente por métodos indirectos.” Es decir, lo que se está planteando, claramente, es el retroceso de la planificación y el avance del mercado en diferentes aspectos de la economía, entre ellos, la asignación de recursos, la circulación de divisas, etc. Por lo tanto, estas medidas, son un paso atrás y minan la base material sobre la que se asientan los logros de la revolución cubana.

No se trata solamente de un retroceso en la base material de la revolución sino que además se avanza en un proceso que ya lleva años desarrollándose de retroceso en la conciencia, en el que cada vez se priman más las salidas individuales, la “eficiencia” a través de la competencia, por encima de las soluciones colectivas, la cooperación, el control social y la participación activa y consciente de la clase trabajadora de manera organizada en la solución de los problemas.

Es obvio y todo el mundo lo puede entender, que la economía (y la revolución) cubana se enfrenta a una serie de obstáculos muy importantes y que estos limitan las respuestas que es posible dar. Estos obstáculos son en parte estructurales y además se han agravado por motivos coyunturales.

Elementos coyunturales de la crisis económica en Cuba

Empecemos por los problemas coyunturales. La economía cubana ya había entrado en una situación muy complicada antes del inicio de la pandemia del Covid-19 por tres motivos. Por una parte la llegada de Trump al poder en EEUU en 2016 significó revertir una serie de medidas tomadas por la administración Obama que aunque no levantaban el embargo, sí favorecían a la economía cubana (flexibilización de la política de remesas, del turismo, etc.). No solamente eso, sino que además Trump, en un intento de fide-

zar el voto latino de Florida, endureció las agresión contra Cuba activando el capítulo III de la Ley Helms-Burton.

Como apunta un compañero cubano que revisó el primer borrador de este artículo, “los ataques de la administración Trump no se han limitado a revertir las medidas de Obama y la activación del capítulo III. Posiblemente ha sido la administración que más medidas ha tomado para endurecer el bloqueo y que con más saña ha tratado de estrangular las fuentes de ingreso de la economía cubana. La persecución sobre todas las operaciones y transacciones financieras internacionales de Cuba ha sido brutal. Casi todos los meses, y en los últimos tiempos, casi todas las semanas, hay nuevas sanciones y medidas que endurecen el bloqueo contra Cuba.” Según el **informe que Cuba presentó a la ONU en julio de 2020**, “desde abril de 2019 hasta marzo de 2020, el bloqueo ha causado pérdidas a Cuba en el orden de los 5 mil 570.3 millones de dólares. Esto representa un incremento de alrededor de mil 226 millones de dólares con respecto al período anterior. Por primera vez, el monto total de las afectaciones ocasionadas por esta política en un año rebasa la barrera de los cinco mil millones de dólares, que ilustra hasta qué punto se ha intensificado el bloqueo en esta etapa.”

El segundo golpe a la economía cubana en los últimos años fue el fin de los contratos de envío de médicos cubanos a Brasil, con la llegada de Bolsonaro al poder a finales de 2018. A esto se añade la misma medida tomada en Bolivia después del golpe de hace un año. Además, EEUU ha desplegado una campaña sostenida y sistemática contra la colaboración médica cubana, que es una de las principales fuentes de ingreso del país, **multiplicando las presiones contra gobiernos en todo el mundo** para que no contraten médicos cubanos.

El tercero es resultado de la brutal recesión económica en Venezuela que empezó el 2014 y no parece tener fin. Esta ha limitado de manera severa las relaciones económicas tan favorables para Cuba que se habían establecido, en

términos de exportaciones de servicios y de importación de petróleo a precios preferenciales.

La llegada del Covid-19 y la crisis mundial del capitalismo que desencadenó, han empeorado aún más la situación de la economía cubana. En primer lugar está el propio impacto de la pandemia en Cuba, con la paralización de la actividad productiva de cientos de miles de trabajadores del sector estatal que sin embargo siguen recibiendo sus salarios. A esto hay que añadir el coste de las medidas sanitarias, de los tests PCR, etc. En segundo lugar, el Covid-19 ha paralizado por completo la importante industria turística durante más de seis meses, con la consiguiente caída de los ingresos. A todo esto hay que añadir la caída de las remesas enviadas por cubanos en el extranjero en la medida que ellos también se ven afectados por la crisis económica en EEUU y en Europa. Además, las remesas se ven afectadas también por las medidas punitivas aplicadas por los EEUU que por ejemplo llevan al **cese de las operaciones de envío de dinero a la isla a través de Western Union** a partir del 23 de noviembre.

El colapso de la actividad económica mundial por la crisis capitalista, a su vez, ha provocado una caída del precio del níquel, que Cuba exporta, de 17.000 dólares la tonelada hace un año a 15.000 ahora. No olvidemos que el precio del níquel era de 28.000 dólares en 2011 y había alcanzado un pico de 50.000 dólares en 2007 antes de la gran recesión.

No todos los impactos internacionales sobre Cuba son negativos, el precio del petróleo que Cuba importa ha caído significativamente, de los 100 dólares el barril que sostuvo entre 2010 y 2014, y los 60 dólares el barril que tenía hace un año, a 37 ahora. Por otra parte, la pandemia ha permitido a Cuba, temporalmente, encontrar otras salidas para su exportación de servicios médicos. Pero estos dos factores positivos están muy lejos de poder equilibrar el impacto negativo de los demás golpes recibidos. Además, la caída del precio del petróleo se ve contrarrestada por el aumento de la presión estadounidense a gobiernos y em-



Alejandro Gil Fernández en Mesa Redonda

presas de terceros países para que no vendan petróleo a Cuba bajo amenaza de sanciones y represalias.

Es prácticamente una tormenta perfecta para la economía cubana, que sin embargo, con muchas dificultades, ha sobrevivido. En realidad, es necesario señalar que la revolución cubana no solamente ha sobrevivido sino que en los últimos meses se han enfrentado a la pandemia de manera ejemplar, a pesar de la situación económica tan difícil. Esto solo ha sido posible debido a la existencia de un régimen socio-económico que no está dictado por el interés del beneficio capitalista privado.

Elementos estructurales de la economía cubana Pero hay que decir que aún si se encontrara salida a todas estas dificultades más coyunturales, hay elementos de debilidad de la economía cubana que todavía se mantendrían. En primer lugar la dependencia del mercado mundial en el que Cuba se inserta como economía débil y subordinada, y en segundo lugar el peso muerto de la burocracia en la gestión de la economía planificada.

La primera cuestión tiene que ver con el hecho de que la revolución cubana se dió en un país capitalista atrasado y dominado por el imperialismo. La construcción del socialismo empieza sobre la base de las fuerzas productivas más avanzadas del capitalismo. Cuba en 1959 era un país cuya economía se basaba en la exportación de materias primas (azúcar sobretodo) y por lo tanto estaba totalmente a merced del mercado mundial, en el que se insertaba en condiciones totalmente desiguales de dominación. Las principales empresas y sectores económicos del país estaban en manos de intereses estadounidenses con una débil burguesía nacional atada de pies y manos y servil al vecino del norte.

La revolución cubana, que empezó con un programa avanzado democrático-nacional que en un principio no se cuestionaba explícitamente el capitalismo, culminó en la expropiación de la propiedades de la burguesía, imperialista y “nacional”. Este es el significado de las leyes de julio-agosto y de octubre de 1960, de las que ahora se cumplen 60 años, a las que nos hemos referido al principio de este artículo.

Se puede decir que a menos de dos años de su llegada al poder la revolución cubana había cumplido el programa del Moncada, un programa democrático nacional y anti imperialista, y en el proceso de hacerlo había acabado con la propiedad privada de los medios de producción expropiando la burguesía, cubana e imperialista. La revolución cubana no podría haber cumplido su programa de ninguna otra manera.

De esta manera se demostraba en la práctica uno de los postulados de la estrategia de la revolución permanente: en la época del imperialismo, en los países de desarrollo capitalista tardío, la burguesía es incapaz de llevar adelante ninguna de las tareas pendientes de la revolución democrático nacional, las mismas solo se pueden completar superando el estrecho marco del capitalismo.

La teoría de la revolución permanente, sin embargo, tiene otra parte. Las tareas de la revolución socialista no se pueden completar en un solo país, y menos en un país atrasado y dominado por el imperialismo. La expropiación

del capital en un país tiene que ser el prelude para la extensión de la revolución a otros países, y finalmente la revolución mundial.

En cierta manera, la propia historia económica de la revolución cubana confirma esta tesis. Los dos períodos en que la economía cubana ha tenido un desarrollo más importante fueron durante su vinculación con la URSS (particularmente de 1971 a 1986) y en el auge de la revolución bolivariana (de 2002 a 2013). La vinculación de la revolución cubana a la URSS tuvo un impacto negativo desde el punto de vista de cerrar un período heroico (los años 60) en que Cuba luchó contra la reaccionaria “coexistencia pacífica” y por extender la revolución, se enfrentó a la visión mecánica y burocrática del “marxismo”, etc. Para la burocracia soviética eso era una amenaza, y el estrechamiento de relaciones económicas vino acompañado por implantar de manera rígida el modelo burocrático-estalinista en todos los aspectos de la economía, la educación, la ideología, la cultura, el arte, la vida política y también de la política exterior.

También desde un punto de vista económico hubo consecuencias negativas. Las ideas del Ché Guevara acerca de la necesidad de industrializar Cuba y desarrollar su clase obrera fueron abandonadas, y la isla siguió dependiendo de la exportación del azúcar. Sin embargo, en términos puramente monetarios, la relación fue favorable a Cuba, que vendía a la URSS y a los países del este, su zafra a precios mayores que los del mercado mundial y les compraba productos manufacturados a precios por debajo de los del mercado mundial.

La relación de Cuba con la revolución bolivariana (a pesar de que esta nunca llegó a romper con el capitalismo) también fue muy favorable para la isla. Ciertamente lo fue desde un punto de vista económico, pero también lo fue desde un punto de vista político, con la llegada del viento fresco del entusiasmo revolucionario que venía de Venezuela.

El otro aspecto estructural que limita y coarta el desarrollo económico de Cuba es la propia existencia de la burocracia. En los últimos meses se ha hablado mucho en Cuba de la necesidad de “liberar las fuerzas productivas”, para que desarrollen plenamente todo su potencial. Pero en general lo que se quiere decir con ello es acabar con la planificación estatal de la economía, y dar rienda suelta al mercado como mecanismo director de la misma.

En realidad no es la planificación estatal en sí lo que constriñe el desarrollo de las fuerzas productivas, sino la planificación burocrática de la economía. En teoría, los trabajadores son propietarios de los medios de producción. Pero en la práctica no se sienten como tal. En la medida en que no tienen mecanismos reales de control y gestión obrera para dirigir la economía, los trabajadores se sienten alienados de la misma. Además, en una economía capitalista (“de mercado”) existen, hasta cierto punto, unos mecanismos automáticos de control. Si una empresa no es eficiente (es decir, sino adopta los mecanismos más avanzados para desarrollar la productividad del trabajo) es eliminada por sus competidores. En una economía planificada, el único mecanismo posible que ejerce ese papel de control de calidad, de eficiencia económica, es la dirección de la

economía por parte de los propios trabajadores. Si esta no existe, campa a sus anchas el despilfarro, la indolencia y el anquilosamiento burocrático. En realidad, las medidas propuestas ahora y que se vienen discutiendo desde hace años en Cuba, en cierta manera, admiten esta premisa, al concentrarse en el problema de los incentivos a los trabajadores.

En resumen, los dos factores interrelacionados, que afectan negativamente la economía cubana son su aislamiento y la burocracia. En realidad, la burocracia es justamente el reflejo del aislamiento de la revolución en un país atrasado.

¿Cómo enfrentar la crisis de la economía cubana? Si partimos de estas premisas, la conclusión es clara. Los problemas estructurales de la economía cubana se pueden superar mediante la revolución mundial y la democracia obrera. La primera cuestión se comenta sola. Si triunfara la revolución socialista en uno o varios países en el continente americano (Ecuador, Bolivia, Venezuela, Chile, etc) eso inmediatamente pondría a la revolución cubana en una situación mejor, tanto desde el punto de vista puramente del intercambio económico, como desde el punto de vista político de la moral revolucionaria. Una revolución en los EEUU sería todavía más decisiva de cara a cambiar la situación de la revolución cubana.

Claro, la revolución en otros países no depende de la revolución cubana, o por lo menos, no depende exclusivamente de ella. Sin embargo, la revolución cubana, que tiene un prestigio muy grande y ejerce como poderoso punto de atracción en todo el continente y más allá. Podría jugar un papel importante. Para eso sería necesario en primer lugar que en Cuba se discutiera a fondo la política internacional desde un punto de vista revolucio-

nario y socialista, no desde el punto de vista limitado y reaccionario de la geopolítica. Aunque existen espacios en Cuba en los que se discute desde un punto de vista auténticamente comunista acerca de la situación mundial, esta no es la tónica dominante del discurso oficial ni el de los medios de comunicación. En general el discurso público tiene el nivel de los políticos reformistas en otros países; se critican los excesos del capitalismo (en muchos casos se usa el eufemismo “neoliberalismo”), pero desde una perspectiva en la que se asume que son posibles soluciones dentro del marco del capitalismo. Incluso en el período álgido de la revolución bolivariana en Venezuela, nunca se discutieron a fondo en Cuba cuestiones que eran candentes en Venezuela, como el movimiento de control obrero.

Por otra parte, la democracia obrera es el incentivo más eficaz para aumentar la productividad del trabajo. Si los trabajadores sienten de manera práctica que los medios de producción les pertenecen, que la dirección del país está en sus manos, entonces tendrán un interés en que funcionen de manera eficaz. Esa es la lección de las experiencias de control obrero en Venezuela y en cualquier parte del mundo. Lo que vale para una fábrica, vale para la dirección de la economía en su conjunto.

En cuanto a los problemas coyunturales, es posible que sea necesario hacer concesiones parciales al mercado, tratar de atraer inversión extranjera y exportar productos para conseguir divisas necesarias. Al fin y al cabo, la NEP de Lenin en los años 1920 era justamente eso: una serie de concesiones y retrocesos. La diferencia es que Lenin presentó esa política de manera honesta como lo que era: concesiones y retrocesos. Las palancas centrales de la economía permanecían en manos del estado, y se consideraba el monopolio del comercio exterior como una pieza cla-



La lucha por el control obrero en Venezuela

ve de la defensa de la propiedad estatal de los medios de producción. Y al mismo tiempo los bolcheviques en los años 20 seguían una política decidida de revolución internacional, construyendo la Internacional Comunista, interviniendo en la política revolucionaria de Alemania, Italia, Francia, etc.

En Cuba, sin embargo, se hacen concesiones cada vez mayores al mercado, se debilita el monopolio estatal del comercio exterior y la planificación. Estas concesiones aumentan la diferenciación social y fortalecen elementos burgueses y pequeño-burgueses que adquieren mayor confianza y empiezan a expresar de manera político sus propios intereses frente a los intereses de la propiedad estatal. Pero estas concesiones se presentan no como tal, sino como la solución, la vía a seguir para resolver los problemas. En lugar de advertir del peligro que entrañan, se presentan como la panacea y la manera de “liberar las fuerzas productivas” y “construir un socialismo próspero y sostenible”

En su intervención en Mesa Redonda, el ministro Alejandro Gil, recalcó que “no se aplicarán terapias de choque y siempre habrá atención y prioridad a las personas más vulnerables”. Esa preocupación es loable. Sin embargo, el problema es que las fuerzas del mercado que se han desatado tienen una lógica propia. Las conquistas de la revolución cubana se asientan sobre la propiedad nacionalizada de los medios de producción, si se debilita y eventualmente se finiquita la misma, las conquistas no se podrán garantizar. Y eso es independiente de la voluntad subjetiva de los que se lanzan por este camino.

La economía cubana está en una situación muy difícil. Nadie lo niega. El status quo es insostenible. Correcto. Pero hay dos vías posibles para salir del atolladero. Una es la que lleva hacia la dominación del mercado capitalista (la vía china o vietnamita). La otra va por el camino de la revolución mundial y la democracia obrera.

Es claro que en Cuba hay resistencia entre muchos militantes y cuadros comunistas, a la aplicación de medidas de mercado. Una señal clara de ello fue el debate acerca de la reforma constitucional (**ver: Cuba: las amenazas y agresiones de Trump, la reforma constitucional y la situación económica**). El borrador inicial que se propuso eliminaba muchas referencias al socialismo y al objetivo final comunista de la revolución cubana. El texto que finalmente se puso a votación recuperaba muchas de esas expresiones originalmente eliminadas. ¿El motivo? La enorme resistencia que despertaron esas propuestas en la militancia del Partido Comunista y sectores de la población.

Otro indicio de esta resistencia a las medidas “de mercado”, es la aparición en Granma de un artículo titulado “**La bondad neoliberal de los entusiastas consejeros**” en mayo de este año. El artículo correctamente advertía contra la promoción de la pequeña y mediana empresa privada y de la vía china o vietnamita como solución a los problemas económicos a los que se enfrenta la revolución. Sin embargo, tampoco ofrecía ninguna alternativa clara. Es interesante que en su respuesta al citado artículo de Granma, el economista cubano Pedro Monreal, de manera irónica, recomienda a los que se oponen a las PYMES privadas que “mejor pasen directamente a las “grandes ligas” leyendo a Trotsky y a la “oposición de izquierda” de



1926.” (**Éramos pocos y parió Catana: ¿una oposición de izquierda en Cuba?**). Monreal es un economista pro-capitalista que ha dejado claro en más de una ocasión que “la estrategia económica en Cuba debería concentrarse en el reemplazo de la planificación centralizada”.

No se equivoca Monreal en identificar a la Oposición de Izquierda con una política favorable a fortalecer el desarrollo industrial, la planificación y contraria a las concesiones a los elementos burgueses, en el campo y la ciudad, que se empezaban a desarrollar como una amenaza para la propia existencia del poder soviético.

El programa de la Oposición de Izquierda combinaba una crítica a la política económica con una defensa del régimen democrático dentro del partido y del estado y un ataque a los métodos burocráticos de censura de opiniones. Sabemos cómo terminó esa historia, la burocracia estalinista suprimió, expulsándolos del partido y posteriormente eliminándolos físicamente, a toda oposición. Claro, esa misma burocracia estalinista, cuando el sistema de planificación burocrática entró en una fase de estancamiento en los años 70 y 80 del siglo pasado, pasaron a convertirse, de manera entusiasta, en propietarios privados de los medios de producción que se robaron. La restauración del capitalismo en la URSS y los países del Este, dirigida por esa misma burocracia estalinista, significó un desplome estremecedor de los niveles de vida y el colapso de la economía.

La revolución cubana se encuentra en una encrucijada crucial. Muchas de las medidas que se proponen ya se discutieron hace 10 años (**ver: El congreso del PC Cubano ratifica las directrices económicas – el control obrero y el socialismo internacional ausentes de la discusión**). Algunas ya se empezaron a aplicar, aunque de manera parcial. Los resultados están a la vista. El aumento de la diferenciación social, el crecimiento de una capa pequeño burguesa con sus propios intereses. Lo que ahora se propone es avanzar de manera todavía más decidida por ese camino.

Es importante abrir un debate serio al respecto y que los comunistas intervengan en el mismo de manera decidida. La solución no es retroceder hacia el mercado, debilitar y diluir la propiedad estatal de los medios de producción, de la que se cumplen ahora 60 años, sino avanzar hacia el internacionalismo revolucionario y la democracia obrera.

17 de noviembre, 2020 ★

¿El problema de la economía cubana es el “papá Estado” y su “sobreprotección igualitarista”?

Respuesta al compañero José Alejandro Rodríguez

Jorge Martín (editor de América Socialista)

[Esta nota de respuesta a un artículo de Juventud Rebelde fue publicada originalmente en el blog cubano **Comunistas** y tuvo amplia difusión en la isla]

Cuando lo ví por primera vez no daba crédito a mis ojos. Un compañero me pasó por WhatsApp una captura de pantalla del anuncio del artículo de Juventud Rebelde “**Con lupa para llegar abajo**” en el Facebook de la publicación de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba. Pensé que no era posible, debía ser un montaje para desacreditar a la publicación. Pero cual fue mi sorpresa cuando al buscarlo, llegué al artículo del 15 de diciembre de José Alejandro Rodríguez.

Voy a reproducir íntegramente las dos primeras frases, para que no quede duda al lector:

“*Papá Estado* se convenció definitivamente de que la familia Cuba no puede prosperar con tanta *sobreprotección igualitarista*, al extremo de que sus hijos laboriosos y esforzados se desgasten trabajando y no progresen como desean, para que sus hermanos *vagos y extraviados* vivan muchas veces mejor, del invento y el engaño medrando con las dificultades.

“*El viejo paternalista* comprendió que él es el máximo responsable de que la familia entera no confluya en el esfuerzo, y de muchos acomodamientos y desviaciones en una parte de su cría” (énfasis mío)

Los argumentos que el compañero José Alejandro Rodríguez utiliza para justificar las medidas del orde-

namiento monetario que se están aplicando en Cuba son exactamente los mismos que utilizan los fundamentalistas liberales en países capitalistas para justificar recortes del gasto público, el desmantelamiento del llamado “estado del bienestar” y la destrucción de cualquier tipo de legislación protectora de los derechos de los trabajadores, las mujeres, los jóvenes.

La idea de que el problema de la economía es la existencia de un “papá Estado sobreprotector” que provoca que sus vejijos se vuelvan “vagos y extraviados”, y que la desaparición de esa “sobrepotección igualitarista” es el motivo de que no sean “laboriosos y esforzados”, es el argumento central que utilizan en todas partes los defensores del “libre mercado” capitalista para justificar su asalto a las conquistas que la clase obrera ha ganado en los últimos cien años de lucha y organización.

Por dar un ejemplo: como parte de las medidas para paliar el impacto de la pandemia en la economía, el gobierno español del PSOE y Unidas Podemos propuso introducir un Ingreso Mínimo Vital de entre 460 y 1015 euros para personas y familias en situación de pobreza extrema. Enseguida la derecha, desde los herederos del franquismo en el PP hasta la extrema derecha de Vox, pusieron el grito en el cielo, al igual que hicieron las organizaciones empresariales que representan los intereses de los capitalistas. ¿Su argumento? La introducción de esta “paguita” haría que la gente no quisiera trabajar. Veamos un ejemplo. El columnista de derechas Antonio Gallego, escribía en el periódico burgués El Español una columna de opinión llamada “Una paguita para todos”:

“Escucho estos días la ya clásica electoral propuesta podemita de crear una renta básica ciudadana. Una paguita para todo el mundo, trabaje o no. Sea un vago o no. A final de mes, hagas o deshagas, madrugues o no, *papá Estado te dará un dinerito*.” “La implementación de esta iniciativa que premia la holgazanería ... incentivaría a miles de ciudadanos a trabajar más bien poquito”

¿Le parece familiar el argumento compañero Rodríguez? El dirigente del partido ultraderechista Vox Jorge Buxadé iba más allá. Para Buxadé la “paguita clientelar” propuesta por el gobierno español es una “renta básica socialcomunista” que forma parte de la “agenda chavista” del vicepresidente Pablo Iglesias y que equivale a introducir una “cartilla de racionamiento”. El articulista

de Juventud Rebelde se encuentra con muy mala compañía a la hora de utilizar estos razonamientos.

De hecho, la idea de la existencia de un “papá estado” que con su “sobrepotección” hace que sus hijos sean “vagos,” una idea ultraliberal, era el centro de la argumentación de las políticas económicas de los monetaristas Chicago Boys que iniciaron el asalto al “estado del bienestar” que se había desarrollado en el período del boom de la posguerra en muchos países capitalistas avanzados. La crisis mundial del capitalismo de los años 70 no dejaba margen de maniobra a la burguesía para mantener las concesiones que el movimiento obrero había arrancado durante años de lucha. Empezaba una ofensiva privatizadora y de ataque frontal a todas las conquistas de la clase trabajadora.

Los monetaristas consideraban que todas las medidas sociales, de intervención del estado en la economía, de regulación del mercado laboral, eran impedimentos para el desarrollo de la capacidad de “emprendimiento” de los capitalistas, y por lo tanto trabas al crecimiento de la economía. Ellos fueron los que acuñaron la expresión del “estado protector” o benefactor, que a veces en inglés se denomina “the nanny state”, el estado niñera. El Chile de Pinochet fue el primer campo de experimentación de los Chicago Boys y su fundamentalismo monetarista. El Reino Unido de Thatcher fue otro ejemplo donde esas políticas se llevaron a su extremo. La sociedad no existe, era el eslógan de la Dama de Hierro.

De lo que se trataba en realidad era de destruir cualquier barrera o impedimento para la realización de los beneficios empresariales y de abrir todos los sectores de la economía al beneficio privado. El argumento era, si el estado regula un salario mínimo muy alto, los empresarios no van a contratar trabajadores, no se creará empleo, la economía no crecerá. Claro, siguiendo el argumento a sus últimas consecuencias, habría que legalizar el trabajo infantil en las minas y por un salario de hambre, con el objetivo de “estimular la economía”. Bajo estas premisas, además de destruir las leyes laborales que protegían a los trabajadores se abrieron sectores como la educación, las pensiones, la salud, al lucro privado.

Cualquier tipo de subsidio paliativo, de desempleo, a las madres solteras, a los discapacitados, se consideraban como una barrera que desincentivaba la búsqueda de trabajo. Los fanáticos del libre mercado obviaban los hechos básicos: la gran mayoría de los desempleados querían tra-

Autor:



José Alejandro Rodríguez

pepe@juventudrebelde.cu

Papá Estado se convenció definitivamente de que la familia Cuba no puede prosperar con tanta sobrepotección igualitarista, al extremo de que sus hijos laboriosos y esforzados se desgasten trabajando y no progresen como desean, para que sus hermanos vagos y extraviados vivan muchas veces mejor, del invento y el engaño medrando con las dificultades.

El viejo paternalista comprendió que él es el máximo responsable de que la familia entera no confluya en el esfuerzo, y de muchos acomodamientos y desviaciones en una parte de su cría. «Dale un pez a un hombre, y comerá hoy, enséñale a pescar y comerá el resto de su vida», reza el sabio proverbio chino que este patriarca, tan generoso con sus hijos, no supo aplicar con todo rigor, al extremo de que ni los peces ni los panes han podido multiplicarse con holgura en ese hogar.

Artículo en Juventud Rebelde

AS

19

bajar, ¡sino tenían empleo era como consecuencia de la crisis del sistema capitalista!

La política económica ultraliberal de los monetaristas no es más que una expresión de la lucha de clases. Con su organización y lucha, la clase trabajadora consigue concesiones y protecciones legales. Las mismas merman los beneficios empresariales y por lo tanto los capitalistas se resisten y pasan a la contra-ofensiva cuando se sienten con fuerza para hacerlo. Es algo que ya explicó Marx: la lucha entre la clase obrera y los capitalistas por la apropiación de la plusvalía.

Ni siquiera es cierto que los capitalistas estén en contra de la intervención del estado en la economía. Los mismos que chillan contra “papá Estado”, corren a exigir un “rescate bancario” cuando estalla la crisis, y piden al estado subsidios y subvenciones cuando entran en dificultades. Para la clase capitalista se trata de privatizar los beneficios y socializar las pérdidas. En el capitalismo la banca siempre gana.

El artículo del compañero José Alejandro en Juventud Rebelde reproduce, palabra por palabra, los mismos argumentos de los defensores a ultranza del sistema capitalista, pero los aplica a la realidad cubana. Al final del artículo, la conclusión del compañero es que en el marco de estas reformas económicas “hay que detectar y atajar a tiempo los focos de vulnerabilidad que se deriven de las propias medidas. Con lupa, para llegar abajo y hacer cumplir al pie de la letra, todos los días, ese lema avizor de que nadie quedará desamparado.” Es decir, se propone eliminar las medidas de protección universales, para aplicarlas solamente “en situaciones muy particulares”. Este planteamiento (que es calco del que aplicaron los conservadores británicos durante el gobierno de Thatcher) es totalmente erróneo.

En otra parte he explicado en mi opinión el impacto que van a tener las medidas del ordenamiento monetario en Cuba (ver: **¿Qué implica el ordenamiento monetario en Cuba?, en esta misma revista**). Los problemas de la economía cubana son varios, pero para mí los cruciales son la inserción en términos desiguales en el mercado mundial capitalista (agravada por el bloqueo); y la gestión burocrática de la economía planificada. La solución a esos problemas se encuentra en una política de internacionalismo revolucionario y la gestión democrática de la economía por parte de la clase trabajadora, manteniendo el carácter estatal de los medios de producción.

Sin embargo, las medidas que se están tomando, y que en realidad se vienen discutiendo desde hace 10 años, parten de la base de que el problema es la propia planificación estatal de la economía, y que por lo tanto es necesario introducir mecanismos de mercado en la gestión económica. La idea central que plantea el compañero comentarista de Juventud Rebelde no es suya propia, sino que viene justamente del ordenamiento, que incluye la eliminación de lo que se denomina “subsidios excesivos y gratuidades indebidas”. Poner el foco en esta cuestión es completamente incorrecto. Es un discurso que criminaliza a los pobres y a los humildes, que cuestiona si realmente necesitan ayudas sociales, les culpa de los problemas de la economía y enfrenta a la clase trabajadora con los sectores más vulnerables de la sociedad.



¿Existe en Cuba un problema con “vagos y extraviados” que viven “muchas veces mejor, del invento y el engaño medrando con las dificultades”? Ciertamente. Pero ese problema hay que cuantificarlo y identificarlo correctamente. ¿Acaso el autor está afirmando que hay gente que vive de los subsidios estatales o de la libreta por ser vagos y que viven mejor que los que trabajan? Compañero, eso es patentemente falso. ¿Que hay gente que vive y medra del engaño? Sin duda. En una economía enfrentada a grandes dificultades y escasez siempre florece el mercado negro, los especuladores, etc. Pero, ¿acaso estos elementos medran con la “sobreprotección igualitarista? Falso.

¿Acaso no sería mejor y más acertado poner el foco en los privilegios de la burocracia, que al fin y al cabo salen del trabajo del pueblo? ¿Acaso no hay corrupción y robo por parte de gerentes de empresas del sector estatal, burócratas, carreristas y nuevos ricos? El propio Fidel lo denunció abiertamente en su famoso discurso en el Aula Magna en 2005.

Esa estrategia que se ha adoptado va a llevar inevitablemente a un aumento de la desigualdad social y a la acumulación privada de capital. Va a haber ganadores, pero también perdedores, la mayoría. El problema de la economía cubana no son esos misteriosos “hijos vagos” coartados en su laboriosidad por la “sobreprotección estatal”, sino la presión asfixiante del mercado mundial capitalista dominado por el imperialismo y el despilfarro enorme y parasitario que representa la burocracia sobre la economía planificada.

Hay dos soluciones para los problemas económicos y políticos a los que se enfrenta la revolución cubana: una es una solución de mercado, que promueve el individualismo, la competencia privada y que lleva a la acumulación de riqueza por parte de una minoría. La otra es una solución colectiva, que se basa en el control y participación consciente y organizada de la población sobre la economía y el estado. Argumentos ultra-liberales como los del columnista de Juventud Rebelde contribuyen a destruir cualquier idea de una solución comunista y conducen de cabeza al pantano capitalista liberal contra el que las masas chilenas y ecuatorianas se levantaron hace un año.

Diciembre 17, 2020. ★

Las lecciones de la Comuna

Leon Trotsky

Cada vez que volvemos a estudiar la historia de la Comuna descubrimos un nuevo matiz gracias a la experiencia que nos han proporcionado las luchas revolucionarias ulteriores, tanto la revolución rusa como la alemana y la húngara. La guerra franco-alemana fue una explosión sangrienta que presagiaba una inmensa carnicería mundial, la Comuna de París fue como un relámpago, el anuncio de una revolución proletaria mundial.

La Comuna nos mostró el heroísmo de las masas obreras, su capacidad para unirse como un bloque, su virtud para sacrificarse por el futuro... Pero al mismo tiempo puso de manifiesto la incapacidad de las masas para encontrar su camino, su indecisión para dirigir el movimiento, su fatal inclinación a detenerse tras los primeros éxitos permitiendo de este modo que el enemigo se recupere y retome sus posiciones.

La Comuna llegó demasiado tarde. Tuvo todas las posibilidades para tomar el poder el 4 de septiembre, lo que hubiera permitido al proletariado de París ponerse a la cabeza de todos los trabajadores del país en su lucha contra las fuerzas del pasado, tanto contra Bismarck como contra Thiers. Pero el poder cayó en manos de los charlatanes democráticos, los diputados de París. El proletariado parisino no tenía ni un partido ni jefes a los que hubiera estado estrechamente vinculado por anteriores luchas. Los patriotas pequeño burgueses, que se creían socialistas y buscaban el apoyo de los obreros, carecían por completo de confianza en ellos. No hacían más que socavar la confianza del proletariado en sí mismo, buscando continuamente abogados célebres, periodistas, diputados, cuyo único bagaje consistía en una docena de frases vagamente revolucionarias, para confiarles la dirección del movimiento.

La razón por la que Jules Favre, Picard, Garnier-Pagès y Cia tomaron el poder en París el 4 de septiembre es la misma que permitió a Paul-Boncour, A. Varenne, Renaudel y otros muchos hacerse durante un tiempo los amos del partido del proletariado.

Por sus simpatías, sus hábitos intelectuales y su comportamiento, los Renaudel y los Boncour, e incluso los Longuet y Pressemane, están mucho más cerca de Jules Favre y de Jules Ferry que del proletariado revolucionario. Su fraseología socialista no es más que una máscara histórica que les permite imponerse a las masas. Y justamente porque Favre, Simon, Picard y los demás abusaron de la fraseología democrático-liberal, sus hijos y sus nietos tuvieron que recurrir a la fraseología socialista. Pero se trata de hijos y nietos dignos de sus padres, continuadores de su obra. Y cuando se trate de decidir no la composición de una camarilla ministerial sino qué clase debe tomar el poder, Renaudel, Varenne, Longuet y sus semejantes estarán en el campo de Millerand -colaborador de Gallifet, el verdugo de la Comuna... Cuando los charlatanes reaccionarios de los salones y del Parlamento se encuentran cara a cara, en la vida, con la Revolución, no la reconocen nunca.

El partido obrero -el verdadero- no es un instrumento de maniobras parlamentarias, es la experiencia acumulada y organizada del proletariado. Sólo con la ayuda del partido, que se apoya en toda su historia pasada, que prevé teóricamente la dirección que tomarán los acontecimientos, sus etapas, y define las líneas de actuación precisas, puede el proletariado liberarse de la necesidad de recomenzar constantemente su historia: sus dudas, su indecisión, sus errores.

AS

21

El proletariado de París carecía de un tal partido. Los socialistas burgueses, de los que estaba llena la Comuna, elevaban los ojos al cielo esperando un milagro o una palabra profética, dudaban y durante ese tiempo, las masas andaban a tientas, desorientadas a causa de la indecisión de unos y la franqueza de otros. El resultado fue que la Revolución estalló en medio de ellas demasiado tarde. París estaba cercado.

Pasaron seis meses antes de que el proletariado recuperase el recuerdo de las revoluciones anteriores, de sus lecciones, de los combates anteriores, de las reiteradas traiciones de la democracia, y tomara el poder.

Estos seis meses fueron una pérdida irreparable. Si en septiembre de 1870, se hubiera encontrado a la cabeza del proletariado francés el partido centralizado de la acción revolucionaria, toda la historia de Francia, y con ella toda la historia de la humanidad, hubiera tomado otra dirección.

Si el 18 de marzo el poder pasó a manos del proletariado de París, no fue porque éste se apoderase de él conscientemente, sino porque sus enemigos habían abandonado la capital.

Estos últimos iban perdiendo terreno constantemente, los obreros los despreciaban y detestaban, habían perdido la confianza de la pequeña burguesía y los grandes burgueses temían que ya no fueran capaces de defenderlos. Los soldados estaban enfrentados a sus oficiales. El gobierno huyó de París para concentrar en otra parte sus fuerzas. Entonces el proletariado se hizo el amo de la situación.

Pero no lo comprendió hasta el día siguiente. La Revolución le cayó encima sin que se lo esperase.

Este primer éxito fue una nueva fuente de pasividad. El enemigo había huido a Versalles. ¿Acaso eso no era una victoria? En esos momentos se habría podido aplastar a la banda gubernamental sin apenas efusión de sangre. En París, se habría podido detener a todos los ministros, empezando por Thiers. Nadie habría movido un dedo para defenderlos. No se hizo. No había un partido organizado centralizadamente, capaz de una visión de conjunto sobre la situación y con órganos especiales para ejecutar las decisiones.

Los restos de la infantería no querían retroceder hacia Versalles. El vínculo que ligaba oficiales y soldados era muy débil. Y si hubiera existido en París un centro dirigente de partido, habría introducido entre las tropas en retirada -puesto que había posibilidad de retirada- algunos centenares o al menos unas decenas de obreros leales, a los que se les habrían dado instrucciones para alimentar el descontento de los soldados contra los oficiales y aprovechar el primer momento psicológico favorable para liberar a la tropa de sus mandos y conducirla a París para unirse al pueblo. Habría sido fácil hacer esto, según confesaron incluso los partidarios de Thiers. Pero nadie lo pensó. No había nadie que pensara. En los grandes acontecimientos, por otra parte, tales decisiones sólo puede tomarlas un partido revolucionario que espera una revolución, se prepara, se mantiene firme, un partido que está habituado a tener una visión de conjunto y no tiene miedo a la acción.

Y precisamente el proletariado francés carecía de partido de combate.

El Comité central de la Guardia nacional era, de hecho, un Consejo de Diputados de los obreros armados y de la pequeña burguesía. Un tal Consejo elegido directamente por las masas que han entrado en el camino de la revolución, representa una excelente estructura ejecutiva. Pero al mismo tiempo, y justamente a causa de su ligazón inmediata y elemental con unas masas que se encuentran tal y como las encontró la revolución, refleja no sólo los puntos fuertes de masas sino también sus debilidades, y refleja antes las debilidades: manifiesta indecisión, atentismo, tendencia a la inactividad tras los primeros éxitos.

El Comité central de la Guardia nacional necesitaba ser dirigido. Era indispensable disponer de una organización que encarnase la experiencia política del proletariado y estuviese presente por todas partes -no solo en el Comité central, sino en las legiones, en los batallones, en las capas más profundas del proletariado francés. Por medio de los Consejos de Diputados, -que en este caso eran órganos de la Guardia nacional- el partido habría podido estar continuamente en contacto con las masas, pulsando así su estado de ánimo; su centro dirigente habría podido lanzar diariamente una consigna que los militantes del partido



Barricada de los guardias nacionales, 18 de marzo, 1871

habrían podido difundir entre las masas, uniendo su pensamiento y su voluntad.

Apenas el gobierno hubo retrocedido sobre Versalles, la Guardia nacional se apresuró a declinar toda responsabilidad, precisamente cuando esta responsabilidad era enorme. El comité central imaginó elecciones “legales” a la Comuna. Entabló conversaciones con los concejales de París para cubrirse, por la derecha, con la “legalidad”.

Si al mismo tiempo se hubiera preparado un violento ataque contra Versalles, las conversaciones con los ediles hubieran significado una astucia militar plenamente justificada y acorde con los objetivos. Pero en realidad, estas conversaciones se mantuvieron para intentar que un milagro evitase la lucha. Los radicales pequeño burgueses y los socialistas idealistas, respetando la “legalidad” y a las gentes que encarnaban una parcela de estado “legal”, diputados, concejales, etc., esperaban, desde lo más profundo de su corazón, que Thiers se detendría respetuosamente ante el París revolucionario tan pronto como éste se hubiera dotado de una Comuna “legal”.

La pasividad y la indecisión se vieron favorecidas en este caso por el principio sagrado de la federación y la autonomía. París, como podéis comprobar, no es más que una comuna entre otras. París no quiere imponerse a nadie; no lucha por la dictadura, en todo caso sería la “dictadura del ejemplo”.

En resumidas cuentas, esto no fue más que una tentativa para reemplazar la revolución proletaria que se estaba desarrollando por una reforma pequeño burguesa: la autonomía comunal. La verdadera tarea revolucionaria consistía en asegurar al proletariado en el Poder en todo el país. París debía servir de base, punto de apoyo, plaza de armas. Para alcanzar este objetivo era preciso derrotar a Versalles sin pérdida de tiempo y enviar por toda Francia agitadores, organizadores, fuerzas armadas. Era necesario entrar en contacto con los simpatizantes, reafirmar a los que dudaban y quebrar la oposición de los adversarios. Pero en lugar de esta política de ofensiva y agresión, la única que podía salvar la situación, los dirigentes de París intentaron limitarse a su autonomía comunal: ellos no atacarían a los demás si éstos no les atacaban a ellos; cada ciudad debía recuperar el sagrado derecho al auto-gobierno. Este parloteo idealista -una especie de anarquismo mundano- cubría en realidad la cobardía ante una acción revolucionaria que era preciso llevar hasta sus últimas consecuencias, pues, de otro modo, no se hubiera debido empezar...

La hostilidad a una organización centralizada -herencia del localismo y autonomismo pequeño burgués- es sin lugar a dudas el punto débil de cierta fracción del proletariado francés. Para algunos revolucionarios, la autonomía de las secciones, de los barrios, de los batallones, de las ciudades, es la suprema garantía de la verdadera acción y de la independencia individual. Pero esto no es más un gran error que costó muy caro al proletariado francés.

Bajo la forma de “lucha contra el centralismo despótico” y contra la disciplina “asfixiante” se libra un combate por la conservación de los diversos grupos y sub-grupos de la clase obrera, por sus mezquinos intereses, con sus pequeños líderes de barrio y sus oráculos locales. La clase obrera en su totalidad, aunque conserve la originalidad de



Louise Michel, heroína de la Comuna

su cultura y sus matices políticos, puede actuar con método y firmeza, sin ir a remolque de los acontecimientos y dirigiendo sus golpes mortales contra los puntos débiles del enemigo, a condición de que esté liderada, por encima de barrios, secciones y grupos, por un aparato centralizado y cohesionado por una disciplina de hierro. La tendencia hacia el particularismo, cualquiera que sea su forma, es una herencia de un pasado muerto. Cuanto antes se libere de ella el comunismo francés -comunismo socialista y comunismo sindicalista-, mejor será para la revolución proletaria.

*

El partido no crea la revolución a su gusto, no escoge según le convenga el momento para tomar el poder, pero interviene activamente en todas las circunstancias, pulsa en todo momento el estado de ánimo de las masas y evalúa las fuerzas del enemigo, determinando así el momento propicio para la acción definitiva. Esta es la más difícil de sus tareas. El partido no cuenta con una solución que valga para todos los casos. Necesita una teoría justa, un estrecho contacto con las masas, una acertada comprensión de la situación, una visión revolucionaria y una gran decisión. Cuando más profundamente penetra un partido revolucionario en todas las esferas de la lucha revolucionarias y cuanto más cohesionado está en torno a un objetivo y por la disciplina, mejor y más rápidamente puede llevar a cabo su misión.

La dificultad consiste en ligar estrechamente esta organización de partido centralizado, soldado interiormente por una disciplina de hierro, con el movimiento de las masas, con sus flujos y reflujos. No se puede conquistar el poder sin una poderosa presión revolucionaria de las masas trabajadoras. Pero, en esta acción, el elemento preparatorio es inevitable. Y cuanto mejor comprenda el partido la coyuntura y el momento, mejor preparadas estarán las bases de apoyo, mejor repartidas estarán las fuerzas y sus objetivos, más seguro será el éxito y menos víctimas costará. La correlación entre una acción cuidadosamente preparada y el movimiento de masas es la tarea político-estratégica de la toma del poder.

La comparación del 18 de marzo de 1871 con el 7 de noviembre de 1917 es, desde este punto de vista, muy instructiva. En París se sufrió una absoluta falta de iniciativa para la acción por parte de los círculos dirigentes revolucionarios. El proletariado, armado por el gobierno burgués, era, de hecho, dueño de la ciudad y disponía de todos los medios materiales del poder -cañones y fusiles- pero no se dio cuenta de ello. La burguesía hizo una tentativa para arrebatarse sus armas: intentó robarle al proletariado sus cañones. Pero el intento fracasó. El gobierno huyó aterrado desde París a Versalles. El campo estaba libre. Pero el proletariado no se dio cuenta de que era el amo de París más que al día siguiente. Los "jefes" iban a remolque de los acontecimientos, tomaban nota de ellos cuando ya se habían producido y hacían todo lo posible para embotar el filo revolucionario.

En Petrogrado los acontecimientos se desarrollaron de forma muy distinta. El partido caminaba firme y decidido hacia la toma del poder. Dispuso a sus hombres por doquier, reforzando todas las posiciones y aprovechando toda ocasión para ahondar la brecha entre los obreros y la guarnición de una parte y el gobierno de otra.

La manifestación armada de las jornadas de julio fue un vasto reconocimiento que hizo el partido para sondear el grado de unión entre las masas y la fuerza de resistencia del enemigo. El reconocimiento se transformó en lucha de avanzadillas. Fuimos rechazados, pero al mismo tiempo mediante la acción se estableció la conexión entre el partido y las más amplias masas. Durante los meses de agosto, septiembre y octubre se desarrolló un poderoso flujo revolucionario. El partido lo aprovechó y aumentó de manera considerable sus apoyos entre la clase obrera y la guarnición. Más adelante la armonía entre los preparativos de la conspiración y la acción de masas fue casi automática. El Segundo Congreso de los Soviets fue fijado para el 7 de noviembre. Toda nuestra agitación anterior debía conducir a la toma del poder por el Congreso. El golpe de Estado quedó fijado para el 7 de noviembre. Se trataba de un hecho perfectamente conocido y comprendido por el enemigo. Por ello Kerensky y sus consejeros intentaron consolidar su posición en Petrogrado, en la medida de lo posible, cara al momento decisivo. Sobre todo necesitaban

sacar de la capital al segmento más revolucionario de la guarnición. Por nuestra parte nos aprovechamos de esta tentativa de Kerensky para derivar de ella un nuevo conflicto que tuvo una importancia decisiva. Acusamos abiertamente al gobierno de Kerensky -y nuestra acusación se vio después confirmada por escrito en un documento oficial- de proyectar el alejamiento de una tercera parte de la guarnición de Petrogrado, no por consideraciones de orden militar, sino por intereses contrarrevolucionarios. El conflicto hizo que estrecháramos aún más nuestras relaciones con la guarnición e implicó que esta última se planteara una tarea bien definida: apoyar el Congreso de los Soviets fijado para el 7 de noviembre. Y puesto que el gobierno insistía -aunque de forma poco enérgica- en que la guarnición fuera desplazada, con el pretexto de verificar las razones militares del proyecto gubernamental creamos en el Soviet de Petrogrado, que ya dominábamos, un Comité revolucionario de guerra.

De este modo nos dotamos de un órgano puramente militar, a la cabeza de las tropas de Petrogrado, que era realmente un instrumento legal de insurrección armada. Al mismo tiempo nombramos comisarios (Comunistas) en todas las unidades militares, almacenes, etc. La organización militar clandestina ejecutaba las tareas técnicas especiales y proporcionaba al Comité revolucionario de guerra militantes de plena confianza para las operaciones militares de importancia. Lo esencial del trabajo de preparación y realización de la insurrección armada se hacía abiertamente, con un método y una naturalidad que la burguesía, con Kerensky a su cabeza, apenas se apercebía de lo que pasaba ante sus narices. En París, el proletariado sólo comprendió que era el dueño de la situación inmediatamente después de su victoria real, una victoria que, por otra parte, no había buscado conscientemente. En Petrogrado las cosas sucedieron de muy distinta forma. Nuestro partido, con el apoyo de los obreros y de la guarnición, se apoderó del poder, y la burguesía, que pasó una noche bastante tranquila, sólo se dio cuenta a la luz del día que el gobierno del país se encontraba ya en manos de sus enterradores.

En lo que concernía a la estrategia, se dieron en nuestro partido muchas divergencias de opinión.



Barricada en la plaza Blanche defendida por mujeres

Como es sabido, parte del Comité Central se declaró opuesta a la toma del poder pues creían que aún no había llegado el momento de actuar, que Petrogrado se encontraría aislada del resto del país, que los proletarios no contarían con el apoyo de los campesinos, etc.

Otros camaradas creían que no prestábamos suficiente importancia a los detalles del complot militar. En octubre, uno de los miembros del Comité Central exigía que se cercara el Teatro Alejandrina, sede de la Conferencia Democrática, y se proclamase la dictadura del Comité Central del Partido. Decía que con la agitación y trabajo militar preparatorios del Segundo Congreso mostrábamos nuestros planes al enemigo y le ofrecíamos así la posibilidad de prevenirse e incluso asestarnos un golpe preventivo. Pero no cabe duda que la tentativa de un complot militar y el asedio del Teatro Alejandrina hubieran sido elementos ajenos al desarrollo de los acontecimientos que habrían provocado el desconcierto de las masas. Incluso en el Soviet de Petrogrado, en el que nuestra fracción era mayoritaria, una acción tal que se anticipara al desarrollo lógico de la lucha no hubiera sido comprendida en ese momento, sobre todo entre la guarnición, en la que aún habían regimientos que dudaban y en los que no se podía confiar, principalmente la caballería. A Kerensky le hubiera resultado mucho más fácil aplastar un complot inesperado para las masas que atacar a la guarnición, y le hubiera permitido consolidarse mucho más en su posición: la defensa de su inviolabilidad en nombre del futuro Congreso de los Soviets. La mayoría del Comité Central rechazó con razón el plan de asedio a la Conferencia democrática. La coyuntura había sido evaluada perfectamente: la insurrección armada, sin apenas derramamiento de sangre, triunfó precisamente el día que había sido fijado, previa y abiertamente, para la convocatoria del Segundo Congreso de los Soviets.

Sin embargo esta estrategia no puede convertirse en norma general, necesitaba unas condiciones organizadas. Nadie creía ya en la guerra contra Alemania, e incluso los soldados menos inclinados hacia la revolución no querían marchar al frente. Y aunque sólo por esta razón la guar-

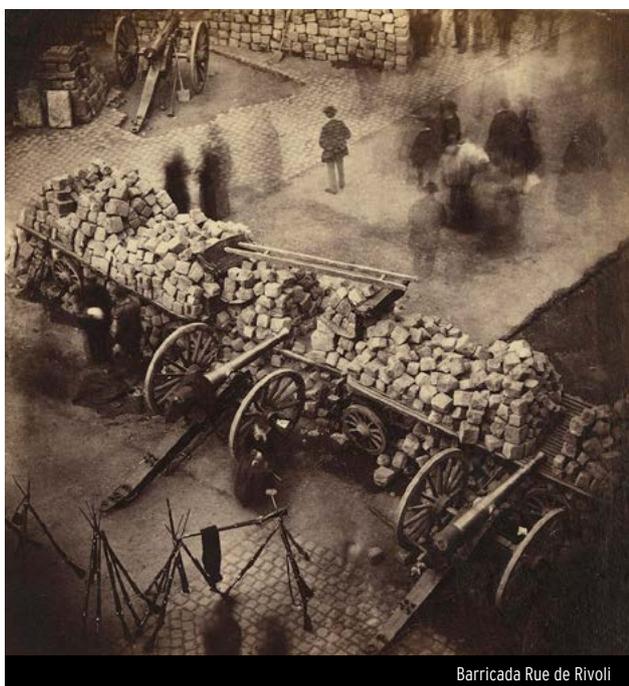
nición entera estaba de parte de los obreros, se reafirmaba cada vez más en su decisión a medida que iban conociéndose las maquinaciones de Kerensky. Pero el estado de ánimo de la guarnición de Petrogrado tenía una causa aún más profunda en la situación del campesinado y el desarrollo de la guerra imperialista. Si la guarnición se hubiera escindido y Kerensky hubiera tenido oportunidad de apoyarse en algunos regimientos, nuestro plan hubiera fracasado. Los elementos puramente militares del complot (conspiración y gran rapidez en la acción) hubieran prevalecido. Y está claro que hubiera sido necesario escoger otro momento para la insurrección.

La Comuna tuvo también la posibilidad de apoderarse de los regimientos, incluso aquellos formados por unos campesinos que habían perdido totalmente la confianza y el aprecio por el poder y sus mandos. Sin embargo no hizo nada en este sentido. La culpa no hay que achacársela a las relaciones entre los campesinos y la clase obrera, sino a la estrategia revolucionaria.

¿Qué puede pasar en este sentido en la Europa actual? No es nada fácil preverlo. Sin embargo, teniendo en cuenta que los acontecimientos se desarrollan lentamente y que los gobiernos burgueses han aprendido bien la lección, es de prever que el proletariado tendrá que superar grandes obstáculos para ganarse la simpatía de los soldados en el momento preciso. Será preciso que la revolución lleve a cabo un ataque hábil en el momento adecuado. El deber del partido es prepararse para ello. Justamente por eso deberá conservar y acentuar su carácter de organización centralizada que dirigiendo abiertamente el movimiento revolucionario de las masas, es, al mismo tiempo, un aparato clandestino para la insurrección armada.

La cuestión de la electividad de los mandos fue uno de los motivos del conflicto entre la Guardia nacional y Thiers. París rehusó aceptar el mando que había designado Thiers. Varlin formuló inmediatamente la reivindicación de que todos los mandos de la Guardia nacional, sin excepción, fueran elegidos por los propios guardias nacionales. Ese fue el principal apoyo del Comité central de la Guardia nacional.

Esta cuestión debe ser considerada desde dos perspectivas: la política y la militar. Ambas están relacionadas entre sí, pero es preciso distinguirlas. La tarea política consistía en depurar la Guardia nacional de los mandos contrarrevolucionarios. El único medio para conseguirlo era la total electividad, ya que la mayoría de la Guardia nacional estaba compuesta de obreros y pequeño burgueses revolucionarios. Más aún, la divisa de electividad debía ampliarse también a la infantería. De un solo golpe Thiers se hubiera visto privado de su principal arma, la oficialidad contrarrevolucionaria. Pero para realizar este plan al proletariado le faltaba un partido, una organización que dispusiera de adeptos en todas las unidades militares. En una palabra, la electividad, en este caso, no tenía como objetivo inmediato dotar a los batallones de mandos adecuados, sino liberarlos de los mandos adictos a la burguesía. Hubiera sido como una cuña para dividir el ejército en dos partes, a lo largo de una línea de clase. Así sucedieron las cosas en Rusia en la época de Kerensky, sobre todo en vísperas de Octubre.



Barricada Rue de Rivoli



Dstrucción de la Columna Vendôme

Pero cuando el ejército se libera del antiguo aparato de mando inevitablemente se produce un debilitamiento de la cohesión en sus filas y la disminución de su espíritu de combate. El nuevo mando elegido es a menudo bastante débil en el terreno técnico-militar y en lo tocante al mantenimiento del orden y la disciplina. De manera que cuando el ejército se libera del viejo mando contrarrevolucionario que lo oprimía, surge la cuestión de dotarle de un mando revolucionario capaz de cumplir su misión. Y este problema no puede ser resuelto por unas simples elecciones. Antes que la gran masa de soldados pudiera adquirir la suficiente experiencia para seleccionar a sus mandos la revolución sería aplastada por el enemigo, que ha aprendido a escoger sus mandos durante siglos. Los métodos de democracia informe (la simple electividad) deben ser completados, y en cierta medida reemplazados, por medidas de cooptación. La revolución debe crear una estructura compuesta de organizadores experimentados, seguros, merecedores de una confianza absoluta, dotada de plenos poderes para escoger, designar y educar a los mandos. Si el particularismo y el autonomismo democrático son extremadamente peligrosos para la revolución proletaria en general, son aún diez veces más peligrosos para el ejército. Nos lo demostró el ejemplo trágico de la Comuna.

El Comité central de la Guardia nacional basaba su autoridad en la electividad democrática. Pero cuando tuvo necesidad de desplegar al máximo su iniciativa en la ofensiva, sin la dirección de un partido proletario, perdió el rumbo y se apresuró a transmitir sus poderes a los representantes de la Comuna, que necesitaba una base democrática más amplia. Y jugar a las elecciones fue un gran error en ese momento. Pero una vez celebradas las elecciones y reunida la Comuna, hubiera sido preciso que ella misma creara un órgano que concentrara el poder real y reorganizara la Guardia nacional. Y no fue así. Junto a la Comuna elegida estaba el Comité central, cuyo carácter electivo le confería una autoridad política gracias a la cual podía enfrentarse a aquélla. Al mismo tiempo se veía así privado de la energía y firmeza necesarias en las cuestiones puramente militares que, tras la organización de la Comuna, justificaban su existencia. La electividad, los métodos democráticos no son más que una de las armas de las que dispone el proletariado y su partido. La electividad no puede ser de ningún modo un fetiche, un remedio contra todos

los males. Es necesario combinarla con las designaciones. El poder de la Comuna procedía de la Guardia nacional elegida. Pero una vez creada, la Comuna hubiera debido reorganizar toda la Guardia nacional con mano firme, dotarla de mandos seguros e instaurar un régimen disciplinario muy severo. La Comuna no lo hizo, privándose por ello de un poderoso centro dirigente revolucionario. Por ello fue aplastada.

Podemos hojear página por página toda la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección: es necesaria la enérgica dirección de un partido. El proletariado francés se ha sacrificado por la Revolución como ningún otro lo ha hecho. Pero también ha sido engañado más que otros. La burguesía lo ha deslumbrado muchas veces con todos los colores del republicanismo, del radicalismo, del socialismo, para cargarlo con las cadenas del capitalismo. Por medio de sus agentes, sus abogados y sus periodistas, la burguesía ha planteado una gran cantidad de fórmulas democráticas, parlamentarias, autonomistas, que no son más que los grilletes con que ata los pies del proletariado e impide su avance.

El temperamento del proletariado francés es como una lava revolucionaria. Pero por ahora está recubierta con las cenizas del escepticismo, resultado de muchos engaños y desencantos. Por eso, los proletarios revolucionarios de Francia deben ser más severos con su partido y denunciar inexcusablemente toda disconformidad entre las palabras y los hechos. Los obreros franceses necesitan una organización para la acción, fuerte como el acero, con jefes controlados por las masas en cada nueva etapa del movimiento revolucionario.

¿Cuánto tiempo nos concederá la historia para prepararnos? No lo sabemos. Durante cincuenta años la burguesía francesa ha mantenido el poder en sus manos, tras haber erigido la Tercera República sobre los cadáveres de los comuneros. A los luchadores del 71 no les faltó heroísmo. Lo que les faltaba era claridad en el método y una organización dirigente centralizada. Por ello fueron derrotados. Y ha transcurrido medio siglo antes de que el proletariado francés pueda plantearse vengar la muerte de los comuneros. Pero ahora intervendrá de manera más firme, más concentrada. Los herederos de Thiers tendrán que pagar la deuda histórica, íntegramente.

Febrero de 1921 ★

¿Es el trabajo doméstico un trabajo "no remunerado"?

De cómo una premisa teórica falsa conduce a una posición práctica reaccionaria

David Rey

Al calor del auge del movimiento feminista y de las luchas contra la opresión de la mujer, sectores de la izquierda y del propio movimiento feminista han vuelto a rescatar la idea del "salario para el ama de casa" y a calificar el trabajo doméstico realizado por el ama de casa como un trabajo "no remunerado" que se ahorran los capitalistas ¿Cuál es la posición del marxismo sobre esto?

La destacada feminista Silvia Federici, una de las defensoras más entusiastas del salario para el ama de casa, defiende esta reivindicación de la siguiente manera:

Este salario sería un medio para conseguir la desnaturalización del trabajo de cuidados y una manera de sacar a la luz que es un trabajo propiamente dicho. El trabajo doméstico ha de considerarse como una actividad remunerada, ya que "contribuye a la producción de mano de obra y produce capital, posibilitando así que se dé cualquier otra forma de producción". (Citado en Silvia Federici: **Capitalismo y Economía Feminina**)

Podemos sintetizar la tesis de este sector de la izquierda y del feminismo de la siguiente forma: En el hogar familiar se procrea, alimenta y educa a los hijos de los trabajadores que serán mañana obreros. Todo este "trabajo" le sale gratis a los capitalistas, quienes no aportan nada para disponer de obreros y obreras listos para ser explotados en sus empresas cuando estos ingresen al mercado de trabajo. Más aún, el "demiurgo" de este "trabajo reproductivo" (de reproducción de la fuerza de trabajo) es la mujer ama de

casa, quien no percibe un céntimo por esto. Su "trabajo" queda así descualificado y descalificado por el capitalismo, quién sólo valora el trabajo del hombre fuera del hogar familiar. En conclusión: si el "hombre" percibe una remuneración por un trabajo considerado productivo, el "trabajo de reproducción" que es de vital importancia para tener obreros y obreras listos para trabajar, debe ser colocado al mismo nivel de importancia que el primero, y la mujer ama de casa debería recibir una remuneración acorde con esto, lo que le permitiría también tener una independencia dentro de la unidad familiar.

Los marxistas, cuando abordamos cuestiones de teoría y doctrina, debemos volver siempre a nuestros principios para establecer una posición correcta. La posición del marxismo sobre esta cuestión se fundamenta en dos aspectos. El primero, en el punto de vista científico, de acuerdo con la Ley del Valor-Trabajo formulada por Marx y más concretamente sobre la composición del valor de la fuerza de trabajo; esto es, del salario. En segundo lugar, en el punto de vista político, socialista, de acuerdo con el interés general de la clase obrera, y de la mujer trabajadora en particular, en su lucha por la emancipación social, la superación de la familia patriarcal, y el socialismo.

AS

27

Analizaremos el trabajo doméstico que realiza la mujer ama de casa en base a ambos puntos de vista para sacar conclusiones sobre la justeza o no de reclamar su remuneración. Para simplificar nuestro análisis partiremos del caso más básico, el de una familia trabajadora donde la pareja masculina, el hombre, trabaja fuera de casa y la mujer ejerce la función de ama de casa en el hogar, todo su tiempo.

¿Qué es el salario? Debemos empezar primero por definir qué es y cómo se determina el valor de la fuerza de trabajo; esto es, del salario. La fuerza de trabajo es el conjunto de capacidades físicas e intelectuales que permiten a un trabajador o trabajadora realizar una labor remunerada, a través de un salario, para una empresa, entidad o persona individual.

El valor de la fuerza de trabajo, el salario, se determina igual que cualquier otra mercancía: por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla; es decir, por la cantidad indispensable de los medios de vida necesarios, en las condiciones sociales dadas de cada época, que aseguren la reproducción del trabajador. Así, con su salario, el trabajador puede adquirir dichos medios de vida indispensables para estar en condiciones de trabajar diariamente: comida, vivienda, ropa, instrucción, transporte, etc.

La reproducción del trabajador, a través de su salario, tiene un doble aspecto: la reproducción de la fuerza de trabajo propiamente dicha del obrero para que desempeñe su labor diaria y, lo que es la clave del asunto que nos ocupa, para permitirle formar una familia que asegure la reproducción sexual de futuros trabajadores y trabajadoras para que así el modo de producción capitalista pueda seguir operando cuando la fuerza de trabajo desgastada abandone el proceso productivo.

Marx y Engels sobre el salario y el trabajo doméstico Marx y Engels establecieron la definición precedente que hicimos del salario, en todas sus obras económicas. Así, según Marx:

¿Qué es, pues, el valor de la fuerza de trabajo? Al igual que el de toda otra mercancía, este valor se determina por la cantidad de trabajo necesaria para su producción. La fuerza de trabajo de un hombre existe, pura y exclusivamente, en su individualidad viva. Para poder desarrollarse y sostenerse, un hombre tiene que consumir una determinada cantidad de artículos de primera necesidad. Pero el hombre, al igual que la máquina, se desgasta y tiene que ser reemplazado por otro. Además de la cantidad de artículos de primera necesidad requeridos para su propio sustento, el hombre necesita otra cantidad para criar determinado número de hijos, llamados a reemplazarle a él en el mercado de trabajo y a perpetuar la raza obrera. Además, es preciso dedicar otra suma de valores al desarrollo de su fuerza de trabajo y a la adquisición de una cierta destreza. (K. Marx, *Salario, Precio y Ganancia*. 1865).

En la misma obra, Marx enfatiza:

Su límite mínimo [el del salario] está determinado por el elemento físico; es decir, que *para poder mantenerse y reproducirse*, para poder perpetuar su existencia física, la clase obrera tiene que obtener los artículos de primera necesidad absolutamente indispensables, en las condiciones sociales dadas, *para vivir y multiplicarse*. El valor de estos medios de sustento indispensables constituye, pues, el límite mínimo del valor del trabajo. (K. Marx. *Salario, precio y ganancia*. Las cursivas son mías)

Es importante cómo Marx destaca sin ambigüedades que el salario no sólo tiene como fin el sustento individual del obrero, sino el sostenimiento de su familia, lo que incluye el sostenimiento de la mujer-ama de casa y de los hijos. Como explica en *El Capital*:



El valor de la fuerza de trabajo incluye su reproducción

“El valor de la fuerza de trabajo no estaba determinado por el tiempo de trabajo necesario para mantener al obrero adulto individual, **sino por el necesario para mantener a la familia obrera.**” (*El Capital*, Vol. 1. Cap XIII “Maquinaria y gran industria”, epígrafe 3. Cursivas en el original, Las negritas son mías).

Y de nuevo:

El poseedor de la fuerza de trabajo es un ser mortal. Por tanto, para que su presencia en el mercado sea continua, como lo requiere la transformación continua de dinero en capital es necesario que el vendedor de la fuerza de trabajo se perpetúe, “como se perpetúa todo ser viviente, por la procreación”. Por lo menos, habrán de reponerse por un número igual de fuerzas nuevas de trabajo las que retiran del mercado el desgaste y la muerte. La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la fuerza de trabajo incluye, por tanto, los medios de vida de los sustitutos, es decir, de los hijos de los obreros, para que esta raza especial de poseedores de mercancías pueda perpetuarse en el mercado. (*El Capital*, Vol. 1. Cap. IV “La transformación del dinero en capital”, epígrafe 3, Compra y venta de la fuerza de trabajo).

Engels también es claro al respecto. En su conocida reseña sobre *El Capital*, explica:

¿Cuál es el valor de la fuerza de trabajo? El valor de toda mercancía se mide por el trabajo necesario para producirla. La fuerza de trabajo existe bajo la forma del obrero vivo, quien *para vivir y mantener además a su familia* que garantice la persistencia de la fuerza de trabajo aun después de su muerte, necesita una determinada cantidad de medios de vida. *El tiempo de trabajo necesario para producir estos medios de vida representa, por tanto, el valor de la fuerza de trabajo.* El capitalista se lo paga semanalmente al obrero y le compra con ello el uso de su trabajo durante una semana. Hasta aquí, esperamos que los señores economistas estarán, sobre poco más o menos, de acuerdo con nosotros, en lo que al valor de la fuerza de trabajo se refiere. (F. Engels, Reseña del primer tomo de *El Capital* de Carlos Marx para el *Demokratisches Wochenblatt*. Las cursivas son mías)

Es interesante la observación de Marx sobre los gastos de instrucción y educación del trabajador, que también se incluyen dentro del salario:

Para modificar la naturaleza humana general de manera que adquiera habilidad y destreza en un ramo laboral determinado, que se convierta en una fuerza de trabajo desarrollada y específica, se requiere determinada formación o educación, la que a su vez insinúa una suma mayor o menor de equi-



Esclavitud del trabajo doméstico

valentes de mercancías. Según que el carácter de la fuerza de trabajo sea más o menos mediato, serán mayores o menores los costos de su formación. Esos costos de aprendizaje, extremadamente bajos en el caso de la fuerza de trabajo corriente, entran pues en el monto de los valores gastados para la producción de ésta. (*El Capital*, vol. 1. Cap. IV “La transformación del dinero en capital”, epígrafe 3, Compra y venta de la fuerza de trabajo).

La cuestión central es la siguiente. Como explican Marx y Engels, el salario de un obrero incluye el tiempo de trabajo necesario para sostener al trabajador en las condiciones sociales dadas para que pueda volver cada día a trabajar, y para la reproducción de la fuerza de trabajo: es decir, para tener una familia y dejar una descendencia. Es decir, el llamado “trabajo reproductivo”, como define al trabajo doméstico un sector del movimiento feminista, **ya está remunerado pero dentro del salario percibido por el trabajador.**

No hay una injusticia moral ni económica en la no remuneración directa al ama de casa por el trabajo que realiza dentro del hogar. Ese supuesto salario que debería corresponderle; esto es, los medios de vida necesarios para que ella viva, ya están incluidos en el salario o salarios del miembro o miembros de la unidad familiar que trabajan fuera de casa. Lo que tenemos no es una injusticia de explotación capitalista, sino una situación de opresión y esclavitud doméstica bajo el modo de producción capitalista, donde la mujer ama de casa está condenada a ejercer de sirvienta del marido y de sus hijos, y a depender completamente del primero para subsistir. Por eso las pretensiones de un sector del movimiento feminista, a favor del salario para las amas de casa, es una utopía imposible de realizarse, y reaccionaria como luego trataremos, sin base científico-económica.

¿Son los capitalistas personas obsequiosas? Enfoquemos el asunto desde otro aspecto. Si la mujer ejecuta un trabajo productivo consistente en contribuir a la fabricación de trabajadores asalariados en las personas de sus hijos y

de su marido (les prepara la comida, lava a los hijos, los cuida cuando enferman, los viste, limpia y mantiene el hogar, etc.) la mujer tendría que ser considerada una obrera que, como su marido, debería tener un precio-salario consistente en los medios de vida que le permitan vivir cada día. Pero, claro, ella no recibe una remuneración directa de ningún capitalista particular, y estaría entonces condenada a morir de inanición, pero no es el caso ¿De dónde vienen entonces los medios de vida que le permiten existir a la mujer ama de casa? ¿De dónde sale el dinero para pagar la parte de la educación y de los cuidados de salud de los hijos que deberían corresponderle a la madre, o de la vivienda que ocupa ella misma, si no recibe un céntimo como ama de casa? Por muchas vueltas que se le dé, la respuesta es muy clara: todos estos medios de vida necesarios para la mujer y para los hijos (alimentación, vivienda, ropa, educación, sanidad, electricidad, etc.) sólo pueden provenir – como es el caso– del salario de su marido. Ahora bien, si el salario del marido sólo incluyera los medios de vida para sostenerse él, no quedaría nada ni para su mujer ni para sus hijos ¿O es que los capitalistas son tan obsequiosos que pagan al obrero un salario del que pueden vivir (o malvivir) varias personas? Pero esto es, de hecho, lo que sucede.

Si los capitalistas atendieran el razonamiento de gente como Federici y otros, dirían: “Nos parece perfecto lo que proponéis. La mujer debe ser remunerada por su trabajo, y habida cuenta de que con el salario que pagamos a un trabajador puede vivir más de una persona, reduciremos el salario del trabajador a lo imprescindible para que él pueda arreglárselas como si viviera solo (para no violar la teoría del valor-trabajo de Marx que hemos incumplido desde hace dos siglos sin darnos cuenta, como nos dicen estos consejeros de izquierdas) y le daremos al ama de casa la parte que le corresponde para que pueda vivir por sí sola”.

Esto podría ser un gran triunfo para la causa feminista, conseguir el salario para el ama de casa; eso sí: a costa de reducir a la mitad el salario del esposo. Al final, nada habría cambiado: juntando ambos salarios sumarían el mismo viejo salario del marido. El capitalista no aportaría más que lo que aportaba antes, ni más ni menos ¿pero qué probaría eso?: que antes, el salario del marido incluía los medios de vida para sostener a su mujer y a sus hijos, que era lo que queríamos demostrar y que Marx y Engels ya habían explicado y demostrado hace siglo y medio.

La depreciación del salario familiar Esta realidad sobre el carácter del salario y el sostenimiento familiar, se ve corroborada de muchas formas en el plano práctico cotidiano.

En un país de capitalismo atrasado como España, la incorporación masiva de la mujer al trabajo productivo tuvo lugar más tarde que en la Europa Occidental y Norteamérica. Por eso es muy común hoy que las personas mayores afirmen que hace 40 o 50 años una familia se sostenía con un solo salario [el del marido, añadimos nosotros], pero que ahora tienen que trabajar ambos cónyuges, y aun así casi no se llega a fin de mes ¿En qué afecta esto a la teoría de Marx sobre la composición del salario en la familia obrera? El cambio operado es el siguiente: la incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo ha hecho que el

capital tienda a reducir el salario medio general porque, en la medida que la mujer trabaja, ya no necesita aportarle al marido una cantidad “extra” para sostener a su mujer y al resto de la familia.

Esto ya fue explicado por adelantado por Marx, cuando explicaba el efecto del maquinismo en la familia obrera, no sólo con la incorporación de la mujer al trabajo fuera de casa sino también la de los hijos que viven en el seno familiar:

“Al arrojar a todos los miembros de la familia obrera al mercado de trabajo, la maquinaria distribuye el valor de la fuerza de trabajo del hombre entre su familia entera. *Desvaloriza*, por ende, la fuerza de trabajo de aquél. Adquirir las cuatro fuerzas de trabajo en que, por ejemplo, se parcela una familia, tal vez cueste más que antaño cuando se adquiría solamente la fuerza de trabajo del jefe de familia; pero, en cambio, cuatro jornadas laborales reemplazan a una, y el precio de las mismas se reduce en proporción al excedente del plustrabajo de los cuatro obreros con respecto al plustrabajo de uno. Para que viva *una* familia, ahora son cuatro personas las que tienen que suministrar al capital no sólo trabajo, sino también plustrabajo. De este modo, la maquinaria desde un primer momento amplía, además del *material humano de explotación*, o sea del campo de explotación propiamente dicho del capital, el *grado de dicha explotación*.” (*El Capital*, vol. 1. Cap XIII “Maquinaria y gran industria”, epígrafe 3. *Cursivas en el original*).

Es decir, el salario que permite sostener a una familia se deprecia individualmente conforme más miembros de la familia que viven dentro del hogar se incorporan al mercado de trabajo, lo que a la inversa confirma: que todo salario individual incluye la parte proporcional que permite sostener a la familia en su conjunto.

Por supuesto, como sucede en los demás aspectos de la economía capitalista (precios, tasa de ganancia, tasa de plusvalía, etc.) no se trata de que cada empresario particular ajusta el salario de sus trabajadores uno a uno, sopesan-



La incorporación de la mujer al trabajo: Nicaragua

do cada situación concreta, se trata del *salario promedio* establecido según las condiciones dadas en cada rama productiva y área geográfica con respecto al *tipo de familia promedio* establecida en dicha área geográfica y acorde al *coste promedio de la cesta de la compra básica* establecido en dicha área.

Abundando en las consecuencias para la familia obrera del trabajo de la mujer fuera de casa, Marx añade una nota al pie en el epígrafe del texto de *El Capital*, mencionado:

Como no es posible suprimir totalmente ciertas funciones de la familia, como por ejemplo las de cuidar a los niños, darles de mamar, etc., las madres de familia confiscadas por el capital tienen que contratar a quien las remplace en mayor o menor medida. Es necesario sustituir por mercancías terminadas los trabajos que exige el consumo familiar, como coser, remendar, etc. El gasto menor de trabajo doméstico se ve acompañado por un mayor gasto de dinero. Crecen, por consiguiente, los costos de producción de la familia obrera y contrapesan el mayor ingreso. A esto se suma, que se vuelven imposibles el *ahorro y el uso adecuado* en el consumo y la preparación de los medios de subsistencia.” (Nota al epígrafe 3 del Cap. XIII “Maquinaria y gran industria, *El Capital*, Vol. 1. Las cursivas van en el original)

Es decir, por mucho que aumente el salario familiar con la incorporación de la mujer al trabajo productivo, esto se ve contrarrestado por el incremento de los gastos de sostenimiento de la familia, ya sea por un mayor consumo de productos básicos que antes no eran necesarios (ropa, etc.) o por la necesidad de contratar trabajo asalariado para cuidar a los hijos, limpiar la casa, etc.

¿Son los hijos un “valor de cambio” producido por el ama de casa? Un último aspecto a analizar es la caracterización que hacen los teóricos de este nuevo feminismo de que las mujeres amas de casa son obreras, cuya función es formar a sus hijos como mercancías “fuerza de trabajo”, como trabajadores asalariados, que portan un “valor de cambio”, un coste de producción, por el que ellas –como sabemos– no reciben remuneración alguna. Aunque esto ya fue respondido, en gran medida, en nuestro análisis precedente, merece la pena extendernos en esto para alcanzar nuevas conclusiones.

En su libro *El trabajo reproductivo o doméstico*, Isabel Larrañaga, Begoña Arregui, y Jesús Arpal afirman:

El eclipse del trabajo reproductivo frente al productivo parte de la diferenciación entre el valor de uso y el valor de cambio suscrito por la teoría económica, según la cual al trabajo destinado a cubrir las necesidades se le concede valor de uso, mientras que a los productos destinados al intercambio en el mercado se les reconoce un valor de cambio. La perspectiva mercantil, que concede valor únicamente a las mercancías susceptibles de aportar valor de cambio, despoja de relevancia social al tra-

bajo reproductivo, relegándolo a lo doméstico, no cuantificable como beneficio económico. La óptica del capital ha asimilado trabajo con empleo y ha impuesto una visión sesgada y reducida de la actividad económica. (*El trabajo reproductivo o doméstico*, Isabel Larrañaga, Begoña Arregui y Jesús Arpal)

La misma confusión entre valor de uso y valor de cambio, así como la incompreensión del concepto de salario, la vemos en otro destacado militante de la causa del salario doméstico, Iñaki Gil de San Vicente:

“Si incorporásemos en el valor de la fuerza de trabajo remunerada el valor del trabajo invertido en el plano doméstico o reproductivo, el salario a percibir de las personas ubicada en la esfera productiva debería ser mucho mayor al salario percibido, sin embargo, esto no es así... Al no existir un mecanismo de reconocimiento del trabajo reproductivo, el valor que éste genera es expropiado por el capitalista; así para el sistema capitalista es favorable mantener silenciado la labor reproductiva desarrollada mayoritariamente por la mujeres, ya que al visibilizarla o remunerarla la tasa de ganancia y de acumulación del capital caería. (Iñaki Gil de San Vicente *Capitalismo y emancipación nacional y social de género* (2000).

Toda esta argumentación pretendidamente marxista, es equivocada de cabo a rabo. En primer lugar, una parte del argumento queda desmentido por el hecho de que la instrucción y la educación de los hijos –parte principalísima en su proceso de formación como futuros trabajadores asalariados– se desarrolla *fuera* del hogar: en la guardería, escuela, el instituto, la academia, el curso-taller, en la universidad, sin participación directa de la madre (ni del padre). Y en segundo lugar, ya vimos que el gasto para esto ya está remunerado en el salario del marido que lo gasta para estos fines vía impuestos o con aportaciones directas. De la misma manera, ya vimos que en el salario del marido se incluyen la manutención del hijo, de la madre y el resto de gastos de sostenimiento del hogar familiar.

El problema para Federici, Gil de San Vicente y los demás está en que deben explicarnos por qué si la madre (y el padre) han creado supuestamente la mercancía “trabajadores asalariados” con sus hijos, no reciben un céntimo del capitalista cuando éste compra dicha mercancía para emplearla en su empresa. ¿A quién le compra el capitalista esta mercancía? No a la madre ni al padre, sino a la propia mercancía “fuerza de trabajo” que aquél emplea; esto es, a los hijos mismos. Los hijos reciben un salario, su “valor de cambio”, por realizar una labor productiva en la empresa del capitalista, un salario que les pertenece única y exclusivamente a ellos. Con ese salario, los hijos adquieren los medios de vida que les permiten mantenerse día a día, lo que incluye contribuir con su parte proporcional al sostenimiento del hogar familiar; o bien se emancipan y abandonan dicho hogar para establecerse por su cuenta.

Esto nos lleva a una conclusión. Un objeto, cualquier valor de uso, se convierte en mercancía con un “valor de cambio”, no porque incorpore trabajo humano general en su proceso de su producción, sino cuando entra en el proceso de circulación del mercado para ser cambiado por dinero. Yo puedo fabricar un par de zapatos, pero si los destino a mi uso personal no son mercancía, sino simples valores de uso, objetos producidos por el trabajo humano destinados a satisfacer una utilidad concreta. Sólo cuando llevo esos zapatos al mercado para venderlos es cuando se convierten en mercancías con un valor de cambio, y puedo intercambiarlos por su valor monetario. Más aún, lo que caracteriza a la mercancía “fuerza de trabajo” es que su único poseedor es ella misma, no pertenece a otro, es una persona “libre”. Por tanto, el obrero y la obrera sólo son mercancías cuando entran al mercado de trabajo, no antes; y lo hacen como poseedores ellos mismos de su fuerza de trabajo que venden al capitalista durante un tiempo estipulado.

Así pues, la labor de la mujer ama de casa no es producir bienes para la venta en el mercado, ya se trate de sus hijos o de cualquier otra cosa. El llamado trabajo doméstico viene a satisfacer las necesidades del mantenimiento del hogar y de la vida familiar, ni más ni menos que como hacían los esclavos domésticos de la antigua Roma, con la diferencia de que la mujer en el capitalismo es, en términos jurídicos, una persona “libre”.

La mujer, como en la antigua economía doméstica campesina, produce valores de uso destinados al autoconsumo familiar. El cuidado de los hijos, en el seno familiar, entra en esa categoría de valores de uso, y no en la de mercancías. Evidentemente, cuando se transforman en mercancías incorporan un valor de cambio que es el resultado del coste socialmente necesario que ha costado producirlos. Pero el hecho de que, potencialmente, los hijos “puedan” entrar mañana al mercado de trabajo no les convierte aquí y ahora en “valores de cambio”, en mercancías. Las parejas no procrean con el objetivo declarado de proporcionar trabajadores para los capitalistas, sino movidas por razones elementales de afectividad humana. La procreación y la crianza de los hijos permanecen fuera del circuito de la economía capitalista. Sólo cuando los hijos deciden buscarse sus medios de vida por sí mismos, es cuando tienen la posibilidad de convertirse en mercancías “fuerza de trabajo” dispuestas a venderse diariamente a otro para poder vivir. Sólo entonces su fuerza de trabajo sería una mercancía con un valor de cambio, lista para alistarse a la esclavitud asalariada.

El razonamiento anterior no está en contradicción con el hecho de que los capitalistas, acuciados por la necesidad de renovar la fuerza de trabajo por el desgaste, envejecimiento o muerte de sus asalariados, están obligados a remunerar a los obreros con la cantidad de salario suficiente para que puedan procrear y cuidar hijos que mañana puedan sustituirlos en los centros de trabajo. El capitalista paga por eso, pero no adquiere ninguna garantía absoluta de que eso ocurra así: la pareja puede no tener hijos, estos pueden fallecer antes de la adultez, o simplemente pueden encontrar sus medios de vida fuera del trabajo asalariado. Pero el capitalista no tiene otra opción que hacerlo por una razón muy prosaica: en una sociedad como la nuestra donde el sistema

de trabajo asalariado es el dominante, si una familia no puede alimentar a sus hijos, simplemente no tiene hijos y, por tanto, el sistema de trabajo asalariado estaría condenado a derrumbarse desde sus propios cimientos, por la inexistencia de seres humanos dispuestos a trabajar para otro por un salario. Sin obreros no hay producción capitalista.

¿Trabajo reproductivo o esclavitud doméstica? Desde un punto de vista socialista, nuestro rechazo al salario y al trabajo doméstico de la mujer en general, no es menos firme que desde el punto de vista de la ciencia económica. **Este asunto lo hemos abordado ya con cierta extensión en otro artículo**, por lo que nos limitaremos a sintetizar los puntos básicos.

Ya hemos mostrado que la posición de la mujer ama de casa es muy similar a la de los esclavos domésticos de la antigua Roma. Son alimentados, vestidos y cuidados por sus amos. La mujer, así, queda atada con cadenas al salario del marido y a la voluntad suprema de éste. Es conocida al respecto la famosa frase de Marx: “la mujer es la esclava del esclavo”. Engels, en su obra clásica sobre el origen de la familia cita a Marx, cuando afirma:

"La familia moderna contiene en germen, no sólo la esclavitud (servitus), sino también la servidumbre, y desde el comienzo mismo guarda relación con las cargas en la agricultura. Encierra, *in miniatura*, todos los antagonismos que se desarrollan más adelante en la sociedad y en su Estado". (Federico Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*)

Ahora, exmarxistas como Silvia Federici tratan de empujar 150 años hacia atrás la ciencia social con respecto a la posición de la mujer en la sociedad, situando el papel de la mujer obrera ama de casa, sin estudios ni empleo, entre ollas, cazuelas, pañales, fregonas y telenovelas alienantes.

Afirma Federici:

“La reivindicación del salario en el trabajo de cuidados puede ser muy liberadora para la mujer, puesto que implica que las mujeres comprendan que lo que hacen es un trabajo y no es algo natural, sino construido socialmente”. **(Citado en Silvia Federici: Capitalismo y Economía Feminina)**

Lo que tenemos aquí es una teoría moralista (“¿Cómo que el trabajo del ama de casa en su hogar no es productivo?! ¿Por qué se valora económicamente sólo el trabajo del hombre?!”) pero carente de valor científico, como acabamos de explicar.

La remuneración del “trabajo reproductivo” del ama de casa en su hogar, esto es de la esclavitud doméstica, además de mantener invariable el nivel de vida de la familia obrera y por tanto el grado de emancipación de la mujer ama de casa, es algo que serviría para perpetuar a la mujer ama de casa como la burra de carga de todas las presiones de la sociedad sobre el hogar obrero, incluido el maltrato psicológico y, eventualmente, el maltrato físico. Implica mantenerla alejada de la vida social, encerrada entre las

cuatro paredes de su casa, embrutecerla con un esfuerzo físico que deforma su cuerpo y embota su mente, haciéndola más manipulable para las ideas dominantes que favorece una actitud conservadora del ama de casa ante la militancia política y sindical del marido, los hijos, etc.

Esto lo tenía claro, incluso, la mayor parte del movimiento feminista en los años 60 y 70, que abominaba, para mérito suyo en aquel momento, de la esclavitud doméstica de la mujer, siguiendo en esto al marxismo. Particularmente en España, debido al carácter revolucionario y de clase que adquirió la lucha contra la dictadura franquista, cualquiera que en los años 70 hubiera defendido en una asamblea feminista o de izquierda el salario doméstico habría sido echado a patadas sin contemplaciones, y con todo merecimiento.

Lo lamentable es que, a día de hoy, se haya levantado una horda de “teóricas y teóricos” en el movimiento feminista y la izquierda, defendiendo la tesis de que el trabajo doméstico en su propio hogar es un trabajo liberador para la mujer que se ahorra el capitalismo y que debe ser remunerado, perpetuando la esclavitud doméstica disfrazada con un subsidio del Estado o del empresario.

El cambio de posición de algunas feministas que se autodenominan marxistas, respecto a los años 70, tiene una explicación. Aunque siguen reclamándose marxistas, ya que sin esta etiqueta perderían su *glamour* de anti-sistemas y ya no podrían vender tantos libros ni ser invitados a tantas conferencias, han abandonado cualquier pretensión de basarse en el marxismo y en toda perspectiva de transformación socialista de la sociedad. Así de lo que se trata para ellos es de aparecer “realistas” y “pragmáticos” para adaptarse al capitalismo.

Una prueba más de su adaptación al capitalismo lo prueban afirmaciones como las que siguen, en una entrevista de hace unos años, donde Silvia Federici declaraba:

“En los años 70, cuando hubo que tomar decisiones estratégicas, tanto en Estados Unidos como en Europa, el movimiento feminista abandonó por completo el terreno de la reproducción y se empeñó, casi exclusivamente, en el trabajo fuera de casa. El objetivo era conquistar la igualdad a través del terreno laboral. Pero los hombres estaban fastidiados en ese ámbito y lograr la igualdad para estar igual de fastidiadas y oprimidas que ellos no es una estrategia”. **(Federici: feminismo entre fuegos y fogones)**

¿Qué nos propone Federici? El trabajo del hogar es malo, pero el trabajo en una empresa también es malo, y además luego tenemos un “segundo turno” en casa con los hijos, la limpieza, etc. Así, como no vemos otra alternativa, mejor volver al hogar esclavizante, pero exijamos un salario a cambio.

Este es el maravilloso horizonte que destinan feministas radicales como Federici a millones de mujeres oprimidas, pobres y trabajadoras, un horizonte desde luego muy alejado, estamos seguros, del propio mundo en el que viven Federici y las demás feministas de esta tendencia.

Sí, el mundo del trabajo en el capitalismo es alienante y explotador, para el hombre y la mujer. Y es verdad, esta



Obreras de Florenzi (FOTO: BPJ)

última está obligada a trabajar un “doble turno”, en su empresa y en su casa. Claro que trabajar fuera del hogar, en sí mismo no libera a la mujer, pero es la condición para poder emanciparse de su pareja. Lo que sí es una quimera es conseguir en el capitalismo un “salario doméstico”, más aún en el contexto actual de crisis económica y austeridad prolongada. Nuestra alternativa, como luego veremos, es vincular la demanda de socialización de las tareas del hogar con la lucha por el socialismo, única manera de solucionar de raíz la opresión de la mujer, y no conformarnos con migajas, con lo menos malo o con la agitación de reivindicaciones imposibles o francamente reaccionarias dentro del capitalismo.

El trabajo asalariado en las tareas domésticas El trabajo asalariado en las tareas domésticas: cuidado de niños, ancianos e impedidos, limpieza de la vivienda, elaboración de comidas, etc., tiene un carácter completamente diferente al trabajo realizado por el ama de casa en su propio hogar. Sólo gente de pensamiento obtuso no podría ver la diferencia.

El carácter asalariado del trabajo “de cuidados”, para emplear el eufemismo cursi con que denomina la progresía liberal y de izquierda a las tareas domésticas y de atención a niños y ancianos, introduce un cambio social cualitativo en estas tareas. Sí, sigue siendo un trabajo agotador y duro, y está mal pagado. Pero, a diferencia del ama de casa común, la trabajadora de ese sector no tiene ningún interés personal en el trabajo que hace, le es ajeno. No existe el tipo de sumisión que condena al ama de casa a atender 24 horas “su hogar”, mientras que la trabajadora asalariada sólo lo hace 4, 6, u 8 horas y a cambio de un salario; sin salario no hay tarea. El solo hecho de salir de su casa cada día, enfrentarse por sí misma a la vida social que implica trasladarse a su puesto de trabajo, conversar y compartir experiencias con trabajadoras de su misma o diferente condición, o ser contratada por una empresa para esa labor y comprobar por tanto los intereses comunes de clase que la ligan a las demás trabajadoras de esa empresa, le ayuda a comprender la naturaleza de clase de la sociedad y cómo funciona. Poder afiliarse a un sindicato, poder reclamar ante la ley determinados derechos, entender la necesidad de la lucha política por sus intereses, etc., todo esto introduce en la psicología de la trabajadora asalariada “de cuidados” un nivel de conciencia y político, y de autoestima personal, que

no es comparable en modo alguno con el que alcanza el ama de casa común encerrada en su hogar. La alienación que sufre la trabajadora asalariada es la misma que padece cualquier trabajador por cuenta ajena, sea metalúrgico, administrativo o jornalero: la de un obrero, y no la de un esclavo. Para el ama de casa, su hogar es su mundo; para la trabajadora doméstica su mundo es la calle, la vida social y la defensa de sus intereses como obrera, y de miles de personas como ella.

La asalarización de las tareas domésticas y de atención a la infancia y la vejez, prepara las condiciones para la futura emancipación de la mujer y de la familia de su esclavitud doméstica, a través de la socialización de las labores del hogar. Se trata, como se indicó antes, de sacar del hogar los trabajos asfixiantes que ahogan a las familias: lavar la ropa, hacer la comida, cuidar a los niños y ancianos. Además de guarderías bien equipadas en los barrios y en las mismas empresas, habría centros de ocio y juego para niños y adolescentes en cada barrio, bien atendidos bajo criterios saludables y culturizados; las residencias de ancianos no serían los actuales lugares lúgubres, sucios, mal atendidos y caros; serían asimilables a hoteles de la máxima calidad, gratuitos o a coste mínimo con salas de salud adosadas plenamente equipadas.

Los trabajadores de este sector no soportarían largas jornadas agotadoras y físicamente extenuantes. Su jornada laboral sería de 4 o 5 horas, o menos, incorporarían los adelantos tecnológicos más avanzados en movilidad de personas para forzar al mínimo el esfuerzo físico requerido para manipular a los ancianos o enfermos impedidos. Toda la tecnología estaría orientada a reducir al mínimo la mano de obra en todas estas tareas, como en cualquier tarea penosa o que requiera de un gran esfuerzo físico.

Como lo expresa magníficamente Engels:

“La emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado. La emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando ésta puede participar en gran escala, en escala social, en la producción y el trabajo doméstico no le ocupa sino un tiempo insignificante. Esta condición sólo puede realizarse con la gran industria moderna, que no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige y tiende más y más a transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública”. (F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*)

Por una alternativa socialista a la esclavitud doméstica Los marxistas defendemos la socialización de la crianza y la alimentación de niños, ancianos e impedidos, para que sea la sociedad en su conjunto quien asuma estas tareas y libere de las mismas a las familias trabajadoras, y especialmente a la mujer ama de casa. De hecho, el desarrollo capitalista ha obligado ya a la sociedad a socializar, aunque de manera parcial e insuficiente, algunos aspectos de la vida familiar y comunitaria, bien sea a través de sistemas públicos de gestión o concesionados a conglomerados privados. Tales son la educación, la atención sanitaria, el transporte, las telecomunicaciones, el alumbrado, la recogida y gestión de residuos, etc. De un

tiempo a esta parte estamos viendo una tendencia similar en el cuidado de ancianos e impedidos, los llamados servicios de dependencia.

Ahora bien, en el capitalismo estos pasos hacia la socialización de tareas domésticas encuentra límites absolutos. Los capitalistas se resisten con uñas y dientes ceder a la sociedad más partes de la plusvalía que extraen a los trabajadores (la fuente de sus beneficios) y con las que financiar una socialización integral de las tareas domésticas y de alta calidad.

Así las cosas, ¿debe una mujer ama de casa recibir una remuneración para depender solamente de sí misma, de manera independiente? Por supuesto que sí; pero no por su condición de ama de casa, de la que debe liberarse. Nosotros exigimos que toda persona desempleada debe tener un puesto de trabajo fijo y digno, bien remunerado; y hasta en tanto no lo consiga debe recibir un subsidio de desempleo igual al Salario Mínimo Interprofesional. Nosotros, por tanto, exigimos que las amas de casa, como personas desempleadas, reciban ese subsidio y las animamos a que encuentren un trabajo que les permita proveerse de sus medios de vida por sí mismas, les instamos a que amplíen su mundo hacia la más amplia vida social que está fuera y no dentro del hogar familiar, y que se sumen a la lucha consciente de los demás obreros y obreras por un programa de transición hacia el socialismo que incluya demandas tales como: guarderías públicas gratuitas, comedores públicos gratuitos, lavanderías públicas gratuitas, ampliación del trabajo de “dependencia” a cargo de personal asalariado, que el Estado provea de comida y ropa básica a todo niño y adolescente de 0 a 18 años; en definitiva, se trata de hacer innecesario o reducir al mínimo las llamadas “tareas del hogar” a cargo de la hasta ahora mujer ama de casa y empujarla a salir fuera del hogar como persona económicamente independiente de su pareja.

Debemos explicar a la clase obrera, y a la mujer trabajadora en particular, que sólo bajo un sistema socialista que convierta en propiedad colectiva las palancas económicas fundamentales de la sociedad, gestionadas democráticamente por los trabajadores, podremos alcanzar tal socialización integral del trabajo doméstico.

Como explica Engels:

“En cuanto los medios de producción pasen a ser propiedad común, la familia individual dejará de ser la unidad económica de la sociedad. La economía doméstica se convertirá en un asunto social; el cuidado y la educación de los hijos, también.” (F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*)

De esta manera, combinando los avances de una economía socialista planificada, el trabajo colectivo, la supresión del lucro en cualquier actividad humana, un verdadero amor al prójimo desprovisto de toda hipocresía religiosa y de cualquier interés personal, más la técnica y la ciencia más avanzada, la sociedad socialista haría desaparecer todo vestigio de esclavitud doméstica y de sumisión de la mujer al hombre, para que ésta alcance la verdadera estatura que le ha negado la sociedad de clases durante miles de años.

21 Mayo 2020 ★

En defensa del materialismo filosófico

Introducción a Materialismo y empiriocriticismo de Lenin

Alan Woods

Joseph Dietzgen dijo en una ocasión que la filosofía oficial no era una ciencia, sino una salvaguardia contra el socialismo. Y cuánta razón tenía. Aunque lo nieguen efusivamente, los filósofos profesionales han sido reclutados por los defensores del estatus quo como aliados en la lucha contra el marxismo. Esta manipulación era especialmente descarada en los años de la Guerra Fría, cuando la CIA utilizó la filosofía y el arte como armas contra el comunismo, pero sigue siendo el caso hoy en día.

Desde que el marxismo surgió como una fuerza importante y planteó su desafío al orden establecido, la clase dominante y sus secuaces han librado una guerra perpetua contra todos los aspectos de la ideología marxista, empezando por el materialismo dialéctico. Cualquier mención del marxismo provoca un exabrupto inmediato entre esta gente. “Fuera de moda”, “anticientífico”, “refutado hace tiempo”, “metafísico” y toda la trillada letanía de la reacción.

No sólo eran Marx y Engels personae non grata en las magnificentes aulas de los departamentos de filosofía, sino que el propio Hegel, que antaño era aclamado como el filósofo de filósofos por excelencia, es sometido a una vergonzosa conspiración del silencio, en el mejor de los casos.

Esta situación no sólo es consecuencia de la ignorancia y del prejuicio (aunque hay mucho de ambos también). Poderosos intereses materiales entran en juego, que enseguida convencen hasta a los más valientes de que no es sensato ofender a aquellos que financian las becas y controlan las carreras académicas.

También es evidente que a la panda posmoderna no le gusta que le recuerden de que hubo un tiempo en el que los filósofos tenían cosas profundas e importantes que decir sobre el mundo real.

La importancia de la teoría Ya en su ¿Qué hacer? Lenin explicó:

Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea en unos momentos en que a la prédica de moda del oportunismo se une la afición a las formas más estrechas de la actividad práctica.

Añadió que “el papel de combatiente de vanguardia sólo puede ser llevado a cabo por un partido guiado por la teoría más avanzada.”

E indudablemente una de las contribuciones más importantes a la teoría marxista es Materialismo y empiriocriticismo.

Lenin empezó a escribir este clásico en febrero de 1908, en el punto álgido de la ofensiva reaccionaria desatada tras la derrota de la insurrección de Moscú de diciembre de 1905. La clase obrera estaba agotada. La revuelta campesina en la que Lenin había cifrado sus esperanzas para el renacer revolucionario llegó demasiado tarde. La iniciativa pasó a manos del régimen zarista, que se lanzó al ataque.

Se cernió sobre Rusia una oleada de reacción negra que duró varios años. Las detenciones masivas, las ejecuciones extrajudiciales y el aplastamiento despiadado de cualquier

AS

35

tipo de oposición decimaron al movimiento. Los marxistas (conocidos entonces como socialdemócratas) fueron perseguidos sin tregua. Sus dirigentes eran apresados, enviados a Siberia o ahorcados. Miles fueron ejecutados de manera sumaria.

La derrota tuvo un efecto deprimente en el movimiento, especialmente entre los intelectuales que habían apoyado la revolución en su etapa de ascenso pero que empezaron a desertar cuando la reacción contraatacó. Un estado de ánimo pesimista se apoderó de la pequeña burguesía.

El abatimiento condujo a la desesperanza, a una tendencia a abandonar la lucha de clases y dedicarse a la introspección, a la búsqueda de nuevas ideas y panaceas, incluyendo las ideas místicas y semireligiosas (los “constructores de Dios”). Es en este contexto en el que Lenin libra su importante batalla contra el revisionismo filosófico.

Fue por ese tiempo cuando el idealismo subjetivo de Richard Avenarius y Ernst Mach se popularizaron entre un sector de la intelectualidad en Rusia. Estas posturas empalmaban con el desánimo, pesimismo y misticismo preponderantes.

El movimiento socialista no fue inmune a este desarrollo, y en su seno surgió una corriente cercana a las ideas de Mach. Esta era la proyección del proceso contrarrevolucionario en el mundo de las ideas.

La pequeña burguesía y la revolución Podemos observar el mismo patrón repetirse cada vez que una revolución es derrotada. En cuanto el movimiento revolucionario se topa con dificultades, presenciamos una desbandada de intelectuales deprimidos que se apresuran desvergonzadamente por abandonar el movimiento y retraerse a la seguridad de sus estudios.

La intelectualidad es un termómetro bastante preciso del estado de ánimo cambiante de la pequeña burguesía. En su condición de capa intermedia entre el proletariado y la burguesía, son un grupo social orgánicamente inestable, que oscila constantemente entre los dos grandes polos que existen en la sociedad.

En la medida en que la intelectualidad es capaz de aproximarse a la clase obrera y al socialismo revolucionario, siempre revela ser un aliado inestable, vacilante y poco fiable. Cuando la clase obrera avanza en una dirección revolucionaria, un sector de la intelectualidad pequeñoburguesa puede mostrarse entusiasta, pero estos estos de ánimo pueden convertirse en su contrario muy pronto.

Perdiendo su fe en la clase obrera, la intelectualidad cede ante la presión de la reacción y se escora hacia la derecha. Los ideales de la lucha colectiva dan paso a la búsqueda de soluciones individuales. El subjetivismo, el relativismo y el agnosticismo, en otras palabras, el idealismo filosófico, empiezan a ganar terreno.

Estos intelectuales inventan toda clase de ideas fantásticas para explicar la derrota. Siempre culpan a la clase obrera de sus propios fracasos. E inevitablemente empiezan a cotorrear sobre la necesidad de “nuevas ideas” y de la “libertad para criticar” para poner fin a la “ortodoxia sofocante” (el marxismo) que, en su opinión, les ha fallado.

“La libertad para criticar” En Rusia, entre 1906 y 1908, aparecieron una serie de libros y artículos escritos por Aleksándr Bogdánov, Anatoli Luncharski y V. A. Bazárov, así como otros intelectuales de izquierdas como el menchevique Pavel Yushkévich y el principal teórico del partido Social Revolucionario, Víktor Chernov. El hilo conductor de estas obras era que el marxismo estaba “anticuado” y que necesitaba ser rejuvenecido a través de los “nuevos” descubrimientos de Mach y Avenarius.

Pero el marxismo es una cosmovisión unificada y armoniosa. No es una suma de buenas ideas que puedan trocarse según le plazca a uno. Los llamados “pequeños ajustes”, en la práctica, suponían una completa negación del marxismo y de su filosofía materialista.

Estas ideas no sólo eran completamente equivocadas, sino que además tuvieron un cierto eco entre la militancia bolchevique, e incluso entre algunos dirigentes. Bogdánov era en aquel momento uno de los miembros más destaca-

ESCUELA DE CUADROS
EL PAPEL DEL TRABAJO EN LA TRANSFORMACION DEL MONO EN HOMBRE
F. ENGELS
CON ALAN WOODS
¡ESTRENO!
MIÉRCOLES 17 DE FEBRERO
VNZ: 4PM / EDO ESP: 9PM
YOUTUBE: ESCUELAGUADROS

dos del comité central bolchevique y pertenecía al consejo editorial del periódico bolchevique Vperiod. En vísperas de la revolución de 1905, él y los seguidores de su filosofía habían jugado un papel importante. Se estaba labrando un nombre como experto en filosofía.

Sin embargo, haber leído mucha filosofía no quiere decir que uno la entienda. Bogdánov y sus partidarios demostraron en repetidas ocasiones que su conocimiento de la teoría marxista era estrecho y bastante superficial, y tendía al esquematismo rígido y a las fórmulas. Revelaron su total incompreensión de la filosofía marxista: el método dialéctico les era extraño, un hecho que les llevó a cometer una serie de errores ultraizquierdistas en el plano de la táctica.

Como fue el caso de otros revisionistas antes y después de ellos, los seguidores de Mach en el Partido Bolchevique enarbolaron la bandera de la “libertad para la crítica”. Insistían en que no estaban en contra del marxismo, pero que sencillamente querían “ponerlo al día”, en sintonía con los “últimos descubrimientos” de la ciencia y la filosofía.

Pero esto no era más que una argucia y una distracción del hecho que se estaban alejando del marxismo y que querían arrastrar al partido con ellos. Lenin fue claro:

“El camarada Sazhin... exige que a todos ‘los militantes del Partido’ les sea ‘asegurada’ una ‘libertad total para su pensamiento revolucionario y filosófico.’”

“Esta reivindicación es totalmente oportunista. En todos los países donde se ha planteado esta reivindicación en los partidos socialistas sólo por oportunistas y en la práctica no ha significado nada más que la ‘libertad’ de corromper a la clase obrera con la ideología burguesa. Nosotros le exigimos la ‘libertad de pensamiento’ (léase: libertad de prensa, expresión y conciencia) al Estado (no a un partido), juntamente con la libertad de organización. El partido del proletariado, sin embargo, es una asociación libre, constituida para batallar contra los ‘pensamientos’ (léase: ideología) de la burguesía, para defender y poner en práctica un punto de vista determinado, a saber, el marxismo. [...] Algunos Vperiodistas desean fervientemente arrastrar al proletariado de vuelta a las ideas de la filosofía burguesa (la de Mach), mientras que otros se muestran indiferentes a la filosofía y exigen únicamente ‘la libertad total’ para las ideas de Mach.” (V. I. Lenin, ‘La facción de Vperiod’, 1910)

La Biblia dice que no hay nada nuevo bajo el sol. Y en realidad, no había nada nuevo ni en las ideas de Mach y Avenarius, ni en la afirmación de sus seguidores en Rusia de que habían actualizado el marxismo. Marx y Engels libraron numerosas batallas contra el revisionismo, la más famosa siendo la famosa polémica de Engels contra Eugen Dühring.

A lo largo de la historia del movimiento obrero revolucionario, cada cierto tiempo, aparece algún listillo que proclama su intención de modernizar el marxismo. Bogdánov y sus correligionarios representaban precisamente esta clase de persona. En la práctica, estos elementos reflejan la presión de clases ajenas.

La clase obrera no existe en un vacío; está rodeada de otras clases y estratos sociales, cuyo punto de vista de clase es proyectada al movimiento obrero. La lucha de clases por lo tanto no es sólo económica y política, sino también filosófica, como Lenin siempre recalcó.

La lucha de Lenin contra el revisionismo Lenin nunca escondió sus diferencias filosóficas con Bogdánov, pero durante muchos años estuvo dispuesto a colaborar con él y puso sus habilidades en otros ámbitos al servicio del partido. Ahora bien, en cuanto Lenin se dio cuenta de los intentos sistemáticos de socavar la base filosófica del marxismo, le declaró la guerra a los partidarios de Mach. Empezó una lucha decidida contra el revisionismo, en defensa de las ideas fundamentales del marxismo. La expresión más acabada de esta lucha fue la publicación en 1909 de *Marxismo y empiriocriticismo*. En aquel momento, escribió Lenin a Maxim Gorky, que era amigo cercano de Bogdánov y también de Lunacharsky y simpatizaba con algunas de sus ideas:

“Ahora han aparecido los Estudios en la filosofía del marxismo [una serie de artículos surgidos de un simposio de Bogdánov y sus correligionarios – AW]. He leído todos los artículos excepto el de Suvorov (ese lo estoy leyendo ahora), y cada uno me hizo sentir furiosamente indignado. No, no, ¡esto no es marxismo! Nuestros empiriocríticos, empiriomonistas, y empiriosimbolistas están hundiéndose en un pantano. Intentar convencer al lector de que la “creencia” en el mundo externo es “misticismo” (Bazarov); confundir de la manera más vergonzosa el materialismo con el kantianismo (Bazarov y Bogdánov); predicar una variedad del agnosticismo (empiriocriticismo) e idealismo (empiriomonismo); enseñar a los obreros el “ateísmo religioso” y el “culto” al potencial supremo del hombre (Lunacharsky); declarar que las enseñanzas de Engels sobre la dialéctica son misticismo (Berman); apoyarse en las ideas repugnantes de tal o cual “positivista”, agnóstico o metafísico francés, que les parta un rayo, ¡con su teoría de la cognición (Yushkevich)! No, realmente esto es demasiado. Ciertamente, nosotros los marxistas comunes no somos grandes conocedores de la filosofía, ¡pero por qué insultarnos sirviéndonos esta bazofia como la filosofía del marxismo! Preferiría ser martirizado antes que colaborar con una organización o grupo que predique tales cosas.” (V. I. Lenin, “Carta a A. M. Gorky, 1908)

No era este un debate sobre doctrinas filosóficas arcaicas. Era una lucha por el alma del movimiento revolucionario, y Lenin tenía muy claro el ataque que suponían las ideas de Mach:

“...Tenemos entre nosotros a gente que se considera marxista, pero que propaga entre las masas una filosofía que se acerca mucho al fideísmo.” (V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, 1909)

[Nota: la palabra fideísmo viene de fides, fe en latín, y es una teoría que sostiene que la fe es independiente de la razón y superior a la hora de alcanzar determinadas verdades.]

Materialismo e idealismo Las líneas generales de la filosofía marxista (materialismo dialéctico) fue explicada por Frederick Engels en el *Anti-Dühring* y en *Ludwig Feuerbach* y el final de la filosofía clásica alemana. En estas obras, Engels escribe que las tendencias filosóficas fundamentales son el materialismo y el idealismo. Lenin, en su libro, explica la diferencia entre estas dos tendencias:

“El materialismo considera la naturaleza como lo primario y el espíritu como lo secundario; pone el ser en el primer plano y el pensar en el segundo. El idealismo hace

precisamente lo contrario. A esta diferencia radical de los “dos grandes campos” en que se dividen los filósofos de las “distintas escuelas” del idealismo y del materialismo, Engels le concede una importancia capital, acusando claramente de “confusionismo” a los que emplean los términos de idealismo y materialismo en un sentido distinto.” (Ibid.)

En primer lugar, el esfuerzo de Lenin buscaba arrojar luz sobre la distinción fundamental entre idealismo y materialismo e introducir claridad sobre el significado real de las ideas de Mach, que en la práctica no eran sino una forma de idealismo. Atacó despiadadamente a los seguidores rusos de estas teorías por su “motín pusilánime” y les exigió que salieran al paso a “rendir cuentas ante las ideas que habían abandonado, de manera abierta manera explícita, decidida y clara.” (Ibid.)

Como suele ser el caso con los revisionistas, Bogdánov y Lunacharsky trataron de disfrazar su ruptura con el marxismo con una serie de trucos deshonestos y de argucias. Pero Lenin les desenmascaró sin miramientos para desvelar el contenido idealista reaccionario que escondían.

Paso a paso, capa a capa, este libro expone al idealismo en todos sus disfraces. De la misma manera en que Engels respondió a las ideas de Dühring, Lenin cita extensamente los escritos de los correligionarios rusos de Mach y de otros científicos y filósofos.

Hay quien se queja de que este libro de Lenin es una lectura pesada. Tal vez lo sea. Pero la única forma de responder a ideas falsas sin ser acusado de distorsión o de malentendidos es precisamente citándolas, palabra por palabra. Esto es lo que hace Lenin, y nadie le puede acusar de tratar injustamente a sus adversarios.

Y justo por este motivo tiene todo el derecho de emitir un juicio rotundo sobre ellos, y no duda en hacerlo, llamándoles imbéciles y arrojando otros epítetos que no suelen oírse en los seminarios de las universidades. Pero como bien sabemos, ahí tampoco escasean los imbéciles aunque nadie se atreva a decírselo.

El propósito de Lenin era sencillo: poner sobre la mesa la verdadera diferencia entre el materialismo dialéctico marxista y el idealismo subjetivo de Mach y los suyos. Y en este cometido su éxito fue brillante.

Analizando los diferentes matices y expresiones de las teorías de Mach a escala internacional, Lenin recalcó que “en toda cuestión filosófica planteada por la nueva física,

[rastreamos] la lucha entre el materialismo y el idealismo.” Y mostro que:

“Siempre, sin excepción, tras el fárrago de artificios de la nueva terminología, tras la basura de la escolástica erudita, hemos encontrado dos líneas fundamentales, dos direcciones fundamentales en la manera de resolver las cuestiones filosóficas: ¿Tomar o no como lo primario la naturaleza, la materia, lo físico, el mundo exterior, y considerar la conciencia, el espíritu, la sensación (la experiencia, según la terminología en boga de nuestros días), lo psíquico, etc., como lo secundario? Tal es la cuestión capital que de hecho continúa dividiendo a los filósofos en dos grandes campos.”

Tal era la seriedad con la que Lenin emprendió esta lucha ideológica que estuvo dispuesto a romper sobre esta cuestión con la dirección de la facción bolchevique en su conjunto. La escisión tuvo lugar en 1909, cuando Lenin decidió separarse de Bogdánov y Lunacharsky antes de ceder lo más mínimo ante su filosofía reformista y su formalismo sectario y ultraizquierdismo político. Esto sucedió tras casi dos años de polémica interna. Sin embargo, cuando la escisión tuvo lugar Lenin ya había conseguido ganarse a la mayoría del partido a la postura del materialismo dialéctico, y sólo quedaban Bogdánov y los partidarios de Mach.

El idealismo y la religión El materialismo rechaza la noción de que la mente y la conciencia estén separadas de la materia. El pensamiento es la forma de existencia del cerebro, que, como la vida misma, es sólo materia organizada de una particular manera. La mente es lo que podemos llamar la suma de la actividad del cerebro y del sistema nervioso. Pero, dialécticamente, el todo es mayor que la suma de las partes. Este punto de vista concuerda notablemente con los hallazgos de la ciencia, que está descubriendo gradualmente el funcionamiento del cerebro y revelando sus secretos.

Por otro lado, el idealismo insiste en presentar la conciencia como un ‘misterio’, algo que no se puede entender. Mistifica el vínculo físico y causal entre la mente pensante y el cuerpo humano. El llamado problema mente-cuerpo surge debido a que los fenómenos mentales dan la impresión de ser cualitativamente diferentes a los cuerpos físicos de los que parecen depender. El materialismo consistente, sin embargo, sostiene que la mente y el cuerpo son de una misma sustancia.



Lenin y Lunacharsky, 1920

La tendencia idealista en la filosofía es tan vieja como Platón y Pitágoras, que veían el mundo físico como una mala imitación de la Idea perfecta (Forma), que existía antes de que surgiera el mundo. Este punto de vista le viene como anillo al dedo a los intereses del lobby religioso en su afán de defender los prejuicios antediluvianos sobre el alma, la vida después de la muerte y otras tonterías religiosas acumuladas en el cerebro humano desde los tiempos más remotos. Escondidos tras la fachada respetable del idealismo filosófico acechan a religión y la superstición. El alma eterna e inmaculada debía de estar encerrada en el débil, imperfecto y perecedero cuerpo material, ansiando ser liberada en el momento de la muerte, cuando ‘dejamos ir al fantasma’ para que vaya flotando al paraíso (si tenemos suerte).

A lo largo de la historia, la religión ha sido un escollo para el avance de la ciencia. La Iglesia es hostil al progreso del conocimiento porque cada paso de la ciencia mina las bases de la superstición religiosa. La religión se nutre de la fe ciega, no del conocimiento, y se apoya en el miedo a lo desconocido, y por lo tanto el desconocimiento es su mayor aliado. Por eso todas las religiones se basan en el misticismo, en el oscurantismo, en los milagros, etc.

La Iglesia trató de obstruir el camino del progreso y la ciencia con los fuegos de la Inquisición, pero todo ello fue en vano. En los siglos XVI y XVII la filosofía conservaba todo su vigor. A diferencia de lo que ocurre hoy, sus ideas seguían siendo relevantes. La filosofía en realidad era ciencia, y la ciencia era filosofía, y en este nuevo mundo parecía que no había lugar para Dios.

Isaac Newton, que era deísta, dejó un lugar para Dios en su universo-máquina: el papel de haberle dado su primer impulso. Pero tras esta labor elemental, al Todopoderoso no le quedaba nada por hacer para el resto de la eternidad. La nueva filosofía preparó las bases para el ateísmo, y los defensores de la fe eran conscientes de ello.

El adversario más franco del materialismo en aquel momento era George Berkeley (1685-1753), un inglés que se convirtió en obispo de Cloyne, en Irlanda. Como mentís definitivo al materialismo, argüía que la materia como tal no existía, que el mundo sólo cobraba vida cuando era observado. Atacó el concepto de la materia aduciendo que estaba tan plagada de contradicciones que se volvía inútil como terreno para el conocimiento.

Lenin claramente muestra la relación entre la filosofía idealista y el clericalismo, citando extensamente de las obras del obispo Berkeley y de otros representantes de la Iglesia: “Todas las construcciones impías del ateísmo y de la negación de la religión han sido erigidas sobre la doctrina de la materia o de la sustancia corpórea. . . No es necesario decir qué gran amiga han encontrado los ateos de todos los tiempos en la sustancia material. Todos sus sistemas monstruosos dependen de ella en manera tan evidente y necesaria que su edificio se hundirá indefectiblemente tan pronto como sea arrancada esta piedra angular. No vale la pena, por tanto, conceder una atención particular a las doctrinas absurdas de las diferentes sectas miserables de los ateístas.” (Ibid.)

Como podemos apreciar, el obispo Berkeley desarrolló su idealismo subjetivo como respuesta a lo que él veía como el ateísmo materialista de Newton y de otros científicos de la época. Rechazaba el cálculo infinitesimal de

Newton y Leibnitz porque el reconocimiento de la divisibilidad infinita del ‘espacio real’ contradecía los postulados más básicos de su filosofía.

Utilizó con inteligencia los argumentos del empirismo para refutar el materialismo y defender la religión. Lo hizo deliberadamente para combatir al ateísmo que temía, y no sin razón, que estaba ganando terreno como resultado del progreso de la ciencia.

El obispo Berkeley mostró ingeniosamente que la lógica del empirismo, cuando se la empuja hasta sus extremos, nos lleva a la conclusión de que no podemos demostrar la existencia de un mundo físico independiente de nuestros (o mis) sentidos. Partiendo de la premisa incuestionable de que ‘interpreto el mundo a través de mis sentidos’, llega a la conclusión de que no puedo conocer nada más allá de mis sentidos.

En lugar de la afirmación de Locke de que “nihil est in intellectu quod non sit prius in sensu” (“no hay nada en la mente que no exista antes en los sentidos”), Berkeley espetó: “esse est percipi”, es decir, “ser es ser observado”. Las cosas sólo pueden existir en la medida en que son percibidas. Por lo tanto, es imposible decir con certeza que el mundo exista fuera de mis sentidos. Esta doctrina filosófica, que afirma que el sujeto determina al ser, se llama idealismo subjetivo.

Pero hay una falla fatal en la tesis de Berkeley. La lógica inevitable de su argumento es el solipismo, es decir, que sólo yo existo. Puesto que mi percepción sensual determina al ser, no puedo demostrar la existencia de nada a parte de mí. Pero, si ese es el caso, ¿qué papel queda para Dios? Ciertamente, él también debe ser fruto de mi imaginación, ¡otro ‘fenómeno sensual’ más!

Berkeley no era ningún tonto. Como veremos, era consciente de este hecho incómodo, y trató de superar esta contradicción plantando la existencia de una multiplicidad de sustancias espirituales y también de una “mente cósmica” (Dios).

Este dilema dio pie a una jocosa quintilla, que dice lo siguiente:

Había un hombre que dijo “A Dios
Debe parecerle raro
Pensar que el árbol
Siga estando
Cuando no haya nadie en el patio.”

La respuesta:

“Su sorpresa me extraña, estimado señor;
Yo siempre estoy en el patio.

Y por eso el árbol

Seguirá estando

Ya que es observado por un servidor, Dios)

(Ronald Knox, Dios en el patio)

El poema es gracioso e ingenioso, pero sólo es de interés para los que crean necesario invocar a un Espíritu invisible para demostrar que el árbol que estamos observando realmente existe. Antes de este acto de fe, sin embargo, lo que debe ser demostrado no es la realidad del árbol, que podemos ver todos, sino del Espíritu invisible, cuya existencia, por definición, no podemos probar.

La teoría del conocimiento La teoría del conocimiento, llamada también epistemología, ocupa un lugar central en la

historia de la filosofía y es aquí donde se encuentra la gran discrepancia entre materialismo filosófico e idealismo.

El llamado problema del sujeto-objeto ha absorbido a los filósofos durante siglos. Esto se refiere al análisis de la experiencia humana, y lo que consideramos 'subjetivo' y 'objetivo'.

¿Cómo conocemos el mundo 'externo' a nosotros? La cuestión se plantea como una dicotomía:

El sujeto pensante ('yo'), y

El objeto del pensamiento (el mundo 'externo').

Este problema ya se perfilaba en los escritos de Aristóteles, pero surge en su sentido moderno -epistemológico- en el siglo XVII, cuando fue planteado por pensadores burgueses como René Descartes y John Locke. Descartes, que era idealista, introdujo la noción del dualismo, que presenta a la mente y el cuerpo como dos sustancias separadas. De ahí su carácter dual.

El error es tratar la conciencia como una 'cosa', una entidad independiente, separada y aparte de la actividad sensual humana. La dificultad insuperable en el dualismo es la siguiente: si la mente es totalmente diferente del cuerpo físico, ¿cómo interactúan?

Ahora sabemos cosas que Descartes ignoraba sobre el funcionamiento de la naturaleza, el mundo de las moléculas, los átomos y las partículas subatómicas, de los impulsos eléctricos que rigen la actividad cerebral. En lugar de un alma misteriosa, estamos empezando a entender cómo funcionan el cuerpo humano y el cerebro.

Los hallazgos de la ciencia moderna han descartado para siempre la noción de la conciencia como una 'cosa' independiente. Aunque, por extraño que pueda parecer, estas tonterías místicas siguen contando con incontables partidarios incluso en el siglo XXI.

Sujeto y objeto y dialéctica La primera cuestión es 'qué' conocemos. La segunda es 'cómo' sabemos lo que conocemos. Esas son las preguntas que en esencia aborda la epistemología.

Es un postulado elemental que interpreto el mundo a través de mis sentidos. Esta afirmación, en verdad, es una pura tautología, en la medida en que no puedo conocer nada sin mis ojos, oídos, manos y cerebro. El idealismo subjetivo deduce de esto que, en realidad, no puedo conocer nada fuera de mis propias sensaciones.

En palabras del filósofo de la lógica positivista A. J. Ayer, lo máximo que puedo aspirar a conocer son mis "contenidos sensoriales".

El llamado problema del conocimiento sólo surge cuando la conciencia es interpretada como:

algo separado de mi cuerpo físico, y

como algo separado del mundo material.

En realidad, el idealismo subjetivo y el dualismo filosófico son una sencilla idealización de la separación rígida entre trabajo mental y manual. En efecto, la mistificación del pensamiento humano se lleva hasta el extremo de afirmar que sólo el pensamiento es real. 'Este lado' se contrapone a 'ese lado', como si ambos estuvieran separados por una barrera impenetrable.

El materialismo dialéctico parte de la premisa de que el mundo objetivo existe con independencia del sujeto, pero que

ambos forman parte de una unidad dialéctica. La conciencia no es una 'muralla' que separa al sujeto del objeto, sino un puente conectando a ambos. El sujeto es también un objeto, en la medida en que los humanos están sometidos a las mismas leyes objetivas que rigen la naturaleza y la sociedad.

Pero a través de su actividad subjetiva, los humanos pueden interactuar con el mundo objetivo que les rodea, modificando no sólo la naturaleza, también la sociedad.

Por lo tanto, el sujeto y el objeto no son una antítesis fija e inmutable, sino que pueden cambiar de lugar, y lo hacen a menudo. Constantemente reaccionan el uno al otro, como consecuencia de la práctica socioeconómica de la humanidad. Es la práctica y no la contemplación pasiva lo que ha permitido a los hombres y las mujeres transformar su entorno, transformándose a ellos mismos en el proceso.

Esto no está relacionado necesariamente con el pensamiento, ya que la mayoría de los cambios han tenido lugar sin recurrir a la planificación o al pensamiento consciente en absoluto. Estas transformaciones son fruto de la actividad sensual humana: el trabajo, desde la era de las herramientas primitivas de piedra hasta los reactores nucleares.

El poder de la abstracción La actividad humana nos permite entender el mundo en el que vivimos y sus leyes, y por lo tanto en última instancia nos permite dominar estas leyes, elevarnos sobre ellas y alcanzar la verdadera libertad, que es el reconocimiento (y la comprensión) de la necesidad.

No pensamos sólo con el cerebro, sino con todo nuestro cuerpo. Por lo tanto, un bebé empieza a entender el mundo material metiéndoselo en la boca y tratando de comérselo. En palabras de Goethe, "en el principio era la acción."

Pero el pensar no debe ser visto como una actividad aislada ('el fantasma en la maquinaria') sino como parte de la experiencia humana en su conjunto, de la actividad sensual humana y la interacción con el mundo y con las personas. Debe ser visto como parte de un proceso complejo de interacción constante, no como una actividad aislada contrapuesta al resto de cosas.

Cuando decimos que todo el conocimiento se basa en la experiencia, esto no quiere decir en absoluto mi experiencia individual, sino que implica la experiencia colectiva de toda la humanidad a lo largo de miles de años.

El mundo existía antes de que los humanos o cualquier ser vivo estuviera presente para presenciárselo. La materia orgánica, la vida, surgió naturalmente de la materia inorgánica. En un momento dado, criaturas unicelulares muy sencillas evolucionaron para convertirse en formas de vida más complejas, los invertebrados devinieron vertebrados, y demás. El desarrollo posterior del sistema nervioso central dio lugar al cerebro, y finalmente al cerebro humano y a la conciencia. Somos materia que se ha vuelto consciente de sí misma.

Esta explicación es corroborada por todos los hallazgos de la ciencia. Pero para el idealismo esto sigue siendo un libro cerrado. Todas las formas de idealismo están inseparablemente ligadas a la religión e inevitablemente dirigen hacia la religión. En relación con esto, Trotsky escribió poco antes de ser asesinado:

"No sabemos nada sobre el mundo excepto lo que percibimos mediante la experiencia." Esto es

correcto siempre que no tomemos la experiencia como el testimonio directo de nuestros cinco sentidos como individuos. Si reducimos la materia a la experiencia en el sentido estrechamente empírico, se vuelve imposible llegar a ninguna conclusión sobre los orígenes de las especies, o, todavía menos, la formación de la superficie de la tierra. Decir que la base de todo es la experiencia es decir demasiado o no decir nada en absoluto. La experiencia es la interrelación activa entre el sujeto y el objeto. Analizar la experiencia fuera de esta categoría, es decir, fuera del entorno material objetivo del investigador que se contrapone a éste y quien desde otra perspectiva es también parte de este entorno – hacer esto es disolver la experiencia en una unidad informe en la que no hay ni objeto ni sujeto sino solamente la fórmula mística de la experiencia. El ‘experimentar’ o la ‘experiencia’ de este tipo sólo atañe al feto en el vientre de la madre, pero por desgracia el feto no tiene la capacidad de compartir las conclusiones científicas de este experimento.”

(León Trotsky, The Writings of Leon Trotsky, 1939-1940)

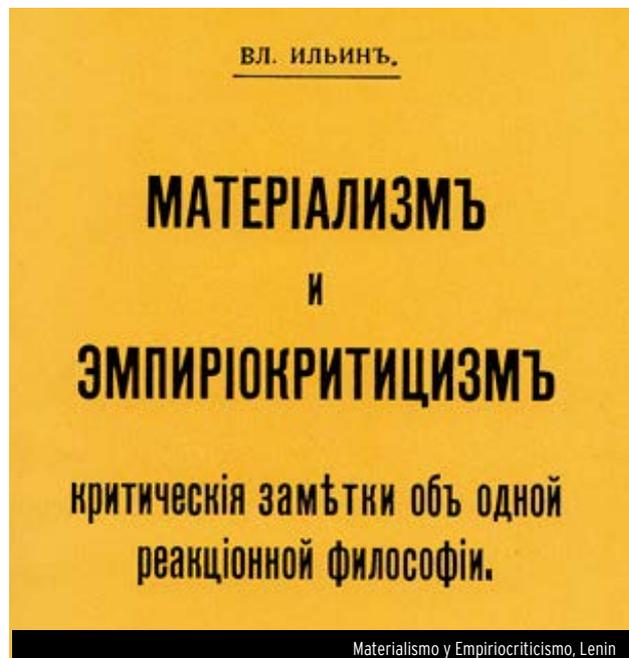
Es precisamente esta experiencia colectiva la que nos permite entender lo que conocemos del mundo, juzgar la información que percibimos a través de los sentidos de manera precisa y científica e inferir patrones que nos permiten hacer predicciones correctas sobre el mundo físico y la sociedad.

El conocimiento, por tanto, no está circunscrito al estrecho ámbito de la percepción sensual del individuo, ya que, para entender la información limitada que percibimos a través de la experiencia individual, debo aprovechar la enorme cantidad de información que se transmite de generación en generación en la forma abstracciones teóricas.

La propia palabra abstracción viene del latín y quiere decir ‘sacado de’, lo que muestra claramente cómo se generan las generalizaciones teóricas (incluyendo las fórmulas matemáticas más abstractas), que son, en última instancia, extraídas de la observación del mundo físico. Contamos hasta diez, no porque el sistema decimal sea superior (que no lo es) sino porque tenemos diez dedos que todavía usamos para los cálculos sencillos.

Una vez se han establecido estas abstracciones, parecen adoptar una vida propia y suponen una herramienta poderosa para entender el mundo. Son un instrumento indispensable para la ciencia, que representa la unidad dialéctica de la deducción y la inducción, de la teoría y la práctica, de la hipótesis científica y la observación y experimentación. Lo uno es insensible sin lo otro.

El origen físico de la conciencia El progreso de la ciencia nos ha dado las respuestas que muestran el origen físico de la conciencia. Sabemos que la materia orgánica (la vida) surge de forma natural de la materia inorgánica. Incluso las formas primigenias de vida tienen un grado de sensibilidad. La irritabilidad está presente en todas las formas de



vida, y esta es precisamente la manera en la que los seres vivos reaccionan a los estímulos del mundo externo.

Incluso entre las plantas encontramos un fenómeno parecido, como cuando las flores se orientan hacia el sol. Cuando hacen esto, ¿a qué están reaccionando? No a los ‘contenidos sensoriales’, porque las plantas no tienen sentidos como tal. Reaccionan a los estímulos externos del mundo físico. Lo mismo sucede con todos los organismos vivos. En todos los casos reaccionan a estímulos externos.

Ahora sabemos que la acción de las células nerviosas es eléctrica y química. En los extremos de cada célula nerviosa hay zonas, los bulbos sinápticos, que contienen una gran cantidad de vesículas de membranas que almacenan químicos neurotransmisores. Estas sustancias transmiten los impulsos nerviosos de una célula a otra. Cuando un impulso nervioso ha recorrido una neurona, alcanza la terminación nerviosa y estimula la liberación de neurotransmisores de las vesículas.

Los neurotransmisores atraviesan las sinapsis (los enlaces entre neuronas adyacentes) y generan una carga eléctrica, que transporta el impulso hacia delante. Este proceso se repite hasta que el músculo se mueve o se relaja, o hasta que el cerebro recibe una impresión sensorial. Estos desarrollos electroquímicos pueden ser considerados el ‘lenguaje’ del sistema nervioso, que permite la transmisión de información de una parte del cuerpo a otra.

Esta explicación científica barre inmediatamente el punto de vista idealista y místico sobre el pensamiento y la conciencia como algo misterioso e inexplicable, algo separado del funcionamiento normal de la naturaleza y de otros procesos corporales. Éstos, a su vez, son constituidos y se desarrollan en interacción constante con el medio material a través de la labor social colectiva.

La evolución ha encontrado diferentes maneras de reaccionar al medio físico para asegurar la supervivencia del individuo (alimentación) y de la especie (reproducción). De la misma manera que compartimos algunos genes hasta con las bacterias más simples, también nos es común esta capacidad. Pero en los humanos este potencial básico

se ha convertido en algo cualitativamente superior al resto de animales gracias a la evolución.

Podríamos decir que existe algo parecido a la conciencia entre los gatos, los perros, los caballos y otros mamíferos superiores. Ciertamente, los experimentos con chimpancés sugieren que poseen algo que se asemeja a la autoconciencia. De hecho, se pueden encontrar rasgos parecidos a la conciencia en formas más sencillas de vida, como las aves o incluso las hormigas.

Pero cuanto más nos alejamos a los humanos en la escala evolutiva, los trazos de conciencia se vuelven más tenues. De lo que estamos hablando aquí es de formas de vida sintientes, no de la conciencia. Por lo tanto, no se puede equiparar la conciencia humana con la de otros animales.

Estos hechos son bien conocidos por cualquiera que tenga el más mínimo interés en la ciencia moderna, y sólo un ignorante, o alguien que quiera a toda costa ignorar los datos y defender los prejuicios religiosos y la superstición puede negarlos.

Visto desde esta perspectiva, no hay nada místico en la mente humana. Aun así, los filósofos han promovido esta confusión, distorsionando, malinterpretando e ignorando los hechos, a veces de manera consciente, en un intento de dar cancha a las ideas religiosas y místicas.

Empirismo El origen de esta confusión en la epistemología se encuentra en el siglo XVII, cuando la humanidad luchaba por zafarse del oscurantismo religioso de la Edad Media. Un paso adelante importante fue el desarrollo del empirismo en Inglaterra.

En sus primeros días el empirismo jugó un papel sumamente progresista, cuando estaba dirigido contra la Iglesia y reclamaba la libertad para la ciencia y la superioridad de la observación y la experimentación por encima de los dogmas. Los primeros empiristas (Bacon, Locke y Hobbes) eran materialistas. Como ya dijimos, su grito de guerra era “*nihil est in intellectu quod non sit prius in sensu*” (“no hay nada en la mente que no exista antes en los sentidos”).

Su insistencia en la percepción sensorial como la base de todo el conocimiento representó en su día un gigantesco paso adelante con relación a la especulación vacía de los escolásticos medievales. Preparó el terreno para la rápida expansión de la ciencia, basada en la investigación empírica, la observación y la experimentación.

Sin embargo, debido a su carácter tremendamente revolucionario, esta forma temprana de materialismo era sesgada, limitada y por lo tanto incompleta.

La afirmación de que no hay nada en el intelecto que no venga de los sentidos alberga la semilla de una idea profundamente correcta. Esto es el materialismo. Pero la unilateralidad del empirismo deja la puerta abierta al idealismo subjetivo, que niega la existencia de una realidad material independiente del observador.

Presentada de esa manera confusa, esta idea tuvo consecuencias enormemente perniciosas para el desarrollo posterior de la filosofía. Los grandes avances realizados por los primeros materialistas ingleses, Hobbes y Locke, fueron sucedidos por la obra de un epígono superficial, David Hume, que más tarde ejerció una influencia negativa sobre la filo-

sofía de Kant. El obispo George Berkeley devino el defensor más consistente de esta forma de idealismo subjetivo.

Este empirismo unilateral, es decir, este idealismo subjetivo, ha ejercido su influencia en numerosas ocasiones sobre la filosofía burguesa moderna y sobre la ciencia bajo diferentes disfraces. Una de las más perniciosas era el llamado positivismo lógico. Bajo la influencia de estas ideas, el científico austríaco Ernst Mach, sobre el que Lenin se expone en este libro, negó la existencia de los átomos, ya que no podían ser ni vistos, ni sentidos ni escuchados.

El idealismo subjetivo: una estafa filosófica Los argumentos del idealismo subjetivo parecen poseer en un primer momento una lógica incontestable, y es que, efectivamente, si uno acepta su punto de partida se vuelve imposible rebatirlos. Pero no podemos aceptar esta premisa sin caer en las contradicciones más absurdas, como descubrió el propio obispo Berkeley.

En realidad, se basan en una estafa intelectual, el equivalente filosófico de la prestidigitación de los hechiceros. El argumento parte del siguiente postulado: “conozco el mundo a través de mis sentidos.” Esta afirmación es cierta e innegable, dentro de lo que cabe. Sólo puedo conocer el mundo a través de mis sentidos. Pero como ya hemos señalado, hay que agregar otra premisa: el mundo existe independientemente de mis sentidos. De otra manera, caeríamos en las contradicciones y los absurdos más grotescos.

Toda la ciencia se basa precisamente en el hecho que

- a) el mundo existe fuera de nuestro ser, y
- b) en principio, podemos entenderlo.

La prueba de estas afirmaciones, si es que hiciera falta tal prueba, nos la ofrecen 2.000 años de avances para la ciencia, es decir, el progreso paulatino del conocimiento sobre la ignorancia.

La propia palabra ciencia viene del latín “conocer”, mientras la palabra ignorancia viene de la palabra latina para el desconocimiento. Hay, por supuesto, muchas cosas que no sabemos sobre el universo, pero toda la historia de la ciencia muestra que lo que no sabemos hoy lo sabremos mañana. Esta búsqueda constante de la verdad es la fuerza motriz de todo el progreso en el ámbito del pensamiento y las ideas.

Como dice Lenin: “...en la teoría del conocimiento, como en todos los otros dominios de la ciencia, hay que razonar dialécticamente, o sea, no suponer jamás a nuestro conocimiento acabado e invariable, sino analizar el proceso gracias al cual el conocimiento nace de la ignorancia o gracias al cual el conocimiento incompleto e inexacto llega a ser más completo y más exacto.” (V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, 1909)

El positivismo lógico El resurgimiento de ideas viejas bajo un nuevo disfraz refleja, por un lado, la crisis de la ideología capitalista, pero, por otro lado, refleja también el vacío filosófico dejado por el marxismo con su retroceso histórico durante la etapa que sigue a la Segunda Guerra Mundial.

En 1909, el libro de Lenin derribó el idealismo subjetivo de Mach y Avenarius, pero el idealismo subjetivo sigue en boga hoy en día. Expulsada por la puerta de delante con una patada en el culo, esta filosofía se coló taimadamente por la ventana trasera.



El origen físico de la conciencia (FOTO: jgmarcelino)

El idealismo subjetivo fue recuperado en la filosofía del siglo XX por la escuela de Ernst Mach y, más tarde, por el círculo de Viena (O. Neurath, Carnap, Schlick, Frank y otros) y por el positivismo lógico. En Gran Bretaña, fue defendido por el profesor A. J. Ayer, cuyo libro, *Language, Truth and Logic*, fue influyente en las universidades en los años 60.

La tesis principal del libro de Ayer es que el único conocimiento certero que tenemos es lo que él llama “contenido sensorial”. En los primeros capítulos del libro, esta tesis es desarrollada y repetida bajo diferentes formas, dando la impresión de una cadena lógica irresistible. Sin embargo, toda su argumentación colapsa en cuanto intenta explicar en qué consisten específicamente estos contenidos sensoriales.

Podemos plantear la pregunta de una manera tan sencilla que hasta un profesor universitario la podría entender:

¿Puede haber contenidos sensoriales sin ojos, oídos y un cerebro material? ¿Puede haber un cerebro material sin un sistema nervioso central y un cuerpo material? ¿Y puede haber un cuerpo material sin un medio ambiente físico que le provea de los medios de subsistencia necesarios para su existencia?

Huelga decir que ninguna de estas preguntas es respondida, ni siquiera planteada, por Ayer. Como suele suceder, el autor asume de antemano lo que tiene que ser demostrado, y a continuación ¡concluye que lo ha demostrado! Aunque parezca ‘inteligente’ y sofisticado, es una forma de pensar que es infantil en el sentido más literal de la palabra, igual que cuando un bebé llora cuando su madre sale de la habitación porque, para él, ha dejado de existir.

Estas ideas falsas y perniciosas representan el punto de vista de la intelectualidad pequeñoburguesa, para la cual todo empieza y acaba con ‘lo mío’. ‘Mi negocio, mi carrera, mi individualidad, mis sentimientos, mi opresión, mi experiencia, mi lucha contra un mundo injusto que no me entiende, y demás. Si el mundo no se ajusta a mí, algo va mal con este mundo.’

Esto resume el punto de vista de la intelectualidad pequeñoburguesa y determina toda su psicología. Por lo tanto, no resulta sorprendente que el idealismo subjetivo sea su hábitat natural filosófico. Ejerce la misma fascinación sobre el ‘pensador’ pequeñoburgués como un tarro de miel sobre una mosca.

Ahora bien, incluso desde la perspectiva de su utilidad, habría que decir que esta teoría es absolutamente inútil.

No permite que avance nuestro conocimiento ni un solo milímetro. ¿De qué le sirve a un químico en su laboratorio negar que las sustancias en su pipeta existan objetivamente, o describirlas como una simple amalgama de contenidos sensoriales?

En última instancia, tiene que seguir realizando sus experimentos para tratar de determinar en qué consiste la realidad de estos objetos ‘irreales’. Y tras una larga jornada negando la objetividad de la materia, el profesor Ayer seguramente no se negaba a comerse su cena debido a que esta no existía realmente.

No hay duda de que nuestros amigos de la escuela del positivismo lógico rechazarán nuestros argumentos bajo el epíteto del ‘realismo ingenuo’, que es como ellos llaman al materialismo. Este término lo usan abusivamente, con el objetivo de neutralizar cualquier crítica. Por lo que a nosotros respecta, preferimos valernos del mismo lenguaje sencillo que utilizó Lenin cuando se refirió a los idealistas subjetivos como idiotas. Esta es una caracterización adecuada para aquellos que plantean nociones así de ridículas y las hacen pasar por argumentos serios.

En *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin muestra que el idealismo subjetivo inevitablemente conduce al solipismo. La mayoría de positivistas lógicos intentan escamotear esta acusación, la niegan con indignación, emborronan la cuestión con su jerga complicada y sibilina o sencillamente ignoran estas alegaciones jocosamente. Pero todavía siguen sin darnos una respuesta.

El filósofo británico Bertrand Russell en una ocasión conoció a una señora en una fiesta que le dijo que ella era solipista, y se preguntaba por qué no había más gente como ella. Esta divertida anécdota muestra de manera palmaria las contradicciones del idealismo subjetivo. Sin embargo, el chiste de Russell no puede no puede resolver plenamente el problema filosófico del conocimiento. Éste debe ser respondido filosóficamente, es decir, teóricamente, como hizo Marx en sus Tesis sobre Feuerbach y Lenin más exhaustivamente en su *Materialismo y empiriocriticismo*.

Durante décadas, los defensores del positivismo lógico presentaban sus ideas como la ‘filosofía de la ciencia’. Esto es muy irónico, ya que también acusaban al materialismo dialéctico (sin el menor fundamento) de aspirar a convertirse en la ‘reina de la ciencia’.

Con el desarrollo natural de la ciencia, el apoyo abierto al idealismo subjetivo, al igual que la religión anteriormente, se vuelve cada vez más insostenible. Aunque,

paradójicamente, las ideas (o más bien, los prejuicios) del idealismo subjetivo todavía ejercen una influencia poderosa sobre las mentes de los científicos que fueron expuestos a las tonterías del positivismo lógico en sus años de estudiante y nunca se recuperan de esta experiencia.

Cómo plantearon Marx y Engels la cuestión En Ludwig Feuerbach, Engels afirma que la gran pregunta que se han hecho los filósofos, sobre todo en la época moderna, concierne la relación entre “pensar y ser”, entre “espíritu y naturaleza”. A continuación, se zambulle en una de las cuestiones más importantes en la filosofía: la teoría del conocimiento.

Él se pregunta: ‘¿Qué relación guardan nuestros pensamientos acerca del mundo que nos rodea con este mismo mundo? ¿Es nuestro pensamiento capaz de conocer el mundo real? ¿Podemos nosotros, en nuestras ideas y conceptos acerca del mundo real, formarnos una imagen refleja exacta de la realidad?’

‘Esta pregunta es contestada afirmativamente por la gran mayoría de los filósofos’, dice Engels, incluyendo no sólo a los materialistas, sino también a los idealistas más consistentes, como Hegel, que consideraba al mundo real como la realización de la mística ‘idea absoluta’. Pero añade:

‘Pero, al lado de éstos, hay otra serie de filósofos que niegan la posibilidad de conocer el mundo, o por lo menos de conocerlo de un modo completo. Entre ellos tenemos, de los modernos, a Hume y a Kant, que han desempeñado un papel considerable en el desarrollo de la filosofía...’

Por lo tanto, vemos que en realidad hay tres tendencias en la filosofía: dos que son consistentes, o monistas, el materialismo y el idealismo, y otra inconsistente que vacila entre el materialismo empirista y el idealismo subjetivo. Ésta última escuela de pensamiento encuentra su mayor desarrollo en las ideas de Immanuel Kant. Hume y Kant, los verdaderos progenitores del positivismo lógico, tendían a poner barreras entre ‘la apariencia’ y lo que aparece, entre la percepción y lo que es percibido, entre ‘la cosa para nosotros’ y la ‘cosa en sí’.

Kant aceptaba la existencia del mundo material, pero intentaba marcar una frontera entre el mundo de las apariencias y ‘la cosa para sí’, que él consideraba ser ‘incognoscible’, algo fundamentalmente diferente a la apariencia, que pertenece a un ‘más allá’ (Jenseits), inaccesible al conocimiento pero que se nos revela en la fe.

Aquí, la percepción sensorial aparece como un tercer término que separa el mundo material del sujeto receptor (el Ego). Las sensaciones aparecen como una muralla al verdadero conocimiento, en vez de ser un puente para entender y, por ende, dominar el mundo real y físico.

El truco kantiano era confundir lo incognoscible con lo incógnito. En realidad, la ‘cosa para sí’, deviene gradualmente una ‘cosa para nosotros’ a través del progreso constante de la conciencia humana, de la ciencia, la industria y la tecnología. A través de estos avances, lo que ayer era desconocido se vuelve conocido hoy, o lo será el día de mañana.

Para los marxistas, las ideas humanas y los conceptos no son más que reflejos del mundo material, en última instancia. La verdad de estos reflejos ha de ser demostrada, y, de ser necesario, las ideas deben de ser reajustadas, en base a la actividad humana.

El punto de vista materialista El materialismo primigenio, mecánico, era incapaz de resolver este problema y alcanzar una comprensión científica de la relación real entre sujeto y objeto. Este es el tema que trata Marx en sus Tesis sobre Feuerbach. Este materialismo temprano se veía limitado por el nivel de la ciencia de la época, que tenía un carácter rígido y mecánico (Engels habla de su ‘punto de vista metafísico’, aunque hoy en día utilizamos el término metafísica de manera diferente).

La mecánica ve la relación entre sujeto y objeto de manera simplista, estática y unilateral: empujar, tirar, palancas y poleas, etc. Todo movimiento viene así de fuera. El mundo mecánico de Newton necesitaba un ser Todopoderoso que le diera su primer impulso para ponerlo en movimiento, y, una vez hecho esto, todo funcionaba a la perfección, con la precisión de un reloj, en una relación pasiva y unilateral.

En este universo-reloj, hay poco espacio para la actividad subjetiva y para la iniciativa creadora, estado todas las acciones predeterminadas por las Leyes Eternas de la Naturaleza.

Por otro lado, los idealistas exageraban el papel del sujeto, viéndolo como omnipotente, deduciendo incluso la existencia del objeto a través del sujeto. La concepción de la actividad del sujeto fue contenida y desarrollada por el idealista objetivo Hegel. A eso se refería Marx cuando decía que el elemento subjetivo era desarrollado por los idealistas, no por los materialistas. La clave para resolver el problema estaba en ligar los dos elementos, el concepto de la actividad del sujeto de los idealistas y la noción de la objetividad del mundo material.

Se puede responder fácilmente a los argumentos del idealismo subjetivo, así como al problema del sujeto-objeto, si partimos desde la perspectiva de la práctica y abordamos la teoría del conocimiento desde un punto de vista histórico concreto, y no desde la abstracción vacía y estática, como explicó Marx en la segunda de sus Tesis sobre Feuerbach:

‘El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico.’

Al final, la verdad del materialismo la demuestra la misma historia de la ciencia. La humanidad no se dedica sencillamente a contemplar la naturaleza, sino que la transforma activamente, y es en esta actividad productiva incesante donde se demuestra lo correcto o incorrecto de las ideas, como explica Engels:

‘La refutación más contundente de estas extravagancias, como de todas las demás extravagancias filosóficas, es la práctica, o sea, el experimento y la industria. si po-

demos demostrar la exactitud de nuestro modo de concebir un proceso natural reproduciéndolo nosotros mismos, creándolo como resultado de sus mismas condiciones, y si, además, lo ponemos al servicio de nuestros propios fines, damos al traste con la “cosa en sí” inaprensible de Kant. Las sustancias químicas producidas en el mundo vegetal y animal siguieron siendo “cosas en sí” inaprensibles hasta que la química orgánica comenzó a producirlas unas tras otras; con ello, la “cosa en sí” se convirtió en una cosa para nosotros.’ (Friedrich Engels, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, 1886)

Una época de declive En su etapa de ascenso histórico, la burguesía jugó un papel sumamente progresista, no sólo a la hora de desarrollar las fuerzas productivas (y por tanto de aumentar poderosamente el poder de la humanidad sobre la naturaleza), sino también en el impulso que dio a la ciencia, el conocimiento y la cultura.

Lutero, Michelangelo, Leonardo, Dührer, Kepler, Galileo y muchos otros pioneros de la civilización conforman hoy una galaxia brillante que ilumina las amplias alamedas de desarrollo cultural y científico abiertas por la Reforma y el Renacimiento.

En su juventud, la burguesía fue capaz de producir grandes pensadores: Locke, Hobbes, Kant, Hegel, Adam Smith y Ricardo. En su fase de declive, sólo es capaz de generar domadores de pulgas.

La última gran oleada de ideas de esta clase vino en los años 70, 80 y 90, como reacción a las derrotas de diversas revoluciones a escala mundial – un proceso cuyo momento culminante fue el colapso de la Unión Soviética. Esto condujo al auge de la escuela posmoderna, que abarcaba la filosofía posmoderna, el posestructuralismo, el poscolonialismo, la teoría queer y todo tipo de teorías basadas en la política de identidad.

Pero mientras que Mach y Avenarius, como Lenin demostró genialmente, eran copias baratas de Berkeley, Kant y Hume, los sabios posmodernos de nuestro día son copias baratas de una copia barata. Desesperados por parecer originales, y esforzándose por esconder su incompetencia, embuten sus obras con un lenguaje incomprensible, confuso e deliberadamente ambiguo.

Dicen que no hay nada nuevo bajo el sol. Esta afirmación se ve corroborada por toda la historia de la filosofía burguesa de nuestra época. Todas las escuelas filosóficas de los últimos 150 años es básicamente un refrito, de una manera u otra, de las ideas irracionales del idealismo subjetivo – la corriente más cruda, más absurda e inútil del idealismo.

La reciente moda posmoderna es sencillamente una variante de esto. Ha servido para confundir y desorientar a toda una generación de estudiantes de filosofía en las universidades, que imaginan que han descubierto algo nuevo, cuando en realidad se dedican a repetir los absurdos de filosofías anteriores, que fueron desmontadas de arriba abajo por Lenin ya en 1908. Aquí tenemos la prueba más contundente de la verdad de la famosa afirmación de Marx de que “el ser social determina la conciencia”.

La degeneración de la filosofía burguesa es un reflejo del callejón sin salida del propio sistema capitalista. Un

sistema que se ha vuelto irracional debe sostenerse sobre ideas irracionales. En su intento de mantener su posición, la burguesía se ha tornado en contra de su pasado revolucionario. Volteándose contra las mejores tradiciones de la Ilustración, el capitalismo se aferra como clavo ardiendo a los descendientes modernos del misticismo feudal y del escolasticismo.

Una persona que está al borde de un precipicio no es capaz de pensar racionalmente, y, de forma confusa, los ideólogos de la burguesía sienten que el sistema que defienden está en las últimas. La difusión de corrientes irracionales, del misticismo y el fanatismo religioso son reflejos de una misma tendencia.

Hoy en día, los idealistas subjetivos son obligados en plena retirada a librar una batalla desesperada, que conduce a la liquidación total de la filosofía, reduciéndola a la semántica (el estudio del significado de las palabras).

Las discusiones interminables sobre los significados y sobre la semántica y las peleas sobre minucias del significado se parecen a los debates interminables de los escolásticos medievales sobre temas tan apasionantes como si los ángeles tienen sexo y cuántos podrían bailar sobre una chincheta. El problema es que en su obsesión con las formas, se olvidaron totalmente de los contenidos. Mientras que se respetaran las formas, los contenidos podían ser tan absurdos como uno quisiera.

Marx dijo una vez: ‘la filosofía y el estudio del mundo real tienen la misma relación que el onanismo y el amor sexual.’ (Karl Marx y Friedrich Engels, La ideología alemana). La filosofía burguesa moderna prefiere aquél antes que éste último. En su obsesión de combatir el marxismo (y el materialismo en general), ha arrastrado a la filosofía de vuelta al peor de sus pasados, el más estéril y manido.

El hecho de que todos estos juegos de palabras puedan ser motejados filosofía pone de manifiesto cuánto ha degenerado el pensamiento burgués moderno. Hegel escribió en La fenomenología del espíritu:

‘Por lo poco que el espíritu necesita para contentarse, puede medirse la extensión de lo que ha perdido.’

Eso sería un buen epitafio para la filosofía burguesa tras la época de Hegel y Marx.

En el periodo actual, el honor de ir contracorriente, de combatir el pensamiento místico e irracional, recae sobre los hombros de la vanguardia de la clase obrera, de los marxistas. Para citar nuevamente a Joseph Dietzgen: ‘La filosofía no es una ciencia, sino una salvaguarda contra la socialdemocracia.’ (En aquellos días los marxistas eran conocidos como socialdemócratas.)

Y agregó: ‘No resulta sorprendente que los socialdemócratas tengan su propia filosofía.’ Esa filosofía, la filosofía del marxismo, se llama materialismo dialéctico, y sigue siendo una de las armas más importantes en nuestro arsenal revolucionario.

Cualquiera que quiera entender cómo utilizar esta arma correctamente debe considerar su deber no sólo leer, sino estudiar detenidamente, uno de los textos fundamentales de todo el arsenal del pensamiento marxista, Materialismo y empiriocriticismo.

Londres, 16 de diciembre de 2020 ★

El mito de Gramsci el "occidental". Hegemonía, guerra de movimiento y de posición: ¿qué queda de Gramsci en el "gramscismo"?

Francesco Giliani (Sinistra Classe Rivoluzione, Italy)

El 21 de enero de 2021 se conmemoró el centenario de la fundación del Partido Comunista de Italia. Para enmarcar este acontecimiento, publicamos la traducción de un artículo de Francesco Giliani, que aborda los Cuadernos de la prisión de Antonio Gramsci y cómo se ha abusado del autor por parte de quienes reclaman hablar en su nombre. Puedes leer el original en italiano aquí.

“Los partidos estalinistas actuales son organismos conservadores, que quieren imponer su autoridad y lide-

razgo a priori, suprimiendo cualquier aceptación consciente y espontánea del principio de autoridad y dictadura dentro del partido y del movimiento obrero.

“En toda la obra de Gramsci y en todo el pensamiento revolucionario de Gramsci, los dos términos: libertad y dictadura, autoridad y conciencia no están nunca separados y opuestos formalmente, sino que encuentran un vínculo vivo y dialéctico, un vínculo que el partido comunista estalinizado ha destruido completamente, sustituyendo la

concepción del comunismo crítico por una concepción burocrática e idealista de la dirección del partido”.

(A. [Alfonso Leonetti], «Gramsci: L' Ufficio del Partito», La Verità, Parigi, n. 2, abril 1934)

Introducción El destino póstumo de Gramsci es un caso particular y discordante de embalsamamiento del pensamiento político de un comunista. Pocos de la izquierda lo critican, incluso entre los reformistas más inveterados. Suerte contraria a la de Lenin, tan intensamente presente en la formación gramsciana. Así, el “gramscismo” se ha convertido en una ideología reformista.

El debate interpretativo sobre el significado de los Quaderni del carcere (Cuadernos de la cárcel) es la clave para entender porqué Gramsci no ha sido purgado formalmente por los intelectuales y líderes de una izquierda que ha degenerado profundamente a nivel ideológico y se ha obsesionado, en las décadas posteriores, por el deseo de considerar “perros muertos” a su vez un Lenin “demasiado jacobino”, un Marx “liberado de la utopía”, un Engels “positivista”, etc.

Los Cuadernos pocas veces se han leído por lo que son. Desde el período siguiente al final de la Segunda Guerra Mundial, han sido presentados y recopilados con mucho cuidado para acreditar culturalmente numerosos giros a la derecha de la política del PCI [1]. Desde el “giro de Salerno” de Togliatti de 1944, con el que el PCI abandonó el principio antimonárquico y entró en el gobierno de Badoglio, hasta el “compromiso histórico” con los demócratas cristianos propuesto por el entonces secretario del PCI, Enrico Berlinguer, en los años setenta. En aquellas circunstancias, cuando el grupo dirigente del PCI se presentaba de forma más abierta como el “partido de la nación” y no como una fuerza de clase, también crecía la necesidad de acreditar su posición de acuerdo con la tradición comunista, sobre todo para debilitar cualquier desbordamiento de masas por su izquierda. Era la “duplicidad” de Togliatti.

De todas formas, todavía en los años ochenta en las masivas manifestaciones del partido se cantaba a menudo un eslogan: “Viva el gran partido comunista / de Gramsci, Togliatti, Longo y Berlinguer”. Incluso en el momento más álgido del largo viaje para acreditarse con la burguesía italiana como gestor “responsable” y racional de las contradicciones de la sociedad capitalista, el equipo de dirección del entonces PCI (Natta, Occhetto, D'Alema, etc.) nunca condenó a Gramsci. Como máximo, podía pasar que Gramsci, en medio de ríos de elogios, fuera descrito como “demasiado fundamentalista”, tal como hizo Alessandro Natta, entonces secretario del PCI, en 1987 [2]. Esto se mantuvo incluso después de la disolución del PCI y del nacimiento del Partido Demócrata de Izquierda (1991) e incluso después de la fundación del PD (2007).

Todavía hoy, en el Comité de Sabios de la Fundación Gramsci podemos encontrar políticos reformistas y liberales ex PCI, que serán recordados por las políticas contra los trabajadores y la privatización de los bienes públicos y del Estado del Bienestar que han llevado a cabo en las últimas décadas. ¿Algunos nombres? Pierluigi Bersani, Gianni Cuperlo, Massimo D'Alema, Vasco Errani, Piero Fassino, Anna Finocchiaro, Giorgio Napolitano, Achille

Occhetto, Ugo Spasetti, Aldo Tortorella, Livia Turco, Walter Veltroni, Luciano Violante ...

Los intelectuales orgánicos de la dirección del PCI consideraron a Gramsci como “cosa suya”. Siempre fueron “justificadores” ante las contradicciones más evidentes entre los escritos del comunista sardo y la línea adoptada en las décadas siguientes por el PCI. Incluso historiadores de un cierto valor, como Paolo Spriano, defendieron encarnizadamente la continuidad entre Gramsci y Togliatti, incluso a costa de dejar de lado temporalmente el uso de un método de investigación riguroso [3]. Un ejemplo de esta tendencia, política y psicológica al mismo tiempo, fue la respuesta evasiva de los intelectuales del PCI cuando, en la conferencia organizada en 1977 por el 40º aniversario de la muerte de Gramsci, académicos del área socialista (Norberto Bobbio, Massimo Salvadori) rasgaron parcialmente el velo sobre Gramsci, que se había sido convertido en el “noble padre” del “compromiso histórico”, pidiendo al PCI que abandonara al comunista sardo por ser inconciliable con la vía reformista de Enrico Berlinguer. Pero en ese momento todavía había una capa consistente de duplicidad en el PCI: ciertas cosas se hacían, pero no tenían que decirse.

Tras el colapso del estalinismo en 1989-1991, los “gramscianos” de la academia tomaron el relevo de los “gramscianos” de la órbita del PCI, a menudo los últimos se convirtieron en los primeros. Gramsci se transformó plenamente en un intelectual con rasgos académicos. Un sacerdote del poder taumatúrgico del lenguaje y la escritura. El comunista Gramsci, un hombre de partido y vinculado a las vanguardias obreras de Turín, el único que conocemos, quedó eclipsado por un intelectual etéreo capaz de refinar el marxismo -que, entre los académicos, se considera burdo a priori- en un instrumento sofisticado de análisis cultural, naturalmente sin ningún objetivo de transformación revolucionaria de la realidad, y todavía menos de relación con la clase obrera.

Esta operación político-cultural, para decir la verdad, ya tuvo una poderosa anticipación en los años sesenta y setenta, cuando el archipiélago académico del “marxismo occidental” [4] convirtió a Gramsci en una de sus referencias, frente al “marxismo oriental”, una forma de pensamiento por definición de las áreas socioeconómicas atrasadas de las que el mejor intérprete habría sido Lenin, o una esencia llamada “leninismo”, pero en realidad calcada del estalinismo y obsesionada con tomar el poder sólo con la fuerza militar. La tesis, que debió parecer original para muchos “buscadores de novedades”, ya había sido formulada en sus líneas esenciales por el reformista socialista Filippo Turati y por la socialdemocracia internacional entre finales de los años 1910 y principios de los años veinte.

En resumen, salvar a Gramsci de Lenin y de la Revolución de Octubre ha sido, durante décadas, el grito de batalla de multitud de intelectuales y profesores situados de manera diversa en el campo de la izquierda reformista, a menudo antiguos estalinistas pero también de origen “movimentista”.

La interpretación de los conceptos gramscianos de hegemonía y del binomio guerra de posición / guerra de movimiento constituye, en la reflexión sobre los Cuadernos,

el punto focal utilizado para la transformación de Gramsci en un vago y refinado defensor de una lucha democrática y cultural para transformar la sociedad capitalista desde dentro, y quizás también el alma humana. Pero este Gramsci, "el suyo", un verdadero reformista, no existió nunca. A pesar de todas las fluctuaciones y todos los errores de Gramsci, siempre se mantuvo como un comunista.

Al frente del partido: Gramsci entre la "bolchevización" y las Tesis de Lyon (1924-1926) Para una comprensión completa de las tesis presentadas por Gramsci en los Cuadernos, es particularmente necesario recordar su evolución política en los años inmediatamente anteriores a su detención. Nos referimos, en particular, al período (1924-1926) durante el cual Gramsci estuvo al frente del joven Partido Comunista de Italia (PCd'I).

En junio de 1923, Gramsci creyó aún necesario hacer un bloque junto con la izquierda de Amadeo Bordiga contra la derecha del partido dirigida por Angelo Tasca, que creía que expresaba una tendencia a la liquidación y la conciliación con los líderes reformistas de la CGL (el sindicato mayoritario, NdT). Aunque nunca adoptó una visión coincidente con la de Bordiga, Gramsci se opuso, junto con la dirección del PCd'I, al frente único y al eslogan del gobierno obrero y campesino, a las principales elaboraciones tácticas del III y IV Congreso de la Internacional Comunista (IC).

No obstante, ya en aquella época, Gramsci tenía una cierta comprensión de los límites de una política basada únicamente en la propaganda y en la esperanza de que el partido se pudiera beneficiar de la decepción de los trabajadores con las políticas reformistas del PSI y de los líderes de la CGL. Además, la pasividad política del PCd'I bordiguista durante la crisis del régimen político liberal era evidente, por ejemplo en el abstencionismo con motivo del auge del movimiento "Arditi del popolo" [5]. La IC, en varias ocasiones, criticó duramente el mero propagandismo de la sección italiana.

La dirección del PCd'I, que defendía el principio del abstencionismo en las elecciones, sólo por disciplina internacional había aceptado participar en las elecciones,

pensadas para la IC leninista como foro de propaganda para las ideas revolucionarias. Por otra parte, Bordiga y sus seguidores rechazaron en principio cualquier táctica que, con el objetivo de ganar a la mayoría de los trabajadores organizados, incluyera la posibilidad de una unidad de acción para promover objetivos parciales con otras organizaciones políticas del movimiento obrero.

La IC criticó duramente esta línea, condensada en las tesis de Roma, aprobadas en el II Congreso Nacional del partido celebrado en 1922. En una carta de marzo de 1922 del Presidium de la IC al Comité Central del PCd'I, inspirada por Trotsky y Radek, se lee:

«Invitamos al PCI a luchar por la disolución de la Cámara para establecer un gobierno obrero. Al establecer un programa mínimo para las demandas que debe llevar a cabo el gobierno obrero, los comunistas deben declararse dispuestos a formar un bloque con el partido socialdemócrata y darle apoyo, en la medida que defienda los intereses de la clase trabajadora. Si el PSI acepta, comenzarán las luchas que pasarán del terreno parlamentario a otros campos. Esta es la respuesta a la objeción según la cual el eslogan del gobierno obrero no significa nada más que una combinación parlamentaria. Si el PSI rechaza nuestra propuesta, las masas se persuadirán de que les hemos mostrado un camino concreto y que, por el contrario, el PSI no sabe qué hacer». [6]

Finalmente, en septiembre de 1923, Gramsci abandonó su oposición a la política del frente único y a la consigna del gobierno obrero y campesino [7]. Su estancia en Moscú, donde pudo confrontarse sistemáticamente con los líderes bolcheviques, incluido Trotsky, jugó sin duda un papel en este cambio de posición.

Pocos meses después, fue más allá y reconoció un valor universal a las tácticas del frente único, y no limitadas a ciertas áreas geográficas o socioeconómicas del planeta:

«En primer lugar, porque la concepción política de los comunistas rusos se formó a nivel internacional y no nacional; en segundo lugar, porque en la Europa central y occidental el desarrollo del capitalismo ha determinado no sólo la formación de grandes estratos proletarios, sino que también ha creado un estrato superior, la aristocra-



cia obrera con sus anexos de burocracia sindical y grupos socialdemócratas. La determinación, que en Rusia fue directa y lanzó a las masas en la calle al asalto revolucionario, en Europa central y occidental se complica con todas estas superestructuras políticas, creadas por el mayor desarrollo del capitalismo, y hace que la acción de las masas sea más lenta y prudente y, por tanto, demanda al partido revolucionario toda una estrategia y tácticas mucho más complejas y largas que las que fueron necesarias para los bolcheviques en el período comprendido entre marzo y noviembre de 1917.”[8]

Esta evolución de Gramsci hacia las posiciones del bolchevismo tuvo lugar en un momento concreto. Primero, en diciembre de 1923 comenzó la batalla de la Oposición de Izquierda de Trotsky contra la burocratización del partido y del Estado soviético. Como reacción, se formó un bloque entre Zinoviev, Kamenev y Stalin.

Gramsci también demostró estar al corriente del aspecto ideológico del debate en curso en la URSS, que oponía Trotsky a la doctrina antimarxista del “socialismo en un solo país” formulada por Stalin en enero de 1924. Al principio, Gramsci también parecía demostrar una cierta simpatía por las tesis de la oposición:

“Se sabe que en 1905 Trotsky ya creía que se podía producir una revolución socialista y obrera en Rusia, mientras que los bolcheviques sólo tendían a establecer una dictadura política del proletariado aliado a los campesinos, que sirviese como almacén para el desarrollo del capitalismo, que no debía ser afectado en su estructura económica. También se sabe que en noviembre de 1917 (...) Lenin y la mayoría del partido se habían pasado a la concepción de Trotsky y tenían la intención de cambiar no sólo el gobierno político, sino también el gobierno industrial.”[9]

Los conflictos estallaron también en la IC. Tras el fracaso de la insurrección de octubre de 1923 en Alemania, Trotsky previó una relativa estabilización del capitalismo. En cambio, las predicciones de Stalin y Zinoviev, que no reconocían la derrota sufrida en Alemania, eran de una revolución inminente. Al V congreso de la IC, junio de 1924, se excluyó la aplicación de la táctica del frente único, a excepción de su aplicación en forma de ultimátum “desde abajo”:

“La táctica del frente único adquiere su significado más apropiado cuando se crea el frente único bajo el liderazgo comunista entre obreros comunistas, socialdemócratas y obreros sin partido de la fábrica, en el comité de empresa, en el sindicato” [10].

En la práctica, esto suponía una invitación a los trabajadores socialistas a dejar su partido. El frente único se redujo así a un ultimátum ineficaz y los líderes reformistas podían presentarlo a los trabajadores que todavía los seguían como una especie de engaño inventado por los comunistas.

En aquellos años tumultuosos de revolución y contrarrevolución, los acontecimientos se sucedieron a un ritmo infernal. En la primavera de 1924, tras el asesinato del diputado del Partido Socialista Unitario (PSU) [11] Giacomo Matteotti por sicarios fascistas bajo las órdenes de Mussolini, el país entró en una fase de fuerte lucha política.

Las masas entraron en fermento y todavía los fascistas no habían consolidado su ascenso al poder.

Casi al mismo tiempo, la IC situó al frente del partido a Gramsci y a un pequeño grupo de cuadros que maduró con él desde los años del “bienio rojo” [12]. Aquel grupo dirigente, aunque minoritario en el partido, fue puesto al mando por una maniobra de la IC, incapaz de discutir políticamente con la dirección bordiguista. Aquel acto constituyó una ruptura con la tradición política leninista de los primeros años de la Internacional Comunista. En cierto sentido, fue el bautizo, en Italia, de los métodos zinovievistas que dominaron la fase de la llamada “bolchevización” de los partidos comunistas. A pesar de su nombre, la “bolchevización” no fue ciertamente la asimilación de lecciones de la historia del bolchevismo y de la Revolución Rusa, sino más bien una tendencia a resolver cuestiones políticas recurriendo a medios organizativos. Fue una etapa, la primera, de la degeneración de la IC.

La prueba de que el grupo de Gramsci era clara minoría dentro del partido se manifestó en la conferencia extraordinaria de Como, celebrada en mayo de 1924. Estaban presentes los secretarios interregionales y provinciales y los miembros del Comité Central. Había 3 documentos en discusión: uno de la derecha de Tasca, uno del centro presentado por Gramsci y uno de la izquierda firmado por Bordiga. A favor de Bordiga votaron 33 secretarios provinciales de 45, 4 secretarios interregionales de 5, el representante de la juventud comunista y un miembro del Comité Central (CC). Tasca obtuvo el voto de cinco secretarios provinciales, un interregional y cuatro miembros del CC. Gramsci la de 4 secretarios provinciales y 4 miembros del CC.

Aquel voto deslegitimaba el centro de Gramsci. Después de un resultado así, Gramsci y los suyos no pensaron en cuestionarse nada, considerando la imposibilidad de dirigir un partido comunista sin una línea compartida por el cuerpo militante. Por otra parte, esto estaba en consonancia con el método de construcción de los grupos dirigentes defendido por Zinoviev, entonces secretario de la IC. Mantenido en el tiempo, este método de liderazgo sólo puede facilitar el desarrollo de una burocracia dentro del partido.

Trotsky definió la “bolchevización” en estos términos: «La “bolchevización” de 1924 tenía un carácter absolutamente caricaturesco. Se apuntaba con una pistola a la sien de los miembros de los órganos de dirección de los PC exigiéndoles que tomaran una posición sobre las divergencias en el PC de la URSS; se les exigía que, sin información, sin debate, tomaran una posición inmediata y definitiva sobre las diferencias existentes en el PC de la URSS. Con ello, sabían de antemano que de la posición adoptada dependía de si podían permanecer o no en la Internacional Comunista.”[13]

El partido italiano se reorganizó directamente desde Moscú. Después del V congreso de la Internacional, el CC se aumentó hasta 17 miembros: 9 del centro del partido, 4 de la derecha y 4 “terzini”, o miembros de una corriente del PSI liderado por Giacinto Serrati que en aquel año se fusionó con el PCd’I. Se dejó fuera a la izquierda de Bordiga.

En abril de 1925 nació un Comité de Coordinación para vincular todos los elementos de la corriente de izquierdas. El centro del partido se enfureció y eliminó a todos sus miembros de sus posiciones de dirección. Bruno Fortichiarri, entre otros, fue destituido como secretario de la federación de Milán. Las posiciones divergieron aún más cuando Bordiga se posicionó abiertamente por la Oposición en el debate en la URSS, en un artículo titulado “La cuestión de Trotsky” que, escrito en febrero de 1925, fue bloqueado durante meses por la dirección del partido y publicado después por “L’Unità” sólo en julio. En esta disputa, Gramsci se posicionó junto con la mayoría del partido soviético. En un informe al CC del febrero de 1925, afirmaba:

«La moción también debería decir cómo las opiniones de Trotsky y sobre todo su actitud representan un peligro, ya que la falta de unidad del partido en un país donde sólo hay un partido divide el Estado. Esto produce un movimiento contrarrevolucionario; lo que no significa, sin embargo, que Trotsky sea un contrarrevolucionario: en ese caso deberíamos pedir su expulsión”. [14]

¿Cómo actuó en la crisis Matteotti de 1924-1925, aquel PCd’I dirigido por Gramsci y en proceso de “bolchevización”? El abandono de las tácticas del frente único decidido por el V congreso de la IC provocó errores y desbarajustes.

En primer lugar, la iniciativa estaba en manos de las fuerzas liberales y reformistas. El 14 de junio, los diputados de los partidos de la oposición decidieron dejar de participar en los trabajos parlamentarios y formaron el Comité de la Oposición. Comenzó el Aventino, es decir, el boicot al trabajo parlamentario combinado con un llamamiento al rey para frenar el ascenso del fascismo. En este bloque, formado por la mayoría de las oposiciones burguesas, además de maximalistas y reformistas, el PCd’I también participó en un principio. El Comité de la Oposición era un movimiento democrático y legalista. Por miedo a las acciones de masas, rechazó la propuesta comunista de una huelga general: el rey y el poder judicial deberían destituir a Mussolini, pero no tenían la más mínima intención y no lo hicieron.

El grupo parlamentario del PCd’I abandonó aquel comité y, cuando la CGL anunció una huelga de 10 minutos el 27 de junio, los comunistas fueron los únicos que llamaron a una huelga general durante todo el día.

Después de dejar el bloque Aventino, el PCd’I utilizó sin miedo la tribuna parlamentaria, pero en general adoptó una posición incierta. Su consigna: “¡Fuera el gobierno de los asesinos!”, no dejaba claro qué gobierno debía sustituir al fascista. Esta indecisión, de hecho, tendía la mano al Comité de la Oposición.

La evolución posterior se materializó el 15 de octubre de 1924, en la propuesta del CC de lanzar la fórmula del “anti-parlamento”, es decir, transformar el Aventino en una asamblea parlamentaria de la oposición:

“El Partido Comunista cree que la reunión de los grupos parlamentarios de la oposición en una asamblea convocada en base al reglamento parlamentario, como Parlamento opuesto al Parlamento fascista, tendría un valor muy diferente de la abstención pasiva porque ampliaría la crisis y volvería a poner en marcha a las masas, condición

esencial para una lucha efectiva contra el fascismo. Por lo tanto, invita a la oposición a convocar esta asamblea.”[15]

La propuesta fue naturalmente rechazada por todas las demás partes. La propuesta lanzada por el PCd’I intentó huir de la pasividad del Aventino, pero lo hizo con una formulación que se abrió a la colaboración entre los partidos que representaban clases diferentes y antagónicas; además, esta unidad, si se hubiera conseguido, no habría hecho desaparecer las ilusiones de las masas en la opción democrática, ni habría separado los trabajadores que seguían el PSI y el PSU de sus líderes.

El mismo otoño, el PCd’I lanzó campañas nacionales para fortalecer la Asociación Nacional de Defensa entre los Campesinos, liderada por el partido y contraria a Federterra, una organización de masas dirigida por los socialistas. En las fábricas, se practicó la misma línea de actuación a través de los Comités de Agitación para la Unidad Proletaria, de hecho alternativos a los sindicatos existentes. El fracaso de estos dos intentos de un frente único “desde abajo” fue una oportunidad perdida, al menos para acercar un sector de las masas socialistas. Estas, de hecho, fueron mantenidas pasivas con dificultades por la línea “aventiniana” de capitulación ante los liberales practicada por sus líderes.

La propuesta de un “anti-parlamento”, sin embargo, se continuó reivindicando, incluso en las tesis de Lyon de 1926, como ejemplo de aquellas “soluciones intermedias a los problemas políticos generales” que el partido debería haber utilizado en el terreno agitativo para “poder establecer un puente hacia las consignas del partido” [16]. Si, formalmente, la formulación del problema era sustancialmente correcta, la confusión surgió en su aplicación y se amplió con el enfoque de la táctica seguida por los bolcheviques hacia el gobierno de Kerensky con motivo del intento de golpe de Kornilov (agosto de 1917) [17].

En junio de 1925, cuando Mussolini había recuperado el control de la situación, el PCd’I propuso la confusa consigna de una “Asamblea republicana basada en los comités de trabajadores y campesinos”. La fórmula fue criticada por Trotsky, tanto en la correspondencia con el grupo bordiguista Prometeo como con Pietro Tresso, Alfonso Leonetti y Paolo Ravazzoli, los tres miembros del Buró Político de PCd’I expulsados en 1930 por trotskistas:

“Ustedes me recuerdan que entonces critiqué la fórmula “Asamblea republicana basada en los comités de trabajadores y campesinos”, una fórmula lanzada entonces por el partido comunista italiano. Me recuerdan que esta fórmula sólo había tenido un valor totalmente episódico y que actualmente se ha abandonado. Sin embargo, quiero explicarles porqué considero que esta fórmula es errónea o al menos equívoca como fórmula política. La “Asamblea Republicana” constituye innegablemente un organismo del Estado burgués. ¿Qué son los “Comités de Trabajadores y Campesinos”? es evidente que de alguna manera son un equivalente de los soviets obreros y campesinos. Entonces hay que decirlo. Como organismos de clase de las masas obreras y campesinas pobres, tanto si los llaman soviets o comités, constituyen seguramente organizaciones de lucha contra el Estado burgués para convertirse después en organismos insurreccionales y finalmente ser transformados,



Congreso de Livorno, 1921

tras la victoria, en organismos de la dictadura proletaria ¿Cómo es posible en estas condiciones que una asamblea republicana - el órgano supremo del Estado burgués - tenga como base los organismos del Estado proletario?"[18]

Estas oscilaciones se acompañaron, en la parábola gramsciana, con una acomodación con la declinación más tendente al oportunismo de la línea impulsada por Zinoviev y Stalin en la IC. El caso del Comité Anglo-Ruso, formado entre los sindicatos rusos y británicos con el objetivo de crear un escudo protector adicional para la URSS, lo demostró claramente.

De hecho, incluso después de la traición de la huelga general de mayo de 1926 por parte de los líderes sindicales británicos, Gramsci creyó que se debía salvaguardar este bloque:

“Creo que, a pesar de la indecisión, la debilidad y, si se quiere, la traición de la izquierda británica durante la huelga general, se debería mantener el Comité Anglo-Ruso porque es el mejor terreno para revolucionar no sólo el mundo sindical inglés, sino también los sindicatos de Amsterdam.”[19]

Trotsky, en cambio, criticó a la dirección del PCUS y de la IC ya que, en mayo de 1926, “era necesario seguir el ritmo de las fuerzas más activas del proletariado británico y, en ese momento, romper con el “General Council” como traidor a la huelga general”. [20]

Marcado por la “cicatriz” de la llamada bolchevización, en 1925-1926 el PCd’I todavía no era un partido estalinizado. Lo acreditan las tesis preparadas para el III congreso, celebrado clandestinamente en enero de 1926 en Lyon, Francia.

Cabe señalar que aquellas tesis, que obtuvieron el 90% de los votos de los delegados contra el 10% de la izquierda, también se impusieron con métodos organizativos y burocráticos. Por ejemplo, todos los miembros que no votaban por la izquierda, se contaban como votos para la dirección.

Sin embargo, algunos puntos estratégicos fundamentales para un partido comunista revolucionario fueron fuertemente defendidos en estas tesis.

La tesis número 4, por ejemplo, aclaró la naturaleza de la futura revolución italiana y su principal motor:

“El capitalismo es el elemento predominante en la sociedad italiana y la fuerza dominante para determinar su desarrollo. De este hecho fundamental se deriva la consecuencia de que en Italia no hay otra posibilidad de revolución que la revolución socialista. En los países capitalistas, la única clase que puede llevar a cabo una transformación social real y profunda es la clase trabajadora”. [21]

Las perspectivas igualmente correctas sobre el movimiento de masas que podría haber derribado al fascismo definían una línea opuesta al “giro de Salerno” impuesto al partido por Stalin y Togliatti en 1944:

“La posibilidad de derribar el régimen fascista por la acción de grupos antifascistas autodenominados democráticos sólo existiría si estos grupos consiguiesen, neutralizando la acción del proletariado, controlar un movimiento de masas hasta el punto de poder frenar su desarrollo. La función de la oposición democrática burguesa, por otra parte, es colaborar con el fascismo para evitar la reorganización de la clase trabajadora y la realización de su programa de clase. (...) la oposición podrá volver a protagonizar la defensa del régimen capitalista sólo cuando el movimiento fascista no consiga evitar el desencadenamiento de los conflictos de clase y el peligro de una insurrección proletaria y de su soldadura con una guerra campesina sean graves e inminentes”. [22]

Este papel de defensa del régimen capitalista, en 1943-1948, será asumido no sólo por las corrientes burgueses liberales, sino también –y esto fue decisivo para desorientar y desviar el empuje revolucionario de las masas– por los líderes del PCI y del PSI. Este peligro, identificado en las Tesis de Lyon por el posible crecimiento de una “tendencia de derechas” en el partido, también se comprendió y anticipó, aunque ciertamente no fuera posible predecir en 1926 el alcance que tendría durante 1943-1948:

“La misma comprensión que ejerce el fascismo tiende a alimentar la opinión de que, dado que el proletariado no es capaz de derribar rápidamente el régimen, es una táctica mejor la que conduce, si no a un bloque burgués-proletario para la eliminación constitucional del fascismo, a una pasividad de la vanguardia revolucionaria, a una no-intervención activa del partido comunista en la lucha política inmediata, para permitir a la burguesía utilizar al

proletariado como masa de maniobra electoral contra el fascismo. Este programa incluye la fórmula que el Partido Comunista debe ser la “izquierda” de una oposición de todas las fuerzas que conspiran para derrocar al régimen fascista. Es la expresión de un profundo pesimismo sobre las capacidades revolucionarias de la clase trabajadora”. [23]

La misma fórmula de gobierno obrero y campesino, tal como fue redactada por el IV congreso de la IC de 1922, se puso finalmente en el foco, al menos en términos teóricos:

“Todas las agitaciones particulares que lleva a cabo el partido y las actividades que realiza en todas las direcciones para movilizar y unificar las fuerzas de la clase trabajadora deben converger y resumirse en una fórmula política fácil de comprender para las masas y que tenga el máximo valor de agitación hacia ellas. Esta fórmula es la del “gobierno obrero y campesino”. Señala, incluso a las masas más atrasadas, la necesidad de la conquista del poder para la solución de los problemas vitales que les interesan, y proporciona el medio para llevarlas al terreno que pertenece a la vanguardia proletaria más avanzada (Luchar por la dictadura del proletariado). “[24]

En este caso, sin embargo, la práctica fluctuante del partido durante la fase de la crisis Matteotti tiene su origen en una cierta confusión en la definición concreta de esta consigna. La tesis, de hecho, continuaba así:

“En este sentido, es una fórmula de agitación, pero no se corresponde con una fase real del desarrollo histórico, excepto de la misma manera que las soluciones intermedias a que se refería el número anterior [el “antiparlamento”], para continuar después con una definición general más correcta y precisa:

“La realización de esta [fórmula de agitación del gobierno obrero y campesino] de hecho no puede ser concebida por el partido excepto como el comienzo de una lucha revolucionaria directa, es decir, de la guerra civil dirigida por el proletariado en alianza con los campesinos, para la conquista del poder. El partido podría verse conducido a serias desviaciones de su tarea de liderar la revolución si interpretara el gobierno obrero y campesino como correspondiente a una fase real de desarrollo de la lucha por el poder, es decir, si considera que esta consigna señala la posibilidad de que el problema del Estado se resuelve en interés de la clase obrera en una forma que no sea la de la dictadura del proletariado”. [25]

Legadas por la línea seguida durante la crisis de Matteotti, en las tesis de Lyon se mantuvieron algunas referencias no del todo claras sobre el partido republicano, definido como pequeñoburgués, pero asimilado a los maximalistas del PSI y a los “unitarios” del PSU entre las formaciones a considerar en una política de frente único [26].

En el terreno organizativo, la “bolchevización” había dejado una huella más marcada. De hecho, las tesis del centro gramsciano prohibieron en la práctica las fracciones, abriendo el camino al posterior monolitismo estalinista (32).

La centralización y la homogeneidad del partido requieren que no haya grupos organizados en su interior que asuman el carácter de una fracción. La existencia y la lucha de fracciones son de hecho inconcebibles con la esen-

cia del partido del proletariado, porque rompen la unidad abriendo el camino a la influencia de otras clases “[27]).

La principal tragedia del Congreso de Lyon radica, por tanto, en la aprobación de posiciones políticas que asumen en gran medida los rasgos esenciales de la línea de los cuatro primeros congresos de la IC, pero en un momento “equivocado”, porque coincide con la primera fase de la degeneración burocrática de la IC. Este último proceso marcaría inevitablemente el futuro del PCd’I.

Lo mismo se podría decir, a nivel de la trayectoria personal, para Gramsci. Dramáticamente, cuando rompió con la concepción de extrema izquierda de Bordiga, los acontecimientos de la URSS y de la IC crearon un obstáculo para que se acercara a las posiciones de Lenin y Trotsky.

Esto se vería, en octubre de 1926, en el contenido de la carta que Gramsci, en nombre del Buró Político del PCd’I, envió al CC del partido ruso. Temía la escisión del PCUS, pero atribuyó la eventual responsabilidad a la Oposición Unificada, nacida como resultado de la convergencia entre la Oposición de Izquierda, la tendencia “Centralismo Democrático” y el grupo de Zinoviev y Kamenev que había roto con Stalin [28]. Incluso se hizo responsable a la Oposición del uso instrumental que hizo el régimen fascista de las divisiones del Partido Comunista Soviético [29].

Sobre las cuestiones fundamentales del debate político, la postura de Gramsci era clara, incluso más que en el pasado, a favor de la corriente de Stalin:

“Ahora declaramos que consideramos que la línea política de la mayoría del Comité Central del Partido Comunista de la URSS es fundamentalmente correcta y que en este sentido se pronunciará la mayoría del partido italiano, sin duda, si se hiciera necesario avanzar en la cuestión. (...)

Repetimos que nos impresiona el hecho de que la actitud de la oposición critique toda la línea política del Comité Central, tocando el corazón mismo de la doctrina leninista y de la acción política de nuestro partido de la Unión. Se cuestiona el principio y la práctica de la hegemonía del proletariado, son las relaciones fundamentales de alianza entre obreros y campesinos las que se perturban y se ponen en peligro, es decir, los pilares del Estado obrero y de la revolución.”[30]

La Oposición, para Gramsci, no explicaba correctamente el problema de la hegemonía del proletariado en la sociedad soviética y no habría sido capaz de aprender de la clase obrera la necesidad, a veces, de sacrificar sus “intereses corporativos” para mantener “la hegemonía”. Resumió su condena a la corriente que luchaba contra la degeneración burocrática del régimen surgido a partir de “Octubre” así:

“En la ideología y la práctica del bloque de las oposiciones, renace plenamente toda la tradición de la socialdemocracia y del sindicalismo, lo que ha impedido hasta ahora al proletariado occidental organizarse como la clase dominante”. [31]

La solicitud, en la parte final de la carta, de emplear clemencia hacia los líderes de la oposición [32] fue juzgada por Togliatti como una concesión excesiva a la oposición, pero ciertamente no puede ser suficiente para otorgar a Gramsci una licencia de anti-estalinismo.

Para Togliatti, atribuir incluso “un poco de error también al Comité Central” se habría resuelto “para el total beneficio de la Oposición” [33] y esto habría sido un error imperdonable.

Amargado por la carta de Togliatti, especialmente por sus tonos, Gramsci, sin embargo, escribió que estaba dispuesto a hacer una nueva concesión, insertando su frase de condena al principio de la carta, antes de la sección sobre los riesgos inherentes a la posible escisión del partido Comunista Soviético [34]. Además, reiteró que “las oposiciones representan en Rusia todos los viejos prejuicios del corporativismo de clase y del sindicalismo que pesan sobre la tradición del proletariado occidental y que retrasan su desarrollo ideológico y político” [35].

Unas semanas después de esta correspondencia, Gramsci perdió su libertad personal a manos del régimen fascista. En el momento más álgido de su madurez política, se llevó a la prisión todos los signos de la fase de “bolchevización”.

Gramsci en la cárcel y la historia del PCI En el 10° Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (IC), celebrado en julio de 1929, el giro aventurero asociado a la teoría del “social-fascismo” le estalló en la cara al PCI. En el análisis de la IC, ahora en proceso de estalinización, la socialdemocracia y el fascismo se convirtieron en dos “estrellas gemelas”. Este cambio supuso, por ejemplo, el absoluto rechazo de los líderes del *Kommunistische Partei Deutschlands* (KPD, Partido Comunista de Alemania) a organizar cualquier tipo de frente único con el Partido Socialdemócrata contra el ascenso de los nazis.

Volviendo a 1929, en el PCd'I Togliatti adaptó rápidamente la línea del partido a las directivas estalinistas. Esto dio lugar a la perspectiva de una inminente desintegración del régimen fascista y a un verbalismo revolucionario completamente separado de la realidad, incluido el rechazo de cualquier consigna democrática. Gramsci, en la cárcel de Turín, expresó un vehemente desacuerdo con la nueva línea de ultraizquierda que sentía como un “puñetazo en los ojos”. En la hipótesis del derrumbe del fascismo, que para Gramsci no era inminente, insistió en la necesidad de adoptar reivindicaciones democráticas, como la de la Asamblea Constituyente, en la perspectiva de un interludio burgués-democrático provocado por la debilidad del partido revolucionario.

Después de la guerra, la presentación unilateral de esta posición gramsciana sin las referencias necesarias al debate internacional permitió al grupo dirigente de Togliatti interpretarla como una anticipación de la política reformista seguida por el PCI con el “giro de Salerno”.

Además, Gramsci fue utilizado como recurso indispensable para presentar al PCI como el partido que llevaba la antorcha de la cultura nacional y democrática italiana. Los Cuadernos se convirtieron en un “producto acabado” a incluir en el desarrollo a largo plazo de la cultura italiana, eliminando completamente la tormenta mundial en la que se formó Gramsci y que le llevó a tomar decisiones claras entre guerras, revoluciones y contrarrevoluciones. Y todo ello llevó a pasar por encima de las notas que, en

forma críptica, trataban cuestiones controvertidas sobre el desarrollo de la Unión Soviética en los años treinta.

Pero el hecho de que hubiera habido desacuerdos entre Gramsci y el partido lo demuestra sobre todo el completo silencio sobre él en las publicaciones oficiales del PCI desde junio de 1931 hasta diciembre de 1933.

Contrariamente a lo que dijo Togliatti en su obituario [36], en el que no faltó una repugnante referencia a “Trotsky puta del fascismo”, Gramsci en la cárcel no mostró ningún interés por el pensamiento de Stalin y no solicitó ninguno de sus libros a las autoridades de la prisión. Y, ciertamente, no aprendió ruso para leer las obras de Stalin, como afirmó grotescamente Togliatti. Al contrario, según el testimonio del ex diputado del PCd'I Ezio Riboldi, compañero de prisión de Gramsci en Turín en la primera mitad de 1930, comentó con esta reflexión el fideísmo con que el Cuarto Congreso del partido había aceptado la perspectiva estalinista de una caída en breve del fascismo en Italia, acompañado del crecimiento en línea recta de la revolución proletaria:

“Hay que tener presente que los hábitos mentales de Stalin son muy diferentes de los de Lenin. Lenin, que vivió en el extranjero durante muchos años, poseía una visión internacional de los problemas políticos y sociales: algo que no se puede decir de Stalin, que siempre se ha quedado en Rusia, conservando la mentalidad nacionalista que se expresa en el culto a los “Grandes Rusos”. Incluso en la Internacional Stalin es primero ruso y después comunista: debemos estar atentos”. [37]

Esta observación, que obviamente no se puede verificar categóricamente, penetra en la estrechez nacional de la formación política de Stalin y tiene una importancia considerable, sobre todo porque demostraría la superación de la admiración expresada por Gramsci en varias ocasiones, incluso antes de su prisión, sobre un supuesto realismo “nacional” de Stalin [38].

Pero la elogiosa necrológica escrita por Togliatti no sorprende. De hecho, con el giro del VII congreso de la IC, en agosto de 1935, hacia la política de los frentes populares, alianzas entre clases en las que los partidos comunistas se subordinaron a una fracción de la burguesía, podemos ver los primeros signos de cambio en la gestión pública de la figura de Gramsci. En un artículo de Ruggiero Grieco en *Lo Stato Operaio*, el mensual teórico del partido, Gramsci se presentaba como un gran intelectual y un “gran italiano”. Esta idea no ha parado de circular. Una de sus numerosas consagraciones en Italia fue la conferencia académica celebrada en Cagliari en 1967 por el 30° aniversario de la muerte de Gramsci.

Las laboriosas y pesadas reinterpretaciones de Gramsci fueron el producto de la constante duplicidad del grupo dirigente del PCI, en tensión entre su política reformista y sus orígenes revolucionarios, vivos en la memoria colectiva de los explotados hasta los años ochenta, e incluso más allá. Presionados por la intelectualidad democrática sobre la necesidad de romper con Gramsci como referencia política del momento, los líderes del PCI siempre mostraron cierta resistencia. Incluso Giorgio Napolitano, miembro de la corriente de derecha del partido, los Miglioristi, se opuso a la solicitud de ruptura con el Gramsci “político” for-

mulada por Mondo Operaio, la revista teórica del entonces partido socialista italiano [39].

Unos años más tarde, en el artículo “Adiós a él y a Turiati” [40], Lucio Colletti, que había ya apagado su joven ardor revolucionario, pero que aún no había entrado en Forza Italia, fue más allá e hizo explícito –con la franqueza que se podía permitir quién ya no debía defender ninguna formalidad, porque se había pasado con armas y bagajes a la burguesía– que las decisiones del PCI se situaban, en la práctica, a una distancia enorme de Gramsci. Aldo Schiavone intervino para dar una mano a Colletti (los tiempos para un giro hacia el campo social adverso también maduraron en la intelectualidad ligada al PCI) y escribió sobre una insuficiencia total del Gramsci “político”. Gramsci, argumentó Schiavone, debía ser relanzado sólo a nivel cultural para convertirlo en un autor clásico de la historia de las doctrinas políticas. Como si fuera un Nicolás Machiavelo o un Thomas Hobbes.

El “Gramsci de Togliatti” Los “Cuadernos de la cárcel” se publicaron por primera vez en Italia en 1951. Eliminado el conflicto entre Gramsci en la cárcel y el partido estalinizado, su figura se utilizó conscientemente para presentar al PCI como partido “nacional” y obtener la acreditación de un amplio sector de intelectuales de origen no comunista. La operación sobre los Cuadernos se convirtió en crucial.

Había que centrarse en el mártir antifascista y en el hombre –con referencias al Risorgimento– todo ello aislado de sus decisiones políticas. Esto ya lo hizo la primera edición de las “Cartas desde la Cárcel”, publicada en 1947, cuidadosamente censurada por Felice Platone, un secuaz de Togliatti. Había cancelado cualquier referencia cordial de Gramsci a Bordiga, Trotsky, Rosa Luxemburgo e incluso a figuras menores, como Lucien Laurent, que no gustaba a Stalin. Pero sólo los Cuadernos, presentados de manera fraudulenta como un producto terminado, permitieron un salto cualitativo en la momificación de Gramsci. Togliatti tenía a su disposición un conjunto de notas que, por muy desorganizadas y fragmentarias que fueran, fueron divididas en bloques y propuestas como una teoría completa.

Sobre el concepto de hegemonía, Togliatti forzó las cosas hacia una interpretación cultural pero se mantuvo prudente y afirmó una continuidad entre Lenin y Gramsci. En ese momento, el PCI todavía prestaba juramento al pensamiento, a su vez embalsamado y distorsionado, de Lenin y no era aconsejable crear contrastes entre dos “Santos” de este nivel.

El discurso, sin embargo, cambió con el concepto de guerra de posición. Sobre este terreno, la reinterpretación de Gramsci comenzó con el PCI de Togliatti. La ocasión, de hecho, fue golosa. Un Gramsci que oponía rígidamente la “guerra de posición” en la construcción lenta del bloque social anticapitalista, a la “guerra de movimiento”, es decir, la prevalencia de la ofensiva abierta contra la burguesía, se adaptaba perfectamente a la estrategia gradualista adoptada por el PCI, la llamada “democracia progresiva” aplicada con celo de hierro ya durante la Resistencia. La guerra de posición se presentó como la imagen teórica de la política del PCI de la posguerra. Gramsci se convirtió, ¡sin poder oponerse!, en el “noble padre” de esta política.



Antonio Gramsci

El paciente trabajo de un ayuntamiento conquistado por el PCI o de una cooperativa “roja”, “casamata” “gramsciana” del PCI dentro del capitalismo, se podía contraponer a la supuesta veleidad de aquellos que consideraban catastrófico emprender el camino de la “vía italiana”, parlamentaria y pacífica hacia el socialismo, adoptada por el 8º congreso del PCI en 1956. Incluso el Estado, Constitución en mano, debía ser conquistado y vaciado de su esencia reaccionaria desde dentro, enviando cada vez más diputados y senadores a Roma y centrando en el parlamento la actividad del partido. Esta estrategia de inserción en el Estado burgués había sido seguida por el PCI de Togliatti desde el “giro de Salerno” y una lectura instrumental de los Cuadernos ayudó a combatir a todos aquellos que la criticaban, ya sea por experiencia política personal o colectiva o porque habían leído con la mente abierta el “Estado y la Revolución” de Lenin, un texto que siempre ha sido detestado por los reformistas.

Sin embargo, es correcto preguntarse si realmente había puntos débiles en los Cuadernos, utilizados por los epígonos para abrir brechas y basar su revisionismo. Para empezar este trabajo, es suficiente con seguir las citas preferidas de los comentaristas togliattianos y del mismo Togliatti. Se encuentra así, en uno de los primeros volúmenes de las Notas de la cárcel de Gramsci, publicado por Einaudi, la siguiente consideración inspirada en la introducción de Marx a su “Crítica de la economía política” de 1859, citada abundantemente por Togliatti y posteriormente torcida exageradamente en un sentido gradualista:

“Hay que moverse en el marco de dos principios: 1) que ninguna sociedad se fija objetivos para la solución de los cuales no existan las condiciones necesarias y suficientes, o no estén al menos en proceso de aparición y desarrollo; 2) que ninguna sociedad se disuelve y se puede sustituir si no ha desarrollado todas las formas de vida implícitas en sus relaciones”. [41]

¿Hay, en este pasaje, espacio para forzar una interpretación del paso del capitalismo al socialismo que respete mecánicamente la fase de varios siglos de transición de la Europa feudal a la burguesa [42]?

En Occidente, según Gramsci, el Estado no se podía reducir a su aparato represivo central porque a su alrededor existían una serie de “fortificaciones”, “trincheras” y “casamatas” de la burguesía, a veces estratificadas a lo largo de los siglos. En general, por tanto, Gramsci creía que en Occidente el proletariado encontraría una resistencia mayor y debería realizar una larga guerra de posición en torno a las “casamatas” de la sociedad capitalista. Hasta ahora, nada de cuestionable. ¿Qué no cuadra, pues? Que Gramsci no haya aclarado si en Occidente el proletariado debería poder conquistar el poder de la misma manera que la burguesía, que había crecido políticamente al frente de la sociedad después de una larga fase de erosión de la supremacía económica de la nobleza, o más bien después de haber desintegrado el feudalismo desde dentro. Sugerir este paralelo o no hacer explícita su insuficiencia –como quizá es el caso de Gramsci– ¿significaría aludir a la posibilidad de que el proletariado imponga su modo de producción y su visión del mundo sin guerra de movimiento, es decir, sin ruptura revolucionaria?

Más allá de ciertos límites, el paralelismo con la transición a la sociedad burguesa no aguanta teóricamente y presenta distorsiones. Mientras de hecho, la burguesía era como la nobleza una clase propietaria y, por tanto, pudo coexistir junto a los señores feudales, en algunos casos durante varios siglos, el proletariado es una clase no propietaria, de hecho la primera clase no propietaria que se ha fijado la tarea de la conquista del poder y de la abolición de la propiedad privada. Al respecto Riccardo Guastini escribió sobre esto en los años setenta:

“Finalmente, incluso sin olvidar que estamos ante las notas de un preso y no de un programa de partido, no se puede dejar de notar el silencio absoluto de Gramsci en un punto crucial de la estrategia política: el momento (el cuándo y el cómo) de la ruptura revolucionaria. Después de la conquista de la hegemonía y sus aparatos, después del cerco del poder central, ¿aún será necesaria la destrucción (más o menos violenta, pero ciertamente no sin dolor) de los aparatos políticos de la burguesía? ¿O deberíamos esperar una implicación automática, una caída espontánea del resto de fortificaciones del capital? Gramsci calla sobre todo esto. Por este motivo Stefano Merli habló de la doctrina gramsciana como una “teoría de la revolución sin revolución”, es decir, sin ruptura revolucionaria y sin poder obrero”. [43]

Por tanto, el problema surge en la asimilación de la respectiva posición estructural de la burguesía y del proletariado. La extensión del concepto crea problemas. Muchos intérpretes de Gramsci escribieron que la tesis más original del comunista sardo era la idea de que en una formación social capitalista la clase trabajadora podía ser hegemónica culturalmente, antes de convertirse en la clase políticamente dominante. La idea es un absurdo.

Pero Gramsci distingue con exactitud la hegemonía política que debe ejercerse hacia la clase media, potencialmente una clase aliada, y la coerción hacia las clases

opuestas tras la conquista del poder. La hipótesis de Stefano Merli sobre una “teoría de la revolución sin revolución”, por tanto, también contiene elementos de exageración.

Para llegar al fondo de la cuestión, la posición del proletariado es estructuralmente diferente (riqueza, educación, tiempo libre, etc.) de aquella burguesía de la época de la Ilustración que podía elaborar su propia cultura dentro del Ancien Régime. Por eso si se utiliza el término hegemonía para ambos, puede surgir confusión. Esta confusión, presente también en Gramsci en las notas de los Cuadernos sobre el jacobinismo, permitió los posteriores ajustes de su pensamiento para llegar a basar la posibilidad de la asunción de la hegemonía “cultural” por parte de la clase trabajadora, es decir la dirección de la sociedad, sin la conquista del poder político y la transformación de la estructura. Esta operación también tuvo éxito porque Gramsci, en los Cuadernos, parece que daba por hecho el axioma de los primeros cuatro congresos mundiales de la Internacional Comunista sobre la necesidad histórica del uso de la fuerza en el derribo del Estado burgués, una premisa a la que se oponían políticamente la mayoría de sus comentaristas posteriores. Gramsci, sin embargo, nunca cuestionó este principio, incluso si en los Cuadernos no apareció excepto en notas marginales. Para confirmarlo, hay que destacar la crítica de Gramsci a Croce por su exaltación unilateral del momento “consensuado y ético” de la historia europea, en detrimento del momento militar y de la fuerza. Por lo tanto, es cuestionable construir interpretaciones sobre la indeterminación presente en los Cuadernos gramscianos con la hipótesis de que la plena hegemonía del proletariado pueda preceder cronológicamente, en el proceso revolucionario, a la conquista del poder político.

En cuanto al concepto en cuestión, la historia de las revoluciones ha proporcionado respuestas bastante claras y coincidentes. ¿Qué nos enseña, entre otras cosas, el estudio cuidadoso de la Rusia soviética durante los años de la guerra civil, cuando incluso después de la conquista del poder el partido bolchevique chocó repetidamente con elementos de corporativismo presentes en las secciones más profesionalizadas de la clase trabajadora - por ejemplo, los trabajadores del ferrocarril todavía influenciados por los mencheviques - y el Ejército Rojo tuvo que enfrentarse, tanto política como militarmente, a bandas de campesinos que no querían saber ni de Blancos ni de Rojos?

La cuestión es que, mientras el capitalismo se ha afirmado espontáneamente y se ha reproducido de forma ampliada dentro de los poros de la sociedad feudal, no se construirá una economía socialista “a pedazos” ni con las “islas liberadas” que se sumarán las unas a las otras. Además, estos “pedazos”, nacidos en momentos de crisis particular del sistema y de fuerza del movimiento, nunca han conseguido convivir durante mucho tiempo, como una isla feliz, con formas económicas capitalistas dominantes apoyadas por el Estado que se mantiene burgués. Ya sabemos, por la historia del PCI o del Sozialdemokratische Partei Deutschlands (SPD, Partido Socialdemócrata de Alemania) a dónde nos lleva una época de “hegemonía” liderada por un partido cada vez más presente en los gobiernos, apoyado por un sindicato cada vez más “responsable” y por la base económica de las cooperativas cada vez más

potente y más integrada en el sistema bancario, de seguros y financiero.

Pero la guerra de posición, necesaria según Gramsci para desgastar al adversario incluso en el campo de la hegemonía, para él nunca supuso la aceptación de las reglas del juego democrático burgués ni la confianza en la evolución en sentido proletario de las instituciones liberales. En Gramsci no hay ninguna perspectiva de una conquista pacífica de consenso que conduzca a una nueva gestión - “desde abajo” o “participativa” como podemos llamarla - de las instituciones burguesas. Nicola Badaloni se quejó, desde el punto de vista del PCI de Berlinguer, observando que Gramsci “no llega a pensar en la democracia como un lugar político general de la transición histórica”. Sin embargo, como siempre afirma Badaloni, no se trata de una “devaluación soreliana de la democracia” [44], sino simplemente de la adhesión de Gramsci a la concepción marxista del Estado y de la revolución.

Paralelamente a la espesa cortina de humo de los Cuadernos, era necesario para la dirección del PCI que el Gramsci del periodo 1919-1926 fuera conocido lo menos posible. Era el Gramsci de las tesis sobre los consejos de fábrica como célula de la sociedad comunista y sobre todo el Gramsci participando plenamente en el debate de la Internacional Comunista antes de su degeneración nacional-reformista del periodo estalinista. Un Gramsci, por tanto, demasiado poco nacional y constitucional. Había que olvidar que Gramsci, en pleno Bienio Rojo, sabía escribir:

“La clase obrera no se preocupa por el hecho que el Estado burgués se deshaga, sino que contribuye al hecho con toda su fuerza, de hecho es la única que realmente tiende a “salvar” al país y evitar la catástrofe industrial: pero para el cumplimiento de esta misión quiere todo el poder”. [45]

Aquel Gramsci nunca será digerible por el reformismo: su prosa, en efecto, no emana un suspiro patriótico sobre lo que Italia podría haber sido y no fue. Ni siquiera piensa en eliminar los defectos del desarrollo de la sociedad italiana en el contexto del capitalismo, sino, al contrario, piensa utilizar también los defectos de un capitalismo atrasado para derribarlo.

Si se observa el plan de publicación de *Editori Riuniti*, la editorial del PCI, se verá que los escritos políticos gramscianos de 1919-1926 recibieron poca atención. La primera edición, incompleta, se publicó sólo en 1973. Esta desproporción en el estudio de Gramsci todavía existe y revela persistentes temores y ambigüedades.

El “Marxismo occidental” y Gramsci: un interludio decisivo

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la democracia burguesa, principalmente gracias al boom económico, vivió momentos relativamente más estables en los países capitalistas avanzados que en la fase histórica anterior. Este hecho tiene un vínculo con el desarrollo del llamado marxismo occidental. De hecho, en el ámbito intelectual, las relaciones menos ásperas entre las clases y la consolidación en el campo de los trabajadores de la socialdemocracia y del estalinismo favorecieron y alimentaron una escisión entre la teoría académica y la militancia política.

Numerosos profesores que se consideraban marxistas comenzaron a utilizar un lenguaje cada vez más cifrado,

lejos de la clase de la que se había buscado la emancipación. En este entorno, Gramsci se convirtió en un punto de referencia indiscutible, sus escritos en prisión se transformaron en una prefiguración de la situación social y política de los treinta años de la posguerra en Europa, en EEUU y Japón. Este sentimiento fue amplificado por un pesimismo hacia la capacidad de emancipación de la clase obrera. Un pesimismo que, sin embargo, no había caracterizado a Gramsci.

El mismo Gramsci lo reiteró, reflexionando sobre la función de su propia experiencia política en tiempos de reflujo, precisamente en los Cuadernos:

“Algo ha cambiado fundamentalmente. Y lo puede ver. ¿Qué? Antes, todo el mundo quería ser labrador de la historia, jugar un papel activo, cada uno tener una parte activa. Nadie quería ser el “abono” de la historia. Pero, ¿se puede labrar sin abonar antes la tierra? Por lo tanto, debe existir el labrador y el “abono”. En abstracto, todo el mundo lo admitía. Pero en la práctica, “abono” por “abono” tanto valía dar un paso atrás, volver a la oscuridad, a la indistinción. Algo ha cambiado, porque hay quien se adapta “filosóficamente” a ser “abono”, que sabe que debe ser y se adapta. Es como la cuestión del hombre a punto de morir, como se suele decir. Pero hay una gran diferencia, porque el punto de morir es un acto decisivo que dura un instante, en cambio, en la cuestión del “abono”, la cuestión dura mucho tiempo y se repite cada momento. Sólo se vive una vez, como se dice, la personalidad de cada uno es insustituible. No se presenta, para jugarla, una elección espasmódica, en un instante, en el que todos los valores se aprecian al instante y se debe decidir sin demora. Aquí el aplazamiento es de cada momento y la decisión se debe repetir en cada momento. Por lo tanto, se dice que algo ha cambiado. Ni siquiera se trata de vivir un día como un león o cien años como una oveja. No se vive como un león ni un minuto, al contrario: se vive como sub-ovejas durante años y años y se sabe que hay que vivir así. La imagen de Prometeo que, en lugar de ser atacado por el águila, es devorado por parásitos. Job lo han podido imaginar los judíos: Prometeo sólo lo podían imaginar los griegos; pero los judíos eran más realistas, más despiadados y también dieron más evidencia a su héroe”. [46]

El pesimismo y el cinismo de muchos intelectuales fueron alimentados, después de la guerra, por la derrota de la extensión de la revolución, particularmente en los países capitalistas avanzados, y por la consolidación del estalinismo. Pero tampoco era ajeno a las características sociológicas de aquel grupo. También hay que señalar que en Europa el estalinismo pareció a muchos intelectuales fascinados por el marxismo como la única encarnación política obrera dotada de sentido, independientemente de las opciones políticas personales que podían ser de adhesión, como en el caso de Althusser, de apoyo crítico a lo Sartre, o de rechazo y aislamiento a lo Marcuse [47].

Pero la ruptura histórica fue profunda. Desde los días de la Segunda Internacional, incluso líderes socialistas nacionales o internacionales con formación intelectual habían mantenido una cierta unidad entre teoría y práctica. Pero el nacimiento del Instituto de Investigación Social de Frankfurt, fundado en 1923 por el austro-marxista Karl

Grunberg como institución afiliada a la Universidad de Frankfurt, fue una novedad, aunque la colaboración con el Instituto Marx-Engels de Moscú aún se mantuviera. Hasta entonces, incluso líderes obreros fuertemente en conflicto, como Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo, despreciaban a los “profesores socialistas” (Kathedersozialisten) que evitaban los cargos del partido para enseñar en la universidad.

En 1930 Grunberg fue sustituido por Max Horkheimer, a quien le faltaba experiencia política concreta: su discurso inaugural se centró en la reforma escolar, su dirección sancionó el abandono del materialismo histórico y el cierre de la revista de historia del movimiento obrero. La adaptación a los gustos culturales del mundo académico se acentuó con el exilio en EEUU, tras la toma del poder de Hitler en 1933. Después de la guerra, los reconocimientos académicos en la pro-occidental República Federal de Alemania y la despolitización de los estudios siguieron de la mano, hasta la apología del capitalismo por parte de Horkheimer en 1970. Adorno continuó siendo más ajeno a la política. Marcuse, en posiciones más radicales pero aislado de una fuerza política marxista, terminó teorizando la integración de la clase obrera en el mecanismo consumista y la imposibilidad del pensamiento socialista de conectarse a la praxis del proletariado contemporáneo en cualquier país capitalista avanzado.

Esta deriva, por supuesto, también fue favorecida por el entorno asfixiante que había en los partidos estalinistas. Se censuró la investigación libre: se podían salvar, y no siempre, reflexiones alejadas de los problemas cruciales de la estrategia revolucionaria.

La característica básica del “marxismo occidental” fue su separación de la lucha revolucionaria, que terminó convirtiéndose en hostilidad hacia la misma. El silencio de los prolíficos “marxistas occidentales” sobre el funcionamiento de la economía capitalista, sobre la naturaleza del Estado burgués y, en general, sobre los problemas de la estrategia revolucionaria, no es casual. Esta corriente intelectual se dirigió con decisión hacia la filosofía, a su vez inmersa en el pantano del subjetivismo.

El marxismo se redujo así a un discurso interminable e intrincado sobre el método, una obsesión epistemológica,

una exaltación para la lectura de los manuscritos marxistas de 1844, publicados en Moscú en 1932, en un recorrido intelectual que reproducía, invirtiéndolo, el itinerario de Marx. La obsesión más común era la de buscar antes de Marx un punto de observación para revelar el “verdadero” carácter de la obra de Marx, combinado con un rechazo superficial de los escritos filosóficos de Engels. En resumen, en los “marxistas occidentales” no había rastro de la marxiana Tesis n.º 11 sobre Feuerbach; la interpretación del mundo no parecía servir al propósito de cambiarlo de arriba a abajo. La actividad teórica se convirtió en una disciplina esotérica, contaminada por un tecnicismo expresivo y lingüístico que sigue creciendo todavía hoy.

En ausencia de un polo de clase revolucionario, la atracción principal, incluso en los cíclicos propósitos de “retorno a Marx”, era ejercida por la cultura burguesa.

Por todo ello se entiende que el Gramsci de los Cuadernos, con su análisis de lo que Engels habría definido los niveles más altos de la superestructura, fue el icono de los “marxistas occidentales”. Pero Gramsci, a diferencia de ellos, había estudiado el problema de la superestructura, indicando en su grado de autonomía una cuestión a investigar en relación con el derribo de la estructura social capitalista. Si, seguramente, los “marxistas occidentales” se han apoyado en parte en ciertas debilidades de las notas gramscianas de los Cuadernos, pero Gramsci no puede incluirse entre sus “padres espirituales”.

Falsa conciencia del “academicismo gramsciano” Los “gramsciológicos” contemporáneos [48] deformaron Gramsci más de lo que lo hizo Togliatti junto a Vacca, Ragionieri, Badaloni, Gruppi y compañía. Por supuesto, la reciente obra de “despolitización” del pensamiento gramsciano no habría sido posible si durante unas décadas el estalinismo italiano no hubiera moldeado con infinita paciencia y enormes medios a su alcance un Gramsci a imagen y semejanza de los enrevesados giros del PCI.

Cayendo en lo grotesco, ciertas afirmaciones intelectuales confundieron incluso al sanguinario –pero ciertamente no muy inteligente– dictador chileno Pinochet, que llegó a afirmar que “La doctrina del comunista Antonio



Ocupación de fábricas y guardia roja, 1920

Gramsci es el marxismo en una forma actualizada... es peligrosa porque penetra en la conciencia de las personas y sobre todo en la conciencia de los intelectuales". [49] Es una tesis bastante imaginativa. De hecho, en el uso académico de Gramsci, hay muy pocas trazas de subversión. La tendencia dominante es distinguir a Gramsci del marxismo, desvinculándolo de la tradición revolucionaria de la que formaba parte. Gramsci es presentado en términos bien resumidos por Emanuel Saccarelli "como el sofisticado marxista occidental (no culpable del reduccionismo atribuido a una imprecisa y "vulgar" ortodoxia), como el teórico competente de la superestructura (que ya se desvía hacia este giro cultural y lingüístico adoptado por grandes secciones del mundo académico contemporáneo), o, quizás más sorprendentemente, como el incesto teórico de un giro posmarxista". [50]

A veces, esta reinterpretación de Gramsci no mantiene absolutamente el sentido de la proporción. Sobre todo cuando se ve obligada a explorar el Gramsci político. Así, por ejemplo, la influyente académica Anne Showstack Sassoon describió al gobierno de Tony Blair como un "proyecto gramsciano" en un volumen dedicado al ascenso del New Labour y a Tony Blair como el "príncipe moderno" gramsciano de la época contemporánea [51]. Polvo de estrellas...

Otros reputados intérpretes de Gramsci como Vacca, Cornel West o Adam Przeworki pertenecen o han pertenecido a aquella tradición socialdemócrata contra la que Gramsci luchó toda su vida, incluso durante los años de prisión. Pero en los estudios de esta gente queda poco de la oposición de Gramsci al reformismo.

Partiendo de la eliminación de Gramsci como cuadro político se entiende la fijación de los académicos en los escritos gramscianos que consideran más familiares, en detrimento del periodismo político, de los informes de los congresos o de las circulares del partido. Los escritos de la prisión, en cambio, pueden parecer más familiares para un académico, incluso si esto se debe principalmente a las trágicas condiciones en que se produjeron: aislamiento político (incluso de la mayoría de los presos políticos del PCd'I), censura fascista y, en una determinada etapa, declive físico y desánimo humano. Convierten a Gramsci en una figura que él mismo habría ridiculizado, en un intelectual resignado o confiado en el poder corrosivo de la crítica cultural.

Han separado la producción carcelaria de Gramsci de sus decisiones políticas. Sus diferencias con el partido y la IC han sido utilizadas para desarrollar la idea de que Gramsci, al final de su vida, había dado un paso atrás en la militancia revolucionaria para convertirse en nada más que un brillante académico, un "teórico crítico" sobre el que escribir libros y encargar tesis doctorales. Como observa Saccarelli, en las universidades "leemos Gramsci de la manera que leeríamos, por ejemplo, Michel Foucault. Brennan identifica el origen de la mayoría de los errores en esta operación. Se ignora la característica de revolucionarios, de intelectuales de partido como era Gramsci". [52]

El temperamento de Gramsci y las reflexiones, incluso amargas, provocadas por la decepción por la evolución del partido y de la Internacional a la que había dedicado su

vida consciente, las han convertido en el abandono de las ideas. Un Gramsci renegado para ser aceptado fuera de la familia comunista. Pero Gramsci nunca buscó la manera de abandonar la militancia política. La misma ruptura con el partido, en la cárcel, no fue el prólogo del acercamiento hacia otras tendencias políticas.

Libre de vínculos políticos con el movimiento obrero, la última generación de "gramsciólogos" se ha podido dedicar a la transfiguración del concepto de hegemonía. Al aceptar tácitamente la interpretación de Togliatti de la guerra de posición como la única estrategia adecuada al Occidente capitalista y no como una variante táctica complementaria de la guerra de movimiento, los "gramsciólogos" parten de la premisa no demostrada que en Gramsci el concepto de hegemonía se desvincula de la perspectiva de toma de poder por parte de la clase trabajadora. En esencia, Gramsci, durante los largos años de prisión, habría meditado sobre el entusiasmo de los años veinte y entendió que la revolución era un fenómeno sólo posible en el Oriente "atrasado". Otra variante de la distorsión del concepto de hegemonía es la que asume el obrerismo de Mario Tronti. Como bien señala Alessandro Giardiello, en efecto:

"Con la autonomía del político, el obrerismo descubrió el uso obrero del capital y del poder. La clase obrera era poder: según Tronti, el error de la socialdemocracia no era pensar que la máquina del Estado capitalista se podía manejar, sino estar subordinada a su iniciativa. "Dentro del trabajo, debe nacer una nueva jerarquía, no de los valores, sino de los poderes, de una distribución diferente de la fuerza en el terreno de la política directa".

Se proponía pues la hipótesis de una alianza de productores y una nueva NEP (Nueva Política Económica), una gestión de la economía capitalista bajo el liderazgo político de los trabajadores que utilizaban la máquina estatal (burguesa) para derrotar el atraso de la sociedad italiana, promover la reforma estatal y volver a poner en marcha el desarrollo". [53]

Volviendo a Gramsci, no nos interesa saber si preveía el aplazamiento del asalto revolucionario mundial al capitalismo por un período superior al previsto por Lenin, Trotsky, Bordiga (esta última hipótesis, sin embargo, sería difícil de sostener) o por cualquier otra persona !A quién le importa! eso vienen ganas de exclamar. La conocida tesis académica que hay que identificar y contrastar es que la reflexión de la prisión sobre la derrota del movimiento obrero incapaz de oponerse al auge del fascismo, se hubiese extendido a la necesidad de redefinir la misión histórica del proletariado. En los escritos gramscianos del periodo 1921-26 nada sugiere esta tesis. Al contrario, la pluma de Gramsci vibra en denunciar las responsabilidades políticas subjetivas e incluso la cobardía personal de los reformistas al frente del PSI y de la CGL.

Desligado de la lucha de la clase obrera por la emancipación de sí misma y de la humanidad, el concepto de hegemonía se convierte en una esencia espiritual. Una vez que las relaciones de poder y dominación entre las clases han desaparecido, los "gramsciólogos" divagan durante miles de páginas sobre temas como la "reforma intelectual y moral" y las maravillas de la lucha cultural.



Zinoviev, Trotsky y Levi en el 2º Congreso de la Internacional Comunista

Las páginas de Gramsci sobre el concepto de hegemonía dicen otra cosa. Ante todo, hay que señalar que la teoría de la hegemonía no se expone de manera sistemática sino que se dispersa y se divide en decenas de notas históricas, políticas y literarias. Con este concepto, Gramsci indica una parte integral de la dominación de clases o la supremacía ideológica de una clase sobre las otras mediante aparatos específicos (Iglesia, partidos, familia, diarios, escuela, universidad). La hegemonía indicaría lo que integra la dictadura en el sentido estricto, es decir, los aparatos represivos del Estado. Por razones de estudio, Gramsci separa artificialmente los dos elementos y analiza específicamente el llamado momento de la hegemonía. Por lo tanto, los intelectuales son analizados por Gramsci como los “dependientes” de la clase dominante para el ejercicio de la dominación cultural-ideológica. Nada de los Cuadernos nos lleva a considerar el Estado otra cosa que “todo el complejo de actividades teóricas y prácticas con que la clase dominante no sólo justifica y mantiene su dominio, sino que consigue obtener el consentimiento activo de los gobernados” [54].

Incluso el proletariado, para Gramsci, debe tener sus propios intelectuales para difundir su concepción del mundo. Su lugar de agrupación debe ser el Partido Comunista. Sin partido, ninguna clase es capaz de conquistar posiciones hegemónicas. En Gramsci no hay ningún flirteo hacia una capa intelectual progresista separada de la clase trabajadora.

Gramsci y Trotsky: hegemonía, frente único y Asamblea Constituyente a la sombra del “social-fascismo” El Gramsci de los Cuadernos poseía una cualidad preciosa a los ojos del estalinismo. Algunos juicios bastante negativos, aunque bastos e imprecisos, sobre Trotsky están diseminados en los Cuadernos.

En varios puntos de los Cuadernos Gramsci acusa a Trotsky de “cadornismo político” [55], es decir, prever la acción política siempre y por principio a la ofensiva, sin poder adaptar su reflexión política a la concreción de los altibajos de la lucha de clases. Este presunto límite está relacionado, por Gramsci, con la teoría trotskista de la revolución permanente, que ha sido objeto de ataques por

parte de la restauración estalinista desde enero de 1924. A continuación, Gramsci:

“§ Pasado y presente. Transición de la guerra maniobrada (y del ataque frontal) a la guerra de posición también en el campo político. Esta me parece la cuestión más importante de la teoría política, planteada por la posguerra y la más difícil de resolver correctamente. Está ligado a las preguntas planteadas por Bronstein [Trotsky], que de una manera o de otra se puede considerar el teórico político del ataque frontal en un período en que sólo es causa de derrota.”[56]

Sobre el mismo tema, fundamental para la reflexión del Cuaderno, Gramsci se explica a sí mismo. Dada la importancia del pasaje, lo citamos extensamente:

“§ Guerra de posición y guerra maniobrada o frontal. Queda por ver si la famosa teoría de la permanencia del movimiento de Bronstein no sea el reflejo político de la teoría de la guerra maniobrada (recordemos la observación del general cosaco Krasnov), en última instancia, el reflejo de las condiciones generales-económicas-culturales-sociales de un país en que los marcos de la vida nacional son embrionarios y relajados y no pueden convertirse en una “trinchera o fortaleza”. En este caso se podría decir que Bronstein, que aparece como “occidentalista”, era en cambio un cosmopolita, es decir, superficialmente nacional y superficialmente occidental o europeo. En cambio, Ilici era profundamente nacional y profundamente europeo. (...)”

Me parece que Ilici [Lenin] había entendido que era necesario un cambio de la guerra maniobrada, aplicada victoriosamente a Oriente en 1917, en la guerra de posición que era la única posible en Occidente, donde, como observa Krasnov, los ejércitos podían acumular en un espacio corto cantidades infinitas de municiones, donde los cuadros sociales eran por sí mismos capaces de convertirse en trincheras fuertemente armadas. Esto me parece significar la fórmula del “frente único” que corresponde a la concepción de un frente único de la Entesa bajo el mando único de Foch. Pero Ilici no tuvo el tiempo de profundizar en su fórmula, teniendo en cuenta que sólo podía profundizarla teóricamente, mientras que la tarea fundamental era nacional, es decir, requería una prospección del terreno y una fijación de los elementos de la trinchera y de la fortaleza

representados por los elementos de la sociedad civil, etc. “[57]

Consideradas literalmente, las críticas de Gramsci a Trotsky en los Cuadernos reproducen el relato estandarizado de Trotsky difundido por el estalinismo. Según Saccarelli, estas notas, escritas entre 1930 y 1932, serían “una pantalla protectora construida por el autor para evitar el peligro de sus duras críticas a la doctrina estalinista del Tercer Período”. [58] Ante Lenin, se presenta Trotsky como “un internacionalista abstracto y un aventurero ultra-izquierdista” [59] incapaz de relacionar los principios generales del marxismo con la situación concreta y las peculiaridades nacionales, además de contrario a la finura táctica del frente único.

De la misma manera, Bérghamo había afirmado que: “la contraposición, establecida en el Quaderno 7 (1930-1931), entre Trotsky, partidario de la guerra de movimiento permanente y Lenin, partidario de la guerra de posición, como solución estratégica adecuada para el reflujo de la revolución en Occidente, no explica el desarrollo del pensamiento de Trotsky en la historia del partido bolchevique y de la Tercera Internacional hasta 1926.”[60]

De hecho, Trotsky hizo bloque con Lenin en el III y IV congreso mundial de la IC para convencer a la mayoría de los delegados de la necesidad de una reorientación táctica encarnada por la política del frente único. Por tanto, las afirmaciones de Gramsci son completamente equivocadas. Y las conclusiones de Saccarelli son demasiado forzadas cuando escribe que Trotsky era una “pantalla protectora” para Gramsci. ¿Cómo podemos ignorar, de hecho, que la crítica al “izquierdismo” de la política del Tercer Período, acompañada de un distanciamiento de las tesis de Trotsky, fue precisamente la posición que adoptaron la oposición “de derecha” y bujariniana [61] del Comintern? Esta corriente, en 1930, formó la Internationale Vereinigung

der Kommunistischen Opposition (IVKO, Oposición Comunista Internacional Unificada), dirigida por el grupo alemán en torno a Heinrich Brandler y August Thalheimer, antiguos dirigentes del Partido Comunista Alemán. Es probable que el desarrollo político de Gramsci fuera en esta dirección, también a causa de su pasado reciente como líder de la IC de Zinoviev, y explicaría muy bien la necesidad de marcar una clara línea de separación entre él y Trotsky. El IVKO, además, continuó siendo extremadamente crítico con las tesis de Trotsky y no condenó los juicios-farsa de Moscú hasta que el mismo Bujarin los sufrió en 1938.

Gramsci no podía ignorar que Trotsky había redactado el documento político más importante de la IC sobre la táctica del frente único. Sin embargo, presentado como la figura paradigmática de la guerra de movimiento, Trotsky se convierte en el teórico del asalto frontal en las notas de Gramsci siempre y en cualquier caso. Así que Gramsci atribuyó a Trotsky las posiciones del líder comunista húngaro Bela Kun en 1921, cuando sugirió y teorizó la desastrosa “acción de marzo” del KPD, basada en la confusión entre el “putchismo” y la acción revolucionaria de masas [62]. El mismo Bela Kun para quién un Lenin furioso acuñó la expresión ofensiva «hacer una “Kunería”». A pesar de todo esto, es Trotsky quien aparece en los Cuadernos “como el “burdo” [63]. Minimizar el alcance de esta elección, reducirla a una astucia, no hace un servicio a la verdad.

Por el contrario, podemos coincidir con Bérghamo que, al respecto, escribe sobre “la artificialidad de las críticas de Gramsci” que “construye una condena de abstracción y de profecía poco concluyente para las concepciones de Trotsky en la medida que son invalidadas por un napoleonismo anacrónico y antinatural”[64]. Al contrario, la explicación gramsciana de la guerra de posición y de la situación de los países capitalistas avanzados contiene ecos del informe de Trotsky sobre el frente único al cuarto congreso mundial de la IC, en el que participó personalmente el mismo Gramsci.

¿Cómo juzgar, pues, las notas de Gramsci que identifican a Trotsky, en contraste con Lenin, como el teórico de las desastrosas guerras de movimiento, del ataque con “arma blanca”?

O se trataba de una capitulación política completa, o bien Gramsci quería mantener su crítica de un cambio táctico de la IC lejos de la crítica general sobre la degeneración de la URSS y de la IC realizada por Trotsky y la Oposición de Izquierda desde 1923. La segunda, como ya se ha dicho, nos parece la hipótesis más racional. También porque toma en cuenta, para enmarcar la posición de Gramsci respecto a la IC, no sólo una cuestión –sea la carta de octubre de 1926, la crítica al social-fascismo u otras cuestiones– sino el conjunto del camino que conocemos.

Algunas reconstrucciones afirman que a Lenin como teórico de la hegemonía debería oponerse Bujarin, y no Trotsky, como teórico del abandono de esta línea. En este sentido, hay una referencia críptica en los Cuadernos sobre Bujarin, que, sea en 1921 como en 1931, defendía posiciones teóricas ultra-izquierdistas. Las críticas de Gramsci al intento de Bujarin de sistematizar y popularizar el marxis-



Gramsci, 1922

mo a través del “Manual de sociología popular” refuerzan esta percepción, ensanchando la mirada sobre la insuficiencia y el declive teórico del marxismo en la URSS. En estos pasajes, Gramsci analiza los escritos filosóficos de Bujarin y escribe que el creciente fatalismo y determinismo mecanicista de la ideología oficial de la URSS, era un síntoma de la pasividad dominante y señaló que los “subordinados” del pasado no conseguían actuar como fuerza social consciente de sus tareas. Por otra parte, Gramsci destacó que cuando el silencio, y no la agitación, caracteriza la vida del partido, esto no era una indicación de la unificación real de la multiplicidad, sino de su supresión desde arriba. En una nota de abril de 1932, Gramsci analizó el fenómeno de la estadolatría escribiendo que era un proceso necesario para una clase, el proletariado, que no tuvo la posibilidad de vivir de manera independiente y libre antes de la conquista del poder político. Pero habría sido un problema, continuó Gramsci, si la estadolatría se hubiese vuelto una gangrena y convertida en perpetua, porque todas las iniciativas continuaban siendo determinadas por los funcionarios estatales. [65] Gramsci no fue más allá de este punto de análisis –sin duda significativo– porque se escribió mientras en la URSS el aparato burocrático estatal concentraba un poder cada vez mayor a costa de la clase trabajadora.

No hay notas gramscianas sobre el tema de la extinción progresiva del Estado, un tema central en la reflexión de Lenin, por lo menos a partir de “El Estado y la Revolución” y las “Tesis de Abril” y hasta sus últimas intervenciones políticas. Mucho menos reflexiones que permitan, aunque sólo sea, vislumbrar una proximidad con las tesis sobre el proceso de degeneración burocrática y “termidoriana” de la revolución rusa. Dicho de otro modo, los Cuadernos y la evolución política de Gramsci hasta 1926 no permiten de ninguna manera afirmar que las críticas a Trotsky, incorrectas e injustas, se puedan interpretar de una manera sustancialmente diferente de la letra del texto, tal como afirman numerosos estudiosos, incluso de la extrema izquierda [66]. Por otra parte, recordamos que la tradición de los marxistas, cuando fueron sometidos a duras condiciones de prisión y censura, siempre ha sido la de expresar sus pensamientos de forma parcial, pero nunca como algo

que no compartían. Nos sorprendería que Gramsci se haya comportado de manera diferente a esta modalidad.

El mismo testimonio disruptivo de Ercole Piacentini [67], compañero de prisión de Gramsci, sobre las reflexiones gramscianas sobre el estalinismo como “Termidor” de la revolución rusa, es decir precisamente el nudo teórico fundamental sobre el que se reunieron la oposición de izquierda rusa e internacional, no se vuelven a tomar en consideración de forma significativa en los Cuadernos. La crítica al régimen soviético continúa centrada sobre las peculiaridades del Tercer periodo, que fue sólo una de las expresiones programáticas del estalinismo. Además, el estalinismo, lejos de adoptar una posición sectaria –se considere ya entre 1925-1927 el oportunismo para con el Kuomintang chino o hacia los líderes de los sindicatos británicos durante la huelga general de 9 días de 1926– normalmente tenía una orientación contraria, aplazando la lucha por el socialismo a un futuro indefinido y distante. El estalinismo sólo fue sectario en el campo de la táctica y en una fase restringida de su historia –el social-fascismo del período 1929-1934– y, en cambio, actuó como una fuerza favorable a la colaboración de clases de una manera orgánica, primero con los frentes populares y luego con los gobiernos de unidad nacional durante la Segunda Guerra Mundial.

La misma crítica gramsciana de la colectivización forzosa, además, se centra sobre la condena del abandono del paciente trabajo de hegemonía, incluyendo compromisos y sacrificios por parte de la clase trabajadora, trabajo que había comenzado con la NEP, que para Gramsci era la auténtica base del régimen soviético y el punto de partida para las críticas de 1924-1926 sobre el supuesto “corporativismo” de la Oposición de Izquierda [68].

Por tanto, las notas de los Cuadernos sobre Trotsky requieren, tanto y más que en otros temas, un conocimiento de la historia política de Gramsci y una hipótesis sobre su evolución en relación con los debates del movimiento comunista internacional.

De seguro sabemos que la dirección estalinista del PCd'I ocultó la famosa carta de octubre de 1926, juzgada por Togliatti como demasiado blanda, en la que Gramsci



Ficha de cárcel de Gramsci

V. b. b.
Edizione italiana

LA

Fuori commercio

CORRISPONDENZA INTERNAZIONALE

Anno I. — Numero 4

Sabato, 26. Settembre 1925.

Amministrazione e redazione: Vienna (Austria) Berggasse No. 31. — Indirizzo per le corrispondenze: Vienna (Austria) IX, Postamt (Ufficio postale) 66, Schliesstach (Casella postale) 213. — Indirizzo telegrafico: Vienna, Inprekorr.

SOMMARIO:

I risultati del Congresso sindacale britannico.

Verso più grandi vittorie del movimento di minoranza

Le delegazioni operaie nell'URSS.

I preparativi della delegazione norvegese

58

Corrispondenza Internazionale, edición italiana del periódico de la Comintern

tomó posición, en nombre del secretariado del partido, a favor de Stalin contra la Oposición Unificada de Trotsky, Kamenev y Zinoviev. Quién publicó esta carta por primera vez en 1938 en la revista *Nuovo Avanti!* fue Angelo Tasca, que mientras tanto había roto con el PCd'I por la derecha.

En ese texto, Gramsci sólo criticaba los excesos de Stalin a la hora de gestionar la batalla contra la Oposición Unificada, su deseo de "arrasar", y parecía estar bajo la ilusión de poder continuar la tarea de alejar al PCd'I de la línea extremista de Bordiga, como Lenin y sobre todo Trotsky, le habían propuesto en su estancia en Moscú el 1922-1923, manteniéndose parcialmente por encima de la lucha en los temas que estaban inflamando a la IC. Este parece ser precisamente el sentido de la crítica a Bordiga, que se empeñaba en moverse en "una perspectiva internacional", mientras que Gramsci defendía la primacía, en ese momento, de "una perspectiva nacional", demostrando que estaba impregnado de un cierto "provincianismo" al abordar el problema del conflicto en la URSS.

Otros líderes comunistas, especialmente en Europa, ya eran más claros y lúcidos en aquellos años a la hora de analizar los gérmenes del estalinismo e intentar oponerse frontalmente; pensamos en el grupo dirigente del PC polaco o al francés de 1923-1924.

Se puede explicar el tacticismo gramsciano de 1926. Por un lado, sin duda, Gramsci temía dividir, en los análisis sobre la evolución de la URSS y de la Internacional Comunista, la unidad política difícilmente ganada por el grupo dirigente del PCd'I formado el 1923-1924 en la polémica contra la izquierda de Bordiga, considerado entonces solidario con Trotsky; por otra parte, compartía las tesis políticas de la mayoría del PCUS alrededor de la fracción de Stalin y se hacía ilusiones, sin tener nada clara la profundidad social del conflicto dentro del PCUS, que podía contribuir a su atenuación.

Después de la guerra, gracias a los testimonios de compañeros que lo habían conocido en la cárcel, se hizo cada vez más difícil tapar las diferencias de Gramsci con el partido y la IC. En realidad, se produjo una auténtica ruptura.

El líder trotskista Pietro Tresso, expulsado del Buró Político del PCd'I en 1930, escribió que la expulsión de Gramsci por su oposición al giro del "social-fascismo" fue

un hecho, pero no se hizo pública ya que era una práctica consolidada la de no expulsar a nadie, en caso de diferencias políticas, que estuviera en la cárcel o en el exilio. El mismo Bordiga, por ejemplo, fue expulsado sólo al final de sus tres años de reclusión.

Sin embargo, la propia naturaleza del principal conflicto político entre Gramsci y la IC, o sea la teoría del "social-fascismo" y la renuncia en Italia al eslogan de la Asamblea Constituyente, sirvió posteriormente para consolidar la idea de un Gramsci que, si no era fiel a Moscú y a Stalin, lo era porque anticipaba el posterior y "democrático" giro de los frentes populares, grabado en la memoria política de los intelectuales progresistas como un giro "pluralista" de la IC que, sin embargo, en realidad, fue aplicado en el mundo al son de purgas, procesos políticos y eliminaciones físicas perpetradas directamente por la NKVD de Stalin.

Lo que dijo Gramsci en la cárcel sobre la necesidad de la consigna democrática de la Asamblea Constituyente en una probable fase de transición en la que, tras la caída del fascismo, la revolución proletaria no hubiera tenido la fuerza para imponerse inmediatamente, no se distanciaba en el método seguido de lo que hicieron los bolcheviques lanzando consignas de transición en los ocho meses entre las revoluciones de Febrero y Octubre. En este punto, la fidelidad de Gramsci a las tesis de Lyon del III Congreso del PCd'I en 1926 es clara.

Gramsci también subrayó que en la Asamblea Constituyente los comunistas deberían demostrar en la práctica la ilusión absoluta del concepto de una transformación socialista por medios institucionales y parlamentarios. Así, en 1933, el comunista Athos Lisa informó a la dirección del PCd'I de las posiciones tomadas por Gramsci en la cárcel:

"Las perspectivas revolucionarias en Italia se fijarán en un número de dos, o sea la que es más probable y la que es menos probable. Ahora, en mi opinión, la más probable es la del período de transición. Por lo tanto, la táctica del partido debe basarse en este objetivo, sin miedo a parecer poco revolucionario. Antes que el resto de partidos en lucha contra el fascismo, debe hacer suya la consigna de la

Asamblea Constituyente, no como fin en sí mismo, sino como un medio.

La “Constituyente” representa la forma de acción dentro de la cual se pueden colocar las demandas más sinceras de la clase trabajadora y en su seno la acción del partido se puede y se debe llevar a cabo a través de sus representantes, que debe ser destinada a devaluar todos los proyectos de reforma pacíficos, demostrando a la clase obrera italiana que la única solución posible en Italia radica en la revolución proletaria”. [69]

Sin embargo, si se elimina este Gramsci y se dilata la imagen de un hombre que reflexiona aisladamente sobre el “puñetazo en el ojo” que para él era el social-fascismo, es posible pintar un Gramsci que rompe con el ‘aventurismo ultraizquierdista’ de la IC para acabar en posiciones socialdemócratas. Estudiosos de orientación bordiguista defienden esto desde hace decenas de años, cometiendo un error contrario y especular al de aquellos que han intentado forzar una analogía entre Gramsci y Trotsky. [70]

Para completar la operación, sin embargo, también fue necesario borrar de la memoria la correspondencia sobre la cuestión de la Asamblea Constituyente entre Trotsky y los tres antiguos miembros del Buró Político del PCd’I que fundaron la Oposición de Izquierda Italiana (OPI) en 1930. En estos textos se expresan contenidos políticos compatibles con los de Gramsci, al menos según la versión de Athos Lisa, y la idea, afirmada tras la guerra por Leonetti, que el giro brusco de 1930 había enterrado definitivamente el “partido de Gramsci” en el programa, en el método de análisis y también en el de dirección. Respecto al futuro período de transición tras la caída del fascismo en Italia, Trotsky, de hecho, escribió a Tresso, Leonetti y Ravazzoli en mayo de 1930:

“(3) A lo que precede sigue aquí la cuestión del período de “transición” en Italia. En primer lugar, hay que establecer claramente: la transición de qué a qué. Una cosa es el período de transición de la revolución burguesa (o “popular”) a la revolución proletaria. El período de transición de la dictadura fascista a la dictadura proletaria es otra cosa. Si se piensa en la primera concepción, surge primero la cuestión de la revolución burguesa y se trata de añadir el papel del proletariado, después sólo surgirá la cuestión del período de transición hacia una revolución proletaria. Si se piensa en la segunda concepción, se plantea la cuestión de una serie de batallas, trastornos, fines bruscos de situaciones, giros bruscos, que en su conjunto constituyen las diferentes etapas de la revolución proletaria. Estas etapas podrían ser numerosas. Pero no pueden contener en ningún caso una revolución burguesa o su misterioso feto, la revolución “popular”.

“¿Quiere decir esto que Italia no puede volver a ser un Estado parlamentario o convertirse en una “república democrática” durante un determinado período de tiempo? Creo, supongo en perfecto acuerdo con vosotros, que esta posibilidad no está excluida. Pero entonces no resultará como el fruto de una revolución burguesa, sino como el aborto de una revolución proletaria insuficientemente madura o prematura. [...] La victoria del fascismo fue el resultado de nuestra derrota en la revolución proletaria de 1920. Sólo una nueva revolución proletaria puede derribar el fas-



Antonio Gramsci

cismo. Si tampoco esta vez estuviera destinada al triunfo (debilidad del Partido Comunista, maniobras y traición de los socialdemócratas, de los masones, de los católicos) el estado de transición que la contrarrevolución burguesa se verá obligada a establecer sobre las ruinas de su poder en forma fascista, sólo puede ser un Estado parlamentario y democrático. [...] (4) Pero, ¿esto quiere decir que nosotros, los comunistas, rechazamos a priori todos los objetivos democráticos, todas las consignas de transición o preparatorias, fijándonos estrictamente sólo en la dictadura proletaria? Sería dar prueba de un vano sectarismo doctrinal. No creemos ni por un momento que un simple salto revolucionario sea suficiente para soldar lo que separa al régimen fascista de la dictadura proletaria.

“De ninguna manera negamos la fase de transición con sus demandas de transición, incluidas las reivindicaciones democráticas. Pero es precisamente con la ayuda de estas consignas de transición de donde brota siempre el camino hacia la dictadura del proletariado, que la vanguardia comunista deberá conquistar toda la clase obrera y que ésta deberá unificar a todas las masas explotadas de la nación. Y aquí ni siquiera excluyo la posibilidad de una Asamblea Constituyente que en determinadas circunstancias podría imponerse por los acontecimientos o, más exactamente, por el proceso del despertar revolucionario de las masas oprimidas. [...] Si la crisis revolucionaria estallara, por ejemplo, en el transcurso de los próximos meses (bajo la presión de la crisis económica, por un lado, bajo la influencia revolucionaria que viene de España), las grandes masas explotadas, tanto obreras como campesinas, harían seguir con razón sus demandas económicas por consignas democráticas (como libertad de prensa, de organizar sindicatos, de representación democrática en el Parlamento y en los municipios). ¿Quiere decir esto que el Partido Comunista deberá rechazar estas exigencias? Al revés. Deberá darles el aspecto más audaz y categórico que sea posible. Porque

la dictadura del proletariado no se puede imponer a las masas populares. Sólo se puede conseguir librando la batalla –la batalla hasta el final– por todas las reivindicaciones, deseos y necesidades transitorias de las masas y al frente de estas masas”[71].

Por lo tanto, de forma independiente, Gramsci había desarrollado una reflexión sobre la situación en Italia similar a la de Trotsky y a la de los tres líderes comunistas italianos que se habían unido a la Oposición de Izquierda Internacional en 1930. Con respecto a la expulsión de estos tres últimos del PCd’I, no se puede excluir que Gramsci hubiera expresado una opinión contraria. De hecho, el miedo a una ruptura virulenta habría sugerido a su hermano mayor, Gennaro Gramsci, ocultar al partido la respuesta de Antonio sobre la expulsión de los tres, así como sobre la nueva línea del PCd’I. En 1965, poco antes de morir, Gennaro Gramsci habría explicado el contenido político de esta entrevista al periodista-biógrafo Giuseppe Fiori en estos términos: “no justificó su expulsión y rechazó la nueva línea de la Internacional compartida por Togliatti, a su juicio, demasiado deprisa”. [72]

Las valoraciones concordantes sobre la naturaleza de la revolución que habría derribado al régimen fascista en Italia son extremadamente importantes, pero, por supuesto, no anulan lo dicho sobre la comprensión general de este período histórico. Basta con decir que la única referencia directa de los Cuadernos al bonapartismo relacionada con el desarrollo histórico de la URSS identificó el embrión de una tendencia en esta dirección en las posiciones expresadas por Trotsky durante el debate de 1920 sobre la función de los sindicatos después de la toma del poder [73].

Estar en prisión, por supuesto, no ayudó a que Gramsci desarrollara una opinión en profundidad. El clima histérico de caza al opositor, responsabilidad del estalinismo, también penetró en las cárceles y en el exilio y dio el golpe final a cualquier discusión colectiva entre los comunistas encarcelados por la represión fascista. Por otra parte, hacer de Gramsci un “semi-trotskista” o un “trotskista inconsciente” sería una operación arbitraria y no serviría ni a Gramsci ni al trotskismo.

Hegemonía: el pasado de un concepto marxista Muchos intelectuales, y Norberto Bobbio no ha sido el último, han sugerido que el concepto de hegemonía es una innovación gramsciana, pero no lo es. Una breve historia del concepto es esencial para desprovincianizar la cuestión y entender qué lecturas y debates tenía Gramsci detrás.

La expresión “hegemonía” en el naciente movimiento marxista ruso, se utilizó desde la década de 1880 para definir el papel de la clase obrera en la lucha contra el zarismo. Para Plejanov, como para Axelrod, pero también para Lenin, el término indicaba la necesidad del proletariado de participar en una lucha política, polemizando con las tendencias economicistas, y de luchar por su supremacía sobre las otras clases en la revolución burguesa contra el zarismo. Poco después de la división de 1903 entre bolcheviques y mencheviques, Lenin acusó a estos últimos de haber abandonado la idea de hegemonía - “el aspecto más grosero del reformismo de la socialdemocracia rusa” [74] -

subordinándose políticamente al liderazgo del capital ruso en la revolución democrático-burguesa contra el zarismo.

A principios del siglo XX, este debate se trasladó a Alemania, en el corazón del movimiento obrero. Kautsky contrapuso la “estrategia del desgaste”, indefinidamente larga y central en Occidente, a la del derrocamiento. El desgaste habría sido típico de Occidente desde la derrota de la Comuna de París en 1871, y aquí hay una coincidencia con las referencias gramscianas de los Cuadernos. La ocasión histórica que encendió este debate fue la revolución rusa de 1905, cuando aparecieron por primera vez los soviets, formas avanzadas de poder proletario, que Kautsky quería, a toda costa, exorcizar y considerar un fenómeno propio de sociedades atrasadas y no universalizable.

A Kautsky, que confiaba en alcanzar el socialismo mediante una sucesión de elecciones hasta obtener la mayoría parlamentaria, respondió duramente Rosa Luxemburgo. Para el “pope” de la Internacional Socialista, el asalto frontal de la revolución rusa de 1905 fue el producto del retraso de esta sociedad, la huelga general fue una forma de lucha “primitiva y amorfa”, inadecuada a Occidente donde habría proporcionado a la reacción un pretexto para reprimir al movimiento obrero que, por el contrario, estaba destinado a un crecimiento irresistible y gradual.

Lenin, en 1910, intervino en el debate junto a Rosa Luxemburgo. Denunció la rígida oposición propuesta por Kautsky entre la Rusia zarista y la Europa de las democracias parlamentarias como la racionalización de una capitulación ante el electoralismo. Rosa también criticó la “rígida antítesis entre la Rusia revolucionaria y la Europa occidental parlamentaria”, viendo las raíces de una orientación oportunista. Para Rosa, las huelgas en la Rusia de 1905, de las que nació el Consejo de Delegados de Trabajadores de Petersburgo, eran:

“Tan poco ‘amorfas y primitivas’, que de hecho se pueden comparar fácilmente por audacia, violencia, solidaridad de clase, tenacidad, logros materiales, objetivos progresivos y resultados organizativos a cualquier movimiento sindical de la Europa occidental”.

Luxemburgo remató resumiendo así el razonamiento de Kautsky:

“En resumen, el horizonte de las próximas elecciones al Reichstag sonrío con tantas promesas que pecaríamos de ligereza criminal si pensáramos en alguna huelga de masas, teniendo ante nosotros una victoria cierta que la papeleta electoral nos pone en el bolsillo”. [75]

Después de la Revolución de Octubre, el término hegemonía cayó en desuso entre los bolcheviques. La fórmula bolchevique de la “dictadura democrática de trabajadores y campesinos” dentro del sistema capitalista no se había materializado. También cayó la perspectiva de la hegemonía del proletariado en una revolución democrática. La controversia teórica que había visto oponerse los conceptos de hegemonía y dictadura del proletariado también terminó.

En los documentos de la IC, la consigna de la hegemonía se utilizaba para indicar la tarea del proletariado de dirigir, es decir, ejercer el liderazgo sobre los otros sectores de la población explotados en la lucha contra el capitalismo. Al IV Congreso Mundial de la IC (1922), el término se extendió a la dominación de la burguesía sobre el pro-

letariado cuando la primera consigue reducir la acción del segundo en un marco corporativo, es decir, a una división entre la lucha política y sindical [76].

De la lectura de los Cuadernos es evidente que Gramsci partía de esta tradición política e incluso léxica, en particular de la idea de la necesidad del proletariado de aliarse con otros sectores explotados. Tomando un concepto formulado por Trotsky, Gramsci distinguía claramente la dictadura del proletariado, que debía ejercerse contra los enemigos de clase, incluso por la fuerza, y la hegemonía a ejercer sobre los campesinos, cuya “buena voluntad y entusiasmo” se puede situar al flanco del proletariado.

Sin embargo, en los Cuadernos podemos encontrar una nota en la que Gramsci desestimó erróneamente y precipitadamente la teoría de la revolución permanente –resulta evidente el prisma de la distorsión de Stalin– como un abandono de la búsqueda de una alianza entre los trabajadores urbanos y los campesinos, es decir, como el abandono del concepto de hegemonía [77].

¿En qué se convirtió este concepto en los Cuadernos?

Si en algunos pasajes la hegemonía parece ser la prerrogativa de la sociedad civil, a diferencia de la dominación o la coerción del Estado, en otros textos se analiza la hegemonía como la síntesis del consentimiento obtenido a través de los llamados órganos privados (no siempre) pero con raíces en el orden burgués (escuelas, iglesias, radio, universidades, etc.) y la coerción. En el régimen parlamentario burgués, observó Gramsci, la hegemonía se debería conseguir preferentemente “sin que la fuerza supere demasiado al consenso” [78] Pero si la hegemonía se entiende como consenso-coerción, entonces se introduce dentro del propio Estado y, como máximo, Gramsci habría mantenido una diferencia de matices distinguiendo la hegemonía política (es decir, estatal) y civil. Lo que parece indiscutible es que Gramsci no formuló una teoría orgánica.

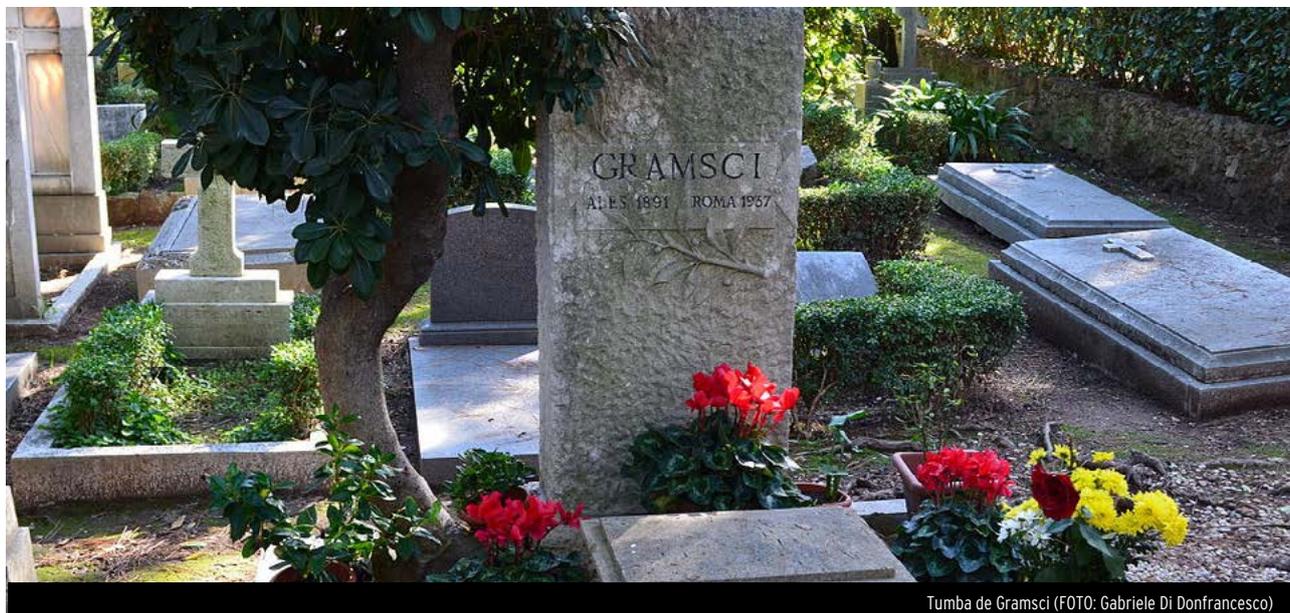
En los Cuadernos, las palabras Estado, sociedad civil y hegemonía están sometidas a una deriva conceptual. ¿Cuál es el hilo de esta deriva? La reflexión, en Gramsci, se mueve desde la cuestión de las alianzas sociales del proletariado, especialmente en el “Oriente”, hasta el análisis de las estructuras del poder político burgués en el “Occidente”

o en países con capitalismo avanzado. Sin embargo, sigue siendo cierto que la principal configuración de estos términos, para el destino póstumo del pensamiento de Gramsci, ha resultado ser la oposición entre Oriente, donde “el Estado lo es todo” y la guerra de maniobra es adecuada, y el Occidente de la guerra de posición, donde el Estado es una “cáscara externa” respecto a la sociedad civil “robusta y capaz de aguantar fuertes choques”.

Pero, como han razonado gramsciólogos maliciosos, si en Occidente prevalece la hegemonía sobre la coerción como modo de expresión del poder de la burguesía, entonces es “la influencia cultural de la clase dominante la que garantiza, en última instancia, la estabilidad del orden capitalista”[79]. Y aquí muchos gramsciólogos desean ir más allá y atacar la teoría marxista del Estado como órgano de dominación de clase. Sin embargo, Lenin era mucho más profundo cuando observó que los zares gobernaban por la fuerza mientras la burguesía británica y francesa lo hacían con el engaño, la adulación, el parlamento y las concesiones democráticas destinadas a preservar lo esencial, es decir, la sacralidad de la propiedad privada.

Pero si, como el socialdemócrata Tamburrano [80] quiere hacer decir a Gramsci más de lo que escribe, se va más allá del mismo Gramsci para afirmar, como reformistas con un toque de postmodernismo, que el Estado ya no es esencialmente en Occidente un órgano de represión de clase, como lo era en la Rusia zarista, y que el poder se concentra más en los medios de información que en los medios de producción. Si en Occidente el poder del capital hubiera asumido la forma de la hegemonía cultural, nos llevaría a reconocer como válido el antiguo dogma reformista sobre la viabilidad del camino electoral al socialismo. Pero este punto de vista, nunca expresado por Gramsci, olvida considerar que las condiciones “normales” de subordinación ideológica de las masas se basan en una coerción, a veces silenciosa y poco visible, que lo hace posible: el monopolio de la violencia legal del Estado. Sin esta prerrogativa material, el sistema de control cultural se convertiría inmediatamente en algo frágil.

Para Gramsci, la reflexión sobre la hegemonía se convierte sobre todo en una referencia a la solidez y a la



Tumba de Gramsci (FOTO: Gabriele Di Donfrancesco)

articulación de la dominación burguesa en el Occidente capitalista. Un grado de consentimiento tendencialmente más grande de los oprimidos capaz de reducir las impresionantes expresiones de la dominación coercitiva de la burguesía, como también ilustró de manera penetrante Lenin en su libro *Izquierdismo, Enfermedad Infantil del Comunismo*. Lenin había analizado, desde *El Imperialismo...* (1916), que uno de los efectos políticos de esta nueva fase del capitalismo era la formación, en los países imperialistas, de una “aristocracia obrera” gracias a las migajas de los superávit coloniales. Este concepto se recuperó en 1920 en *El Izquierdismo...*:

“En los países más avanzados que Rusia, se ha hecho sentir y debía hacerse sentir, un cierto espíritu reaccionario de los sindicatos, indudablemente más acentuado que en nuestro país. Aquí los mencheviques encontraban (y en parte encuentran aún en un pequeño número de sindicatos) un apoyo entre los sindicatos, precisamente gracias a esta estrechez corporativa, a ese egoísmo profesional y al oportunismo. Los mencheviques de Occidente se han “fortificado” mucho más sólidamente en los sindicatos, allí ha surgido una capa mucho más fuerte de “aristocracia obrera” profesional, mezquina, egoísta, malvada, ávida, pequeñoburguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, los Henderson, Merrheim, Legien y sus socios en Europa occidental es infinitamente más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político completamente homogéneo “[81]

Gramsci esbozó un análisis de las características de los sistemas políticos de los países capitalistas avanzados, más capaces de soportar eventos de ruptura como crisis económicas y guerras. En estos contextos, argumentaba Gramsci, un ataque frontal a la burguesía habría sido im-

probable para el proletariado sin una larga y difícil guerra de posición, o sea la construcción de la relación de fuerzas a nivel subjetivo. Hay que repetir que en esto Gramsci no innova respecto a los logros teóricos de los primeros cuatro congresos mundiales (1919-1922) de la Internacional Comunista.

Gramsci y Trotsky: Notas sobre la revolución permanente, o de nuevo sobre la guerra de maniobra y la guerra de posición (y el frente único)

El tema es más complicado si tenemos en cuenta el fragmento de los Cuadernos sobre la revolución permanente. La expresión, en la nota gramsciana, hace referencia a las perspectivas de Marx para la Liga Comunista en 1850, cuando planteó un salto drástico de las revoluciones burguesas de 1848 a las revoluciones proletarias. Esta hipótesis, según Gramsci, fue cancelada por la historia con la derrota de la Comuna de París en 1871. A partir de ese momento, según él, la estrategia política del ataque frontal se podría utilizar sólo en los países coloniales y atrasados y no en las democracias burguesas de Occidente.

La hegemonía se convierte en un principio explicativo de las estructuras del poder de clase en las democracias burguesas estables típicas de Occidente. La guerra de maniobra se convierte en una estrategia residual, utilizable en los países capitalistas menos desarrollados. Al contrario, en Occidente, donde el Estado es sólo la “trinchera externa” de la dominación de clases, el núcleo central es la sociedad civil, a su vez exterior al ámbito económico, a diferencia del uso común del término por Hegel y también por Marx. Sin embargo, vuelve a aparecer la sombra de Trotsky, presentado como defensor de una doctrina que se ha vuelto abstracta y caduca. Como ya se señaló, la doctrina de la revolución permanente se describe como una caricatura:

“Respecto a la consigna “jacobina” lanzada por Marx en Alemania en el 48-49, cabe destacar su complicada fortuna. Resucitada, sistematizada, elaborada, intelectualizada por el grupo Parvus-Bronstein, resultó inerte e ineficaz en 1905 y después: era algo abstracto, un concepto científico. La corriente que se opuso a esta manifestación intelectualizada, en cambio, sin utilizarla “a propósito”, la utilizaba en su forma histórica, concreta y viva, adecuada al momento y al lugar, como si brotase de todos los poros de la sociedad que había que transformar, de alianza entre dos clases con la hegemonía de la clase urbana. En un caso, un talante jacobino sin contenido político adecuado, como Crispien, en el segundo caso, el talante y el contenido jacobino según las nuevas relaciones históricas, y no según una etiqueta intelectualista”. [82]

Para Gramsci, el análisis del Estado y la cuestión de la táctica del frente único estaban relacionados. El Estado, sin embargo, es definido de manera oscilante entre tres matices no coincidentes: a veces sería una entidad en una relación “equilibrada” (al contrario del Oriente) con la sociedad civil, en otras ocasiones la “cáscara externa” y casi innecesaria de la sociedad civil, y en otros casos también es una “estructura masiva” que aniquila la autonomía de la sociedad civil. Además, si en algunas notas el Estado se opone a la sociedad civil, en otras sucesivas, Gramsci



Trotsky (“Prozhektor”, 1924)

parece incluir la sociedad civil en el Estado. La impresión es de una cierta confusión.

Según Anderson, del conjunto de notas gramscianas surgiría una línea general de conexión e interpretación: hegemonía civil = guerra de posición = frente único. La cadena de equivalencias es convincente y parece indicar la creencia gramsciana que la táctica del frente único debía adoptarse no como táctica sino como estrategia para toda una época histórica.

Preparando su razonamiento sobre las tácticas revolucionarias más adecuadas en el Occidente capitalista avanzado, Gramsci se refirió al debate estratégico que tuvo lugar entre los altos mandos militares sobre la Primera Guerra Mundial. El objetivo inmediato de su crítica era el llamado “cadornismo”, una especie de equivalente en el campo militar del ultraizquierdismo en el campo político. A continuación se explica cómo planteó la cuestión:

“La observación del general Krasnov (en su novela) según la cual la Entente (que no deseaba una victoria de la Rusia imperial, para que la cuestión oriental no se resolviera definitivamente a favor del zarismo) impuso al Estado Mayor ruso la guerra de trincheras (absurdo dado el enorme desarrollo del frente desde el Báltico hasta el Mar Negro, con grandes zonas pantanosas y boscosas), mientras que la única posible era la guerra maniobrada, es una mera tontería. En realidad, el ejército ruso intentó una guerra de maniobra y de avances en profundidad, especialmente en el sector austríaco (pero también en la Prusia oriental) y tuvo éxitos brillantes, aunque efímeros. La verdad es que no se puede elegir la forma de guerra que se desee, a menos que se disponga de una superioridad aplastante sobre el enemigo, y se sabe cuántas pérdidas ha causado el empeño de los estados mayores en no querer reconocer que la guerra de posición era “impuesta” por las relaciones generales de las fuerzas contrapuestas. [...] La misma reducción se debe producir en el arte y en la ciencia política, al menos por lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la “sociedad civil” se ha convertido en una estructura muy compleja resistente a las “irrupciones” catastróficas del elemento económico inmediato. (Crisis, depresiones, etc.); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Sucedió que un feroz ataque de artillería parecía haber destruido todo el sistema defensivo del adversario, pero sólo había destruido su superficie exterior y, en el momento del ataque y del avance, los atacantes se enfrentaban a una línea defensiva que aún era eficiente, lo mismo sucede en la política durante las grandes crisis económicas; ni las tropas atacantes, debido al efecto de la crisis, se organizan rápidamente y a tiempo, tampoco adquieren un espíritu agresivo; recíprocamente, los atacados no se desmoralizan ni abandonan sus defensas, incluso entre los escombros, ni pierden confianza en sus propias fuerzas y en su futuro. Ciertamente, las cosas no se quedan tal como estaban, pero es cierto que falta el elemento de la rapidez, de la aceleración, de la marcha progresiva y definitiva que esperarían los estrategas del cadornismo político. El último evento de este tipo en la historia de la política fueron los acontecimientos del 1917. Ellos marcaron un decisivo pun-

to de inflexión en la historia del arte y de la ciencia política”. [83]

Las últimas líneas de este pasaje, junto a la observación sobre el fracaso del avance del ejército rojo en Varsovia en agosto de 1920, ¿plantean el tema de un posible contraste entre la estrategia de los bolcheviques de 1917 –que hicieron uso del método del frente único también durante ese año crucial– y una estrategia correcta en los países capitalistas avanzados? En un pasaje posterior, Gramsci parece proceder a analizar teóricamente este punto, contraponiendo Oriente y Occidente con claridad:

“En Oriente el Estado lo era todo; la sociedad civil era primordial y gelatinosa; en Occidente había una relación equilibrada entre el Estado y la sociedad civil y, en el temblor del Estado se distinguía inmediatamente una estructura robusta de la sociedad civil. El Estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual había una fuerte cadena de fortalezas y casamatas; más o menos de Estado a Estado, se entiende, pero esto requería precisamente un reconocimiento exacto del carácter nacional”. [84]

Las conclusiones de esta nota (“En Oriente el Estado lo era todo; la sociedad civil era primordial y gelatinosa; en Occidente había una relación equilibrada entre el Estado y la sociedad civil y, en el temblor del Estado se distinguía inmediatamente una estructura robusta de la sociedad civil. El Estado sólo era una trinchera avanzada, detrás de la cual había una fuerte cadena de fortalezas y casamatas...”) son las más utilizadas por los comentaristas que apoyan la ruptura de Gramsci con la visión de la Internacional Comunista de los primeros años. Curiosamente, tal oposición entre Oriente y Occidente también fue propuesta por Bordiga en su discurso de febrero de 1926 –también preparado junto con Trotsky y en que el comunista napolitano se oponía a Stalin y Bujarin– en el VI Pleno del Ejecutivo de la IC:

“El desarrollo en Rusia, por lo tanto, no nos proporciona experiencias de importancia fundamental sobre cómo el proletariado deberá derribar el Estado capitalista, liberal, parlamentario, que existe desde hace muchos años y que tiene una gran capacidad para defenderse. [...] Tenemos que saber cómo se asalta y conquista el Estado burgués moderno, un Estado que se defiende aún más eficazmente en la lucha armada que la autocracia zarista y que, además, se defiende con la ayuda de la movilización ideológica y la educación del proletariado en un sentido derrotista por parte de la burguesía. Este problema no se presenta en la historia del Partido Comunista Ruso”. [85]

Contrariamente a la imagen que surgiría de las referencias crípticas de Gramsci, Trotsky no fue en absoluto, ni siquiera en el campo de la doctrina militar, un “teórico de la ofensiva”. En respuesta a Frunze, en un debate del Ejército Rojo, Trotsky subrayó de este modo el tipo de vínculo entre el nivel político y el militar:

“Desafortunadamente, no faltan entre nuestros doctrinarios de nuevo cuño, aquellos partidarios ingenuos de la ofensiva que, bajo las banderas de una teoría militar, intentan introducir en los círculos de nuestro ejército, las mismas tendencias unilaterales “de ultraizquierda” que ya se expresaron en el III Congreso de la Internacional en la forma de la teoría de la ofensiva: teniendo en cuenta que

ABBONAMENTI: ANNO... Mensile... Trimestrale... Semestrale... Annuo... ESCE TUTTI I GIORNI

Redazione e Amministrazione: Casella Postale N. 131 - ROMA - CONT. VENTI LA COPPIA - PER L'ESTERO Cont. TRENTA

lo Stato Operaio

Schema di tesi sulla tattica e sulla situazione interna del P. C. I. presentato dalla maggioranza del C. C. del Partito

1. I problemi dell'Internazionale

La presente «linea direttiva»... Affermiamo che quest'ultima tattica è l'irrazionalità liquidatoria della Internazionale Comunista... I social dove questo processo si svolge in modo evidente sono fino ad ora l'Inghilterra e la Germania... Parallela a questo procedimento si è però una ripresa del movimento proletario, la tattica del fronte unico deve essere applicata diversamente...

(!) vivimos en una época revolucionaria, precisamente por eso (!) el partido comunista debe practicar la política de la ofensiva. Traducir los conceptos de "ultraizquierda" al lenguaje de la teoría militar significa multiplicar los errores". [86]

Trotsky criticó las posturas de los que hacían de la maniobra o de la posición un principio absoluto: "Sin ofensiva no se alcanza la victoria. Pero la victoria pertenece al que ataca cuando hay que atacar, y no a quien ataca primero"[87]. Después de haber resuelto el debate con los "teóricos de la ofensiva", Trotsky desarrolló sus posturas precisamente sobre la probable distinción entre futuras guerras civiles entre las clases de Occidente y de Oriente, sin ninguna "crudeza" y manteniendo un enfoque revolucionario. Para Trotsky, era muy probable que en Occidente el uso de la guerra de posición sería mayor que en Rusia:

"En los países altamente desarrollados, con enormes centros habitados, con una guardia blanca ya enmarcada militarmente, la guerra civil puede asumir -y en muchos casos asumirá, sin duda- una fisonomía mucho menos dinámica y mucho más cerrada, o sea un carácter más afín a la guerra de posición." [88]

En estas notas, Trotsky añadió que no se quería decir con esto que en Occidente la guerra entre las clases se pudiera reducir a una mera guerra de posición. Una aclaración de este tipo no existe en el Gramsci de los Cuadernos. Eso le hizo interpretable y manipulable por la academia gramsciana.

En cuanto a la crítica de Gramsci a la teoría trotskista de la revolución permanente, se nos permita precisar que toda la formación del comunista sardo después de la fundación del PCd'I, y en particular una carta escrita por Gramsci en febrero de 1924 desde Viena, nos hace suponer una excelente comprensión del debate que estalló en la URSS tras la muerte de Lenin y también una cierta propensión inicial hacia la perspectiva política de Trotsky [89], que fue abandonada bastante rápidamente.

¿Cómo explicar entonces que en los Cuadernos Gramsci critique la posición de Trotsky convirtiéndola en una caricatura que la presenta como un deseo de exportar la revolución napoleónicamente, es decir, por medios militares y burocráticos?

No tenemos los medios para entender si Gramsci había cambiado de posición y, de un modo intelectualmente no limpio, había desfigurado la posición con la que polemizaba, o si había decidido cubrirse, o si había otras causas. Parece que la contradicción real radica en Gramsci mismo y es instrumental ajustarla al gusto de cada uno años o décadas después.

La caracterización gramsciana de la revolución permanente como una especie de "teoría de la ofensiva" no tiene fundamento. Gramsci atribuye a Trotsky las posturas de los "teóricos de la ofensiva" que animaron, especialmente en el tercer congreso mundial de la IC (1921), una dura oposición de izquierda contra Lenin y Trotsky.

De hecho, fueron estos dos últimos los primeros en argumentar, dentro de la IC, que el capitalismo había entrado en una fase de estabilización relativa después de los fracasos de la oleada revolucionaria de 1917-1920 y que esto debería comportar un cambio táctico, principalmente en Europa occidental, para ganar pacientemente la mayoría del proletariado organizado. La táctica del frente único servía para este propósito y la oposición a la misma no provenía de algunos supuestos "marxistas orientales", sino precisamente de importantes sectores de los jóvenes partidos comunistas de Europa occidental [90], incluyendo Italia e incluido el mismo Gramsci, que consideraba esta decisión un acercamiento de principio a la socialdemocracia y, por tanto, una traición.

En Alemania, la discusión había adquirido un aspecto dramático en 1921 porque la aplicación de la teoría de la ofensiva, inspirada en Moscú por Bela Kun y Bujarin (entonces todavía a la izquierda del partido), había provocado la tragedia de la "acción de marzo" cuando, tras la provocación del ministro del Interior y socialdemócrata prusiano Harsing, que ocupó militarmente las zonas mineras del centro de Alemania donde el KPD tenía algunos de sus bastiones, la dirección comunista pasó a la ofensiva insurreccional en una acción aventurera que expuso decenas de miles de comunistas a una despiadada represión por parte del Estado. En aquella ocasión, la durísima crítica a la transición demasiado mecánica de la guerra de posición a la guerra de movimiento vinieron de Lenin y Trotsky, que en Alemania se habían expresado abiertamente a fa-



vor de las posiciones de la “derecha” del partido, a favor del frente único y dirigida hasta marzo de 1921 por Paul Levi, que fue expulsado de la IC por la forma en que se distanció inmediatamente y públicamente de la “acción de marzo” [91].

Todo esto, Gramsci lo sabía y no por haberlo escuchado de alguien. Durante su estancia en Moscú entre el verano de 1922 y noviembre de 1923, fue Trotsky quien discutió intensamente con él para provocar su separación del bloque de Bordiga. Gramsci, aunque todavía se encontraba en un bloque con la izquierda del partido [92], fue considerado de hecho uno de los elementos sobre los que centrarse para superar el sectarismo de la fase inicial del PCd’I. Por lo tanto, provoca una cierta decepción el analizar ciertas burdas posiciones contenidas en los Cuadernos.

Gramsci hoy Debemos dar a Gramsci lo que es de Gramsci, sin miedo de señalar también sus errores. La tarea se complica a causa de la interminable literatura gramsciana, una auténtica manta ideológica polimórfica que impide reconocerlo como comunista. Los Cuadernos se han prestado, más que cualquier otro escrito, a la deformación de toda la figura de Gramsci, fuertemente embalsamada en una densa y coherente red de banalidades reformistas y liberales.

Separar a Gramsci de esta manada de escritores vendidos es un deber elemental para los marxistas revolucionarios. Esto no debe evitar, en ningún caso, ver los Cuadernos como lo que son, también cuando su desorganización no ayuda a comunicar el significado general de aquella obra inacabada o cuando una prosa a veces muy indirecta —¿fruto de la voluntad de engañar a la censura?— indica una reflexión poco cristalina.

Aun así, siempre será útil tener presente que Gramsci, concibiendo la idea de una historia de intelectuales en Italia durante el exilio, pidió consejo primero a Amadeo Bordiga, y le propuso una discusión sistemática de su obra. Más que muchas elucubraciones sofisticadas, este episodio indica que Gramsci pretendía, con la obra de los Cuadernos, contribuir al desarrollo del marxismo como teo-

ría revolucionaria sobre el terreno que prefería. En estos términos, ya en 1923, había identificado una laguna en la producción teórica del movimiento obrero en Italia:

“Pensad: en más de treinta años de vida, el Partido Socialista no ha producido ningún libro que estudie la estructura socioeconómica de Italia. No hay ningún libro que estudie los partidos políticos italianos, sus lazos de clase, su significado”. [93]

Por tanto, no hay nada que sugiera que Gramsci quisiera “superar” a Marx y Lenin, considerándolos demasiado simplistas en hacer depender las superestructuras ideológicas de la estructura económica, un verdadero mantra dogmático de grupos de intelectuales post o ex-marxistas, de los cuales han estado llenas las tres o cuatro últimas décadas.

Por otro lado, es cierto que después de la crisis de la Revolución Rusa y de la Internacional Comunista, fue Trotsky quien desarrolló el marxismo a la altura de los nuevos retos. Por ese camino, aún hoy, deberán pasar las nuevas generaciones de revolucionarios para formarse, en preparación de las inminentes batallas que nos esperan.

En absoluto atentos a las sutilezas, sobre todo si son inherentes a la historia del movimiento comunista internacional, los llamados gramscianos se han lanzado como locos a criticar la transposición mecánica en Occidente de la guerra de movimiento adoptada por los bolcheviques en el Oriente, y la han convertido en un fetiche. El objetivo, al fin y al cabo, es romper el vínculo de Gramsci con Lenin y con la Revolución de Octubre. Presentar el Octubre de 1917 como un golpe de Estado va en la misma dirección. Esta visión, burda además de reaccionaria, ignora que para la toma del poder de los bolcheviques fue necesaria la conquista de la hegemonía en los consejos de trabajadores, de campesinos y de soldados, organizaciones de masas que en febrero de 1917 estaban en su gran mayoría dirigidas por reformistas.

Pero vemos también una ignorancia fundamental en la eliminación del hecho de que casi todos los líderes bolcheviques se formaron —a excepción de Stalin— en amplios



Lenin y Trotsky en 1917

horizontes culturales y de vida, que no tienen nada que ver con el concepto, por otra parte ambiguo, de Oriente. Conocían cuatro o cinco idiomas, participaban en los debates de la Internacional Socialista de entonces, y estaban en contacto con el movimiento obrero de Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Suiza, Estados Unidos, etc., países a los cuales habían emigrado.

Además, los artículos de Lenin y Trotsky de 1922-23 sobre la importancia del trabajo cultural, especialmente en el campo, ¿que indicaban si no, para utilizar términos gramscianos, la identificación de la necesidad de profundizar en la hegemonía del proletariado sobre las clases aliadas? [94]

Es grotesco que los “gramscianos”, que en su mayor parte ignoran la historia del movimiento comunista, terminen atribuyendo como rasgo distintivo de “su” Gramsci el ser un buen conocedor de los complejos mecanismos de la sociedad occidental; un refinamiento que, en realidad, él maduró en la Internacional Comunista. De hecho, durante algunos años Gramsci pensó, junto con una buena parte del PCd’I, que la IC era demasiado maniobrera y no estaba suficientemente ligada a los principios teóricos generales y unificantes del marxismo.

Pero esto, para los “gramscianos” de la academia, es un libro cerrado. Como el Gramsci comunista. El único que existió, como recordó Pietro Tresso en la revista de los trotskistas franceses:

“Los compañeros que salieron de la cárcel también nos informaron que, hace dos años, Gramsci había sido expulsado del partido, una expulsión que la dirección había decidido mantener oculta por lo menos hasta que

Gramsci hubiese podido hablar libremente. Y esto con el fin de explotar la personalidad de Gramsci para sus propósitos. En cualquier caso, los burócratas estalinistas se han empeñado mucho para enterrar políticamente a Gramsci, antes de que el régimen de Mussolini lo consiguiese físicamente.

“Gramsci ha muerto, pero para el proletariado, para las jóvenes generaciones que llegan a la revolución a través del infierno fascista, él siempre será aquel que, durante los últimos veinte años, mejor que nadie, ha plasmado los sufrimientos, las aspiraciones y la voluntad de los obreros y campesinos pobres de Italia. Seguirá siendo un ejemplo de rectitud moral y honestidad intelectual que es absolutamente inconcebible para la cúpula estalinista de lameculos, cuya consigna es “apañarse”.

“Gramsci ha muerto, pero después de presenciar la descomposición y la muerte del partido que había ayudado poderosamente a construir, y después de escuchar con sus oídos los pistoletazos cargados por Stalin que han abatido a toda una generación de viejos bolcheviques. Gramsci ha muerto, pero después de saber que otros viejos bolcheviques, como Bujarin, Rikov y Rakovsky, estaban ya delante del matadero. Gramsci ha muerto de un ataque al corazón, quizás no sabremos nunca qué contribuyó más a matarlo: si los once años de sufrimiento en las cárceles de Mussolini o los pistoletazos que Stalin ha hecho disparar a la nuca de Zinoviev, de Kamenev, de Smirnov, de Piatakov y de sus compañeros en los sótanos de la GPU.

Adiós Gramsci “[95]

05 Febrero 2021 ★

Notas:

[1] Nos referimos, en primer lugar, al trabajo faccioso de edición realizado por Elsa Fubini y Felice Platone, supervisado por Togliatti, para la publicación de las obras de Gramsci publicadas en 1947 por Einaudi. Al respecto, cf. G. Bergamo, *Il Gramsci di Togliatti e l' altro. L' autocritica del comunismo italiano*, Le Monnier, Firenze 1991, pp. 133-138.

[2] F. Ottolenghi, G. Vacca, «A 50 anni dalla scomparsa del grande comunista. Così Gramsci ci ha insegnato a innovare con coraggio. Riflessioni di Natta su un'eredità storica», *L'Unità*, 18-1-1987.

[3] Por ejemplo, escribió: “Pero la insistencia en 1937, en primer lugar de Gramsci, sobre el nuevo vínculo (inconcebible en 1930, por ejemplo) entre la Asamblea Constituyente y el frente popular, adquiere una mayor importancia, ya no choca, al contrario se acerca, coincide, con lo que, si no todos, piensan algunos líderes comunistas en el exilio, del Centro Exterior”, en P. Spriano, *Gramsci in carcere e il partito*, p. 108. Pero la única evidencia en este sentido fue una nota del líder estalinista Mario Montagnana para Togliatti, escrita el día de la muerte de Gramsci, en la que Montagnana comunicaba a Togliatti que había sabido de Sraffa que “Ha dicho [Gramsci] que el fr [frente] popular en Italia es la Asamblea Constituyente”, P. Spriano, *ibidem*, pág.102. Sin embargo, fue el mismo Sraffa quién invalidó la declaración de Montagnana en una carta dirigida al mismo Spriano, en P. Spriano, *ibidem*, p.103.

[4] Para una reconstrucción de la génesis histórica del “marxismo occidental”, cf. P. Anderson, *Considerazioni sul marxismo occidentale*, Laterza, Bari 1969.

[5] Los “Arditi del Popolo” eran un movimiento antifascista espontáneo y de masas surgido a partir de 1921 en varias ciudades italianas. Aunque tenían un carácter políticamente heterogéneo, la composición social de los “Arditi del Popolo” era fuertemente proletaria, pero el PCI, contrario a la posibilidad de que sus militantes pudieran organizarse por motivos políticos y militares con trabajadores “ideológicamente no comunistas”, prefirió formar su propia organización de autodefensa, separando sus militantes del resto de la clase. Así se perdió una oportunidad decisiva para frenar el avance de las milicias fascistas.

[6] L. Trotski, *Scritti sull'Italia*, Erre Emme, Roma 1990, p. 82.

[7] A. Gramsci, «Lettera a Negri» [Mauro Scoccimarro], 5-1-1924, in P. Togliatti (a c. Di), *La formazione del gruppo Dirigente del Partito Comunista italiano nel 1923-1924*, Editori Riuniti, Roma 1962, p. 150

[8] Cf. Masci [Antonio Gramsci] a Palmi (Palmiro Togliatti) y Urbani [Umberto Terracini], 9-2-1924, in *ibidem*, pp. 196-197.

[9] *Ibidem*, p. 187.

[10] «Tesi sulla tattica del Comintern», in A. Agosti (a c. Di), *La Terza Internazionale. Storia documentaria*, vol. II (1924-1928), t. 1, Editori Riuniti, Roma 1976, p. 121.

[11] Partido nacido de una escisión de derechas del partido socialista italiano, que tuvo lugar en 1922.

[12] Proceso revolucionario que se desarrolló en Italia después de la Primera Guerra Mundial, entre 1919 y 1920, y que culminó con la ocupación de las principales fábricas del país. El movimiento fue derrotado principalmente debido a la línea vacilante del partido socialista.

[13] L. Trotski, *La Terza Internazionale dopo Lenin*, Samonà e Savelli. Roma, p. 160.

[14] A. Gramsci, *Relazione al Comitato centrale*, 6-2-1925, in A. Gramsci, *La Costruzione del partito comunista 1923-1926*, Einaudi, Torino 1974, p. 473.

[15] *Il partito decapitato, L' internazionale*, Milano 1988, p. 149.

[16] *La situazione italiana e i compiti del PCd'I*, tesis aprobadas en el III Congreso del Partido Comunista de Italia, en enero del 1926, in A. Gramsci, *La Costruzione del partito comunista 1923-1926*, cit., p. 512.

[17] “La presentación y la agitación de estas soluciones intermedias es la forma específica de lucha que debe utilizarse contra los autodenominados partidos democráticos, que en realidad son uno de los soportes más fuertes del vacilante orden capitalista y, como tales, se alternan en el poder con los grupos reaccionarios, cuando estos partidos autodenominados democráticos están conectados con sectores importantes y decisivos de la población trabajadora (como en Italia en los primeros meses de la crisis Matteotti) y cuando un peligro reaccionario es inminente y grave (tácticas adoptadas por los bolcheviques hacia Kerenski durante el golpe de estado de Kornilov)”, *La situazione italiana e i compiti del PCd'I*, tesis aprobadas en el III Congreso del Partido Comunista de Italia, enero de 1926, in *ibidem*.

[18] L. Trotski, *Scritti sull'Italia*, cit., p. 184.

[19] A. Gramsci, *Un esame della situazione italiana*, 2-3 agosto 1926, en A. Gramsci, *La Costruzione del partito comunista 1923-1926*, cit., p. 124. El texto constituía el informe dado por Gramsci al Comité de Dirección del partido el 2-3 de agosto de 1926.

[20] L. Trotski, *Resolution on the general strike in Britain*, julio del 1926, en L. Trotski, *On Britain*, Monad Press, New York 1973, p. 255. El documento se presentó en el Pleno del PCUS del 14-23 de julio de 1926.

[21] *La situazione italiana e i compiti del PCd'I*, tesis aprobadas por el III Congreso del Partido Comunista de Italia, enero del 1926, en A. Gramsci, *La Costruzione del partito comunista 1.923-1.926*, cit., p. 490.

[22] *Ibidem*, p. 499.

[23] *Ibidem*, p. 501.

[24] *Ibidem*, p. 512.

[25] *Ibidem*, p. 513.

[26] *Ibidem*, p. 511.

[27] *Ibidem*, pp. 505-506.

[28] “Una escisión de este tipo, independientemente de los resultados numéricos de las votaciones del Congreso, puede tener las repercusiones más graves, no sólo si la minoría de la oposición no acepta con la máxima lealtad los principios fundamentales de la disciplina revolucionaria del partido, sino también si, al llevar a cabo su controversia y su lucha, supera ciertos límites superiores a todas las de-

mocracias formales”, A. Gramsci, « Al Comitato Centrale del Partito Comunista Sovietico », octubre del 1926, en A. Gramsci, *La Costruzione del partito comunista 1923-1926*, cit., p. 126.

[29] “Esta campaña, si demuestra cuanto sea inconmensurable la simpatía que aún disfruta la República Soviética entre las grandes masas del pueblo italiano que, en algunas regiones, durante seis años, sólo ha recibido una escasa literatura ilegal del partido, también demuestra, cómo el fascismo, que conoce muy bien la situación interna italiana real y ha aprendido a tratar con las masas, intenta utilizar la actitud del bloque de las oposiciones para romper definitivamente la firme aversión de los trabajadores al gobierno de Mussolini y determinar un estado de ánimo en que el fascismo aparece como mínimo como una necesidad histórica ineluctable, a pesar de las crueldades y los males que lo acompañan”, *ibidem*, p.127.

[30] *Ibidem*, p. 129.

[31] *Ibidem*, p. 130.

[32] “Los camaradas Zinoviev, Trotsky y Kamenev han contribuido poderosamente a educarnos para la revolución, a veces nos han corregido muy vigorosamente y severamente, han estado entre nuestros maestros. Nos dirigimos a ellos especialmente como los máximos responsables de la situación actual, porque queremos estar seguros de que la mayoría del Comité Central de la URSS no tiene intención de arrasar en la lucha y esté dispuesta a evitar medidas excesivas”, *ibidem*.

[33] P. Togliatti a A. Gramsci, 18-10-1926, en A. Gramsci, *La Costruzione del partito comunista 1.923-1.926*, cit., p. 132.

[34] “En cualquier caso, precisamente por ello y por la posibilidad de que así pareciese, en una carta adjunta te había autorizado a cambiar la forma: podías fácilmente posponer las dos partes y colocar justo al principio nuestra afirmación de “la responsabilidad” de la oposición. Por ello, este modo tuyo de razonar me causó una impresión muy penosa», A. Gramsci a P. Togliatti, 26/10/1926, a *ibidem*, p.135.

[35] *Ibidem*, p. 136.

[36] P. Togliatti, Antonio Gramsci capo della classe operaia italiana, *Lo Stato Operaio*, n. 5-6, 1937.

[37] E. Riboldi, *Vicende socialista. Trent'anni di storia italiana nei ricordi di un deputato massimalista*, Edizioni Azione Comune, Milano 1964, p. 182.

[38] Para una inversión de la relación entre nacional e internacional, léase la siguiente nota de Gramsci: «Las relaciones internacionales ¿preceden o siguen (lógicamente) a las relaciones sociales fundamentales? Siguen, sin duda», A. Gramsci, *Quaderno 13*, Nota 2. O la siguiente nota, más articulada: “Por supuesto, el desarrollo se dirige hacia el internacionalismo, pero el punto de partida es “nacional” y es a partir de este punto de partida que es necesario comenzar. Pero la perspectiva es internacional y sólo puede ser tal. Por lo tanto, hay que estudiar exactamente la combinación de fuerzas nacionales que la clase internacional deberá dirigir y desarrollar según la perspectiva y las directivas internacionales. La clase dirigente sólo es tal si interpreta exactamente esta combinación, de la que forma parte ella misma y, como tal, puede dar al movimiento una

cierta dirección en determinadas perspectivas. Acerca de este punto, me parece que se da la diferencia fundamental entre León Davidovich [Trotsky] y Bessarion [Stalin] como intérprete del movimiento mayoritario. Las acusaciones de nacionalismo son ineptas si hacen referencia al núcleo de la cuestión. Si estudiamos el esfuerzo de la mayoría [bolcheviques] desde 1902 a 1917, vemos que su originalidad consiste en depurar el internacionalismo de cada elemento de ambigüedad y puramente ideológico (en el peor sentido) para darle un contenido de política realista. El concepto de hegemonía es aquel en que se ligan las exigencias del carácter nacional. y es comprensible cómo ciertas tendencias no hablan de este concepto o sólo lo tocan ligeramente. Una clase de carácter internacional, en la medida que guía estratos sociales estrictamente nacionales (intelectuales) y, de hecho, a menudo ni siquiera nacionales, particularistas y municipales (los campesinos), debe “nacionalizarse”, en cierto sentido, y este sentido no es muy estrecho, porque antes de que se formen las condiciones de una economía de acuerdo con un plan mundial, hay que pasar por múltiples fases en que las combinaciones regionales (de grupos de naciones) pueden ser varias”, en A. Gramsci, Quaderno 14, Nota 68.

[39] Cfr. F. Coen (dirigido por), *Egemonia e Democrazia. Gramsci e la questione comunista nel dibattito di Mondoperaio*, Suplemento de Mondoperaio, n. 7/8, julio-agosto 1977, pp. 64-65.

[40] L. Colletti, *Addio a lui y a Turati*, L'Espresso, 8-3-1987.

[41] A. Gramsci, Quaderno 13, nota 17.

[42] La dinámica de aquella transición, por otra parte, debía ser muy clara para Gramsci, que escribió: “Diferencias entre Francia, Alemania e Italia en el proceso de toma del poder por parte de la burguesía (e Inglaterra). En Francia se da el proceso más rico de evoluciones y elementos políticos activos y positivos. En Alemania, el proceso tiene lugar en algunos aspectos que recuerdan de algún modo al de Italia, en otros al de los ingleses. En Alemania, el movimiento de 1848 fracasa por la falta de concentración burguesa (la consigna de tipo jacobino fue propuesta por la extrema izquierda democrática: “revolución permanente”) y porque la cuestión de la renovación del Estado estaba entrelazada con la cuestión nacional; las guerras del 64, 66 y 70 resuelven conjuntamente la cuestión nacional y la cuestión de clase en un tipo intermedio: la burguesía obtiene el gobierno económico-industrial, pero las viejas clases feudales siguen siendo la clase gobernante del Estado político con amplios privilegios corporativos en el ejército, en la administración y sobre la tierra: pero, al menos, si estas viejas clases conservan tanta importancia en Alemania y gozan de tantos privilegios, ejercen una función nacional, se convierten en los “intelectuales” de la burguesía, con un temperamento decidido dado por su origen de casta y por la tradición. En Inglaterra, donde la revolución burguesa tuvo lugar antes que en Francia, tenemos un fenómeno similar al alemán de fusión entre lo viejo y lo nuevo, a pesar de la extrema energía de los “jacobinos” ingleses, es decir, los “cabezas redondas” de Cromwell; la vieja aristocracia se mantiene como clase gubernamental, con ciertos privilegios, también se convierte en la clase intelectual de la

burguesía inglesa (al fin y al cabo, la aristocracia inglesa es de mentalidad abierta y se renueva continuamente con elementos provenientes de los intelectuales y de la burguesía)”, en A. Gramsci, Quaderno 19, Nota 24.

[43] R. Guastini, *Note sul Machiavelli, sulla politica y Sullo Stato moderno*, in AA. VV., *Gramsci un'eredità contrastata. La nuova sinistra rilegge Gramsci*, Ottaviano, Milano 1979, p. 82.

[44] N. Badaloni, *Il marxismo di Gramsci. Dal mito alla ricomposizione politica*, Einaudi, Torino 1975.

[45] Cf. *Avanti !*, 11-2-1920.

[46] A. Gramsci, Quaderno 9, nota 53.

[47] Cf. P. Anderson, *Il dibattito nel marxismo occidentale*, op. cit., pp. 97-119.

[48] En este sentido, hay una crítica penetrante de la producción académica contemporánea sobre Gramsci en E. Saccarelli, *Gramsci and Trotsky in the Shadow of Stalinism. The Political Theory and Practice of Opposition*, Routledge, Londra 2008, pp. 21-86.

[49] Cit. in J. Buttigieg, *International Gramsci Society Newsletter*, marzo 1993.

[50] «como el admirablemente sofisticado marxista occidental (inocente del reduccionismo de alguna ortodoxia vulgar no especificada), como el teórico capaz de la superestructura (ya virando hacia ese giro cultural y lingüístico que define a grandes sectores de la academia contemporánea), o, quizás más asombrosamente, como él mismo el incesto teórico de un giro posmarxista» Saccarelli, op. cit., p. 23.

[51] Cfr. AS Sassoon, *From realism to creatività: Gramsci, Blair and Us*, in A. Coddington y M. Perryman (a c. Di), *The Moderniser's Dilemma: Radical Politics in the Age of Blair*, Lawrence & Wishart, Londra, 1998, p. 160.

[52] «Leemos a Gramsci de la misma manera que podemos leer, digamos, a Michel Foucault. Brennan identificó mucho de lo que está mal en esta operación. Ignora el carácter distintivo de revolucionarios, de intelectuales de partido, como Gramsci.», Saccarelli, op. cit., p. 25.

[53] A. Giardiello, *Operaismo. La disfatta di un'utopia letale*, Falcemartello, n. 1, 2015.

[54] A. Gramsci, Quaderno 15, Nota 10.

[55] De Luigi Cadorna, general italiano de la Primera Guerra Mundial, conocido por haber lanzado una serie de ofensivas frontales contra las sólidas líneas de defensa austríacas en el Isonzo y en el Carso, que provocaron sangrientos fracasos.

[56] A. Gramsci, Quaderno 6, Nota 138.

[57] A. Gramsci, Quaderno 7, Nota 16.

[58] «Dispositivo de protección diseñado por el autor para desactivar el peligro de su feroz crítica al Tercer Período Stalinista », Saccarelli, op. cit., p. 83.

[59] «Internationalista superficial y aventurero ultraizquierdista», *ibidem*, p. 82.

[60] G. Bergamo, *Gramsci comunista critico*, Franco Angeli, Milano 1981, p. 76.

[61] De Nikolai Ivanovich Bujarin, líder bolchevique que, tras apoyar las posiciones extremistas de izquierda en los primeros años después de la Revolución de Octubre, se había convertido en el principal exponente del ala derecha del partido y de la Internacional.

[62] En marzo de 1921 el Partido Comunista Alemán emprendió un temerario intento de insurrección, llevado a cabo en un momento desfavorable y sin el apoyo necesario de las masas.

[63] «Como el villano », Saccarelli, op cit., P. 82.

[64] G. Bergamo, op. cit., p. 77.

[65] Cf. “Para algunos grupos sociales, que antes del ascenso a la vida estatal autónoma no han tenido un largo período de desarrollo cultural y moral propio e independiente (como en la sociedad medieval y en los gobiernos absolutistas fue posible gracias a la existencia jurídica de los Estados u órdenes privilegiados), un periodo de estadolatría es necesario e incluso oportuno: esta “estadolatría” no es más que la forma normal de “vida estatal”, de iniciación, al menos, a la vida estatal autónoma y a la creación de una “sociedad civil”, lo que históricamente no era posible crear antes del ascenso a la vida estatal independiente. Sin embargo, esta “estadolatría” no se debe abandonar a sí misma, no debe convertirse, sobre todo, en fanatismo teórico, y concebirla como “perpetua”: debe ser criticada, precisamente para que se desarrolle y produzca nuevas formas de vida de Estado, en la cual la iniciativa de los individuos y de los grupos sea “estadual” aunque no sea debida al “gobierno de los funcionarios” (haciendo que la vida estadual sea “espontánea”) “. A. Gramsci, Quaderno 8, Nota 130. Sobre el mismo tema, dedicado al análisis de la acción individual, véase también A. Gramsci, Quaderno 8, Nota 142.

[66] Con el ya mencionado Saccarelli, cf. P. Anderson, ambigüedad di Gramsci, cit. ; F. Benvenuti- S. Pons, «La Unione Soviética nei ‘Quaderni del carcere’», in G. Vacca (a c. Di), Gramsci e il Novecento, Carocci, Roma 1999, pp. 108-109 y 119. Más recientemente, se ha intentado forzar la armonización de Gramsci y Trotsky por parte de J. Dal Maso, El marxismo de Gramsci, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2016.

[67] Cf. E. Piacentini, «Con Gramsci in carcere», test. Raccolta da P. Giannotti, in Rinascita, a. XXXI (1974), n. 42, p. 32; D. Gamba, In carcere con Gramsci. Storia di Ercole Piacentini combattente della libertà, Pascal Editrice, 2005.

[68] Gramsci, en particular, compartía las críticas desarrolladas en 1925 por Bujarin, partidario de una profundización de la NEP, contra la teoría de la revolución permanente. Véase N. Bujarin, «The Theory of Permanent Revolution», Communist Review, a. V, n. 10, febrero 1925.

[69] El informe de Athos Lisa elaborado en París por encargo de Togliatti el 22 de marzo de 1933, publicado originalmente por Rinascita el 12 de diciembre del 1964, y ahora en A. Lisa, Memorie. In carcere con Gramsci, prefacio di U. Terracini, Feltrinelli, Milano 1973, p. 88.

[70] Cf. C. Riechers, Gramsci y le ideologie del suo tempo, Graphos, Genova 1993; A. Peregalli (coordinado por), Il comunismo di sinistra e Gramsci, Dedalo libri, Bari 1978.

[71] L. Trotski, Scritti sull’Italia, Erre Emme, Roma, 1990, II ed. rivista y ampliata, pp. 187-189.

[72] G. Fiori, Vita di Antonio Gramsci, Laterza, Bari 1966, p. 292.

[73] «La tendencia de Leo Davidovic [Trotsky] estaba relacionada con este problema. Su contenido esencial fue

dado por la “voluntad” de dar la supremacía a la industria y a los métodos industriales, para acelerar la disciplina y el orden en la producción con medios coercitivos, para adaptar las costumbres a las necesidades del trabajo. Necesariamente habría dado lugar a una forma de bonapartismo, por lo que fue necesario romperla inexorablemente. Sus soluciones prácticas eran erróneas, pero sus preocupaciones eran justas. Este desequilibrio entre práctica y teoría constituía un peligro. Esto ya se había manifestado anteriormente, en 1921. El principio de la coerción en el mundo laboral era correcto (el discurso se encuentra en el libro sobre el Terrorismo y se pronunció contra Márkov), pero la forma que había tomado era incorrecta: el “modelo” militar se había convertido en un prejuicio funesto, los ejércitos del trabajo fracasaron», A. Gramsci, Quaderno 4, Nota 52.

[74] V. I. Lenin, Opere complete, Editori Riuniti, Roma, vol. XVII, p. 215.

[75] R. Luxemburgo, Scritti scelti, Einaudi, Torino, p. 345.

[76] P. Anderson, Ambiguità di Gramsci, op. cit., pp. 29-30.

[77] Cf. A. Gramsci, Quaderno 1, Nota 44.

[78] Cit. in P. Anderson, Ambiguità di Gramsci, op. cit., p. 39.

[79] Ibidem, p. 43.

[80] N. Tamburrano, Gramsci, Sugarco, Milano 1977.

[81] V. Lenin, L’ estremismo, malattia infantile del comunismo, AC Editoriale, Milano 2003.

[82] A. Gramsci, Quaderno 1, Nota 44.

[83] A. Gramsci, Quaderno 13, Nota 44.

[84] A. Gramsci, Quaderno 13, Nota 44.

[85] A. Bordiga, Scritti scelti, Feltrinelli, Milano 1975, pp. 190-191.

[86] L. Trotski, Military Writings, New York, p. 47.

[87] Ibidem, p. 88.

[88] Ibidem, pp. 84-85.

[89] P. Togliatti (coordinado por), La formazione del gruppo dirigente del PCI nel 1923-1924, cit., Pp. 187-189.

[90] También hay que subrayar que, en aquel momento, dos figuras como Korsch y Lukacs, que entraron más tarde en la élite del “marxismo occidental”, se opusieron frontalmente a las tácticas del frente único desde posiciones de ultraizquierda e impregnadas de un profundo voluntarismo sobre “hacer como Rusia”, sin haber estudiado a fondo la dinámica de Octubre.

[91] El análisis de Levi de la acción de Marzo, traducida al inglés, está disponible en P. Levi, In the steps of Rosa Luxemburgo, coordinado por di David Fernbach, Historical materialism Books, Londres 2011.

[92] En junio de 1922, por ejemplo, Gramsci defendió la posición crítica de Bordiga sobre el frente único en la segunda reunión del Ejecutivo ampliado de la Tercera Internacional.

[93] A. Gramsci, La voce della gioventù, 1-11-1923.

[94] Cf. L. Trotski, Rivoluzione e vita quotidiana, Savelli, Roma, 1972.

[95] Blasco [Pietro Tresso], “Un grand militant est mort... Gramsci”, La lutte des Classes, n. 44, 14-5-1937.

La Corriente Marxista Internacional es una organización de marxistas revolucionarios que tiene presencia en más de 30 países de todos los continentes

A 25 años de la caída del estalinismo, el capitalismo se enfrenta a la crisis más profunda probablemente de toda su historia. Millones de personas se ven condenadas a la inactividad forzosa por que el sistema capitalista, basado en el lucro privado de los propietarios del capital es incapaz de utilizar su energía y conocimientos

Millones de personas se empiezan a cuestionar la validez del sistema y buscan a tientas una salida. Se han producido en los últimos años movilizaciones de masas sin precedentes (en Egipto, en Turquía, en Brasil, en España, en Grecia, etc) que demuestran la voluntad de capas cada vez más amplias de entrar directamente en la escena de la política para transformar su situación

Éstas movilizaciones, que han tumbado regímenes que parecían inamovibles (Ben Alí, Mubarak) y que contaban con un enorme aparato represivo y el apoyo del imperialismo, han demostrado la fuerza de las masas oprimidas cuando se ponen en marcha. Pero al mismo tiempo también han sacado a la luz las limitaciones del espontaneísmo. Las masas saben lo que no quieren, pero no tienen todavía un programa acabado de qué quieren ni una idea precisa de cómo conseguirlo

En nuestra opinión el marxismo revolucionario es justamente esa teoría que concentra toda la experiencia acumulada de las luchas de la clase trabajadora por su emancipación y la dota de un instrumento para la victoria. La Corriente Marxista Internacional lucha porque las ideas del marxismo conquisten la dirección del movimiento revolucionario de los jóvenes y trabajadores del mundo

Nuestro objetivo es modesto, queremos cambiar el mundo de base. La abolición del sistema capitalista significaría, en palabras de Engels, "el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad"

¡Únete a nosotros en esta lucha!

